

BRENNA DAY

Antes
de ti

NOVELA

ANTES DE TI

BRENNNA DAY

Copyright © 2024 Brenna Day

Todos los derechos reservados.

Este libro es una obra de ficción.

Nombres, personas, lugares y circunstancias son producto de la imaginación del autor o están utilizados de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, lugares o eventos es una coincidencia.

Está terminantemente prohibido reproducir cualquier parte de este libro a través de cualquier medio o forma, electrónica o mecánica, sin el permiso expreso del autor, exceptuando breves citas con fines promocionales o en reseñas literarias.

INDICE

BOLETÍN PARA LECTORES CON REGALOS Y NOVEDADES

Suscríbete gratis para leer capítulos sorpresa, epílogos desde otros puntos de vista y adelantos de nuevos libros aquí:

[Boletín gratuito de Brenna Day](https://comediaromantica.substack.com)

(comediaromantica.substack.com)

Capítulo 1

Lisa

El uber clava los frenos haciendo que mis cansados huesos por poco salgan catapultados del asiento y se detiene frente a una monstruosidad de cristal y acero que se alza ante mí como si quisiera tocar el cielo nublado de San Francisco con su índice de metal. Trago saliva. ¿De verdad voy a vivir aquí?

Miro mi reflejo en la ventanilla y casi escupo los cereales: pelo castaño oscuro parado por el viento, ojeras de mapache y una camiseta arrugada que grita "acabo de sufrir una ruptura". Genial, Lisa. Primera impresión de diez.

El conductor carraspea, impaciente, como si fuera a salir pitando sin pagarle la tarifa. Rebusco en mi bolso, rezando por encontrar algunos billetes extraviados. Milagrosamente, aparecen.

"Gracias", murmuro, arrastrando mi patética existencia fuera del coche. El conductor arranca antes de que pueda cerrar la puerta. Capullo.

Me quedo plantada en la acera, rodeada de maletas que parecen haberse multiplicado por arte de magia. ¿Cómo demonios voy a subir todo esto? A mi alrededor, la gente pasa apresurada, con sus trajes de diseñador y maletines de cuero. Me siento como un espantapájaros en medio de un desfile de moda.

Respiro hondo y arrastro mis bártulos hacia la entrada. Las puertas de cristal se abren automáticamente, solo para mostrar a un par de seguratas con cara de pocos amigos. El vestíbulo es tan intimidante como ellos: todo mármol, cromo y un silencio que se podría cortar con un cuchillo.

Un portero con cara de haber chupado un limón me mira de arriba abajo. Casi puedo oír sus pensamientos: "¿Qué hace esta pordiosera aquí?"

"Eh... soy Lisa", balbuceo, sintiéndome como una idiota. "Vengo a ocupar el ático de los Leister".

El limón humano alza una ceja perfectamente depilada. "¿Tiene cita, señorita?"

"No exactamente", digo, notando cómo el rubor trepa por mi cuello. "Soy... eh... amiga de la familia y voy a vivir aquí". Las palabras suenan ridículas incluso para mí.

Limón-Man me mira como si acabara de anunciar que soy la reina de Inglaterra. "Un momento, por favor", dice, descolgando un teléfono dorado.

Mientras espero, noto las miradas de curiosidad y desdén de la gente que entra y sale.

Mis dedos se crispan, deseando levantar el dedo del medio para hacer un gesto no muy educado. Respira, Lisa. No puedes liarte a hostias el primer día.

Después de lo que parece una eternidad, Limón-Man cuelga. "¿Señorita, está segura de que la esperan?"

Mi mejor amiga Amanda me aseguró que me recibiría Randall, el mayordomo de toda la vida de los Leister.

"Déjeme hablar con Randall, por favor." El hombre me mira sin comprender. "¿El mayordomo?"

"Lo siento, señorita. Debe de estar confundida."

¡Y una mierda! ¿Acaso este tío intenta insinuar que no estoy en mis cabales? Recuerdo muy bien mi conversación con Mandy. Indignada saco mi móvil del bolso y estoy a punto de llamarla cuando suena el teléfono de la recepción

"Ajá, entiendo", asiente Limón-Man mientras por el rabillo me echa miraditas de desprecio. "Muy bien, señor." Cuando cuelga, carraspea y me dedica una sonrisa de momia. "Piso 50", anuncia como si me estuviera enviando a la horca.

¡Al fin! Le saco la lengua al limón y arrastro mis maletas hacia el ascensor, consciente de que estoy dejando un rastro de suciedad en el impoluto suelo. Las puertas se cierran y me quedo sola con mi lastimoso reflejo en el espejo.

"Bueno, Lisa", me digo a mí misma, "las buenas noticias son que al fin has tocado fondo".

El ascensor se dispara hacia arriba, y mi estómago se queda en la planta baja. A medida que los números van pasando, siento que estoy subiendo hacia mi sentencia.

¿Por qué siempre acabo metida en estos melones?

Cierro los ojos y me veo de nuevo sentada en la cafetería del aeropuerto, con una taza del café más horrible del mundo entre mis manos. Frente a mí, pero a siete mil kilómetros de distancia, más precisamente en Roma, Amanda me mira desde mi móvil con esos ojos de cachorro que pone cuando quiere convencerme de algo.

"Venga, Lisa", insiste dando sorbitos a su espresso. "Es la solución perfecta. Tú necesitas un lugar para vivir, y el ático de Dash es más grande que la mitad de San Francisco".

Resoplo, salpicando gotas de café sobre la mesa pegajosa. "Sí, claro. Vivir con un capullo que debe tener al menos un IQ de 160 y que lo usa para azotar verbalmente a sus enemigos chinos y rusos por cadena nacional. Justo lo que necesito después de lo de Mark".

Amanda pone los ojos en blanco. "Lisa, por favor. Mi hermano no es tan malo".

"¿No tan malo?", replico, alzando una ceja. "La última vez que le vi, me dijo que mis pechos parecían huevos fritos".

Amanda lanza una carcajada. "Bueno, es que aún no te desarrollabas, ¡pero no me digas que no fue gracioso...!". Amanda se detiene al ver mi mirada asesina. "Vale, vale. Mira, sé que Dash puede ser un poco...".

"¿Gilipollas? ¿Bruto? ¿Un completo cretino?".

"Intenso", corrige Amanda. "Pero te juro que apenas si está en casa. Se pasa la vida en viajes de negocio. Probablemente no le veas un pelo durante tu estadía".

Miro por la ventana, observando a la gente arrastrando sus maletas y abrazándose con familiares. Todos parecen tener un lugar al que ir, una vida organizada. Y aquí estoy yo, sin trabajo, sin novio y a punto de quedarme sin techo.

"No sé, Amanda", murmuro, jugando con la servilleta. "¿Y si nos matamos? O peor, ¿y si me mata y esconde mi cuerpo en algún rincón de su mansión de cristal?"

Amanda suelta una carcajada. "Deja de ser tan dramática. Mira, si no funciona, prometo ayudarte a encontrar otro lugar. Pero por ahora, es tu mejor opción. A menos que prefieras dormir en el parque".

Cierro los ojos, imaginando a las ardillas robándome las zapatillas mientras duermo en un banco. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Esas tramposas ardillas... "Está bien", suspiro finalmente. "Pero si tu hermano me hace la vida imposible, te juro que te haré responsable. Y sabes que puedo ser muy creativa con mi venganza".

Amanda sonrío, victoriosa. "Trato hecho. Ya verás, ni notarás que está allí".

El tintineo del ascensor me devuelve al presente. Abro los ojos justo cuando las puertas se abren, revelando un pasillo que parece sacado de una revista de decoración.

"Ni notarás que está allí", murmuro para mí misma, avanzando con mis maletas. "Sí, claro. Como si un ego tan grande como el de Dash pudiera pasar desapercibido".

Con cada paso, siento que me adentro en la guarida del lobo. Solo espero que Amanda tenga razón y que el lobo esté de viaje. Muy, muy lejos.

Capítulo 2

Lisa

Sudando arrastro mis maletas por el pasillo interminable, esperando ver la cara arrugada y amable del viejo Randall en cualquier momento. En cambio, lo que me recibe es una puerta entreabierta y un silencio sepulcral. Deben de estar esperándome...

"¿Hola?", llamo, empujando la puerta con el pie. "¿Randall? Soy Lisa, la amiga de Amanda" canturreo inocentemente. No vaya a ser que asuste de muerte al pobre viejo y le dé algo por mi culpa.

No puedes entrar así a una casa ajena, no importa que Amanda te haya dado permiso. ¡Lo propio es anunciarse y aguardar en el sitio, no seguir avanzando por el vestíbulo como una sonámbula!

El eco de mis palabras anteriores aún rebota en las paredes decoradas con cuadros de escenas de guerra y unos marcos dorados que me juego lo poco que me queda a que deben de ser de oro macizo. Genial, ahora además de parecer una vagabunda, sueno como una ardilla ladrona.

"¿Quién coño eres tú y por qué estás aquí?"

Joder, la voz me hace dar un salto hacia atrás, tropiezo con las maletas y doy con mi pobre trasero en el suelo. Es un vozarrón de hombre que hiela la sangre. Definitivamente no es la voz de Randall.

La figura masculina que emerge de lo que parece ser la cocina es solo una sombra a contraluz. ¡Pero vaya sombra! Espaldas anchas, cintura delgada y tan alto que no puedo abarcarlo de un solo vistazo. Su imagen solo entra en foco con toda potencia y nitidez cuando se detiene a mi lado. Este es Dash. Dash Leister. El hermano capullo de Amanda. El mismo que aparece al menos en los últimos cien vídeos de mi historial de Youtube. Y aparentemente, no tiene ni puta idea de quién soy o qué hago aquí porque me mira como si fuera un bicho raro que se acaba de colar por la ventana.

Mientras me pongo en pie, intentando recuperar algo de dignidad, sus ojos azules, fríos como el hielo, me escanean de arriba abajo.

Como si estuviera vestido para una de sus rondas de prensa, su pelo rubio está perfectamente peinado hacia atrás, su camisa blanca no tiene un solo pliegue y lleva un traje que probablemente cueste más que todos mis órganos juntos.

Mierda. Mierda. Mierda. ¡Aquí es donde los seguratas llaman a la policía y acabo

pasando la noche en el trullo!

"Si no te identificas en cinco segundos esto se pondrá chungo", su voz es cortante, como el filo de un cuchillo.

Parpadeo, confundida. "¿Dash? ¡Soy Lisa!"

Pero no hay señal de reconocimiento. Cada segundo que pasa me acojono más. Me pongo seria y probablemente pálida como la tiza.

"Lisa Martinez. La amiga de Mandy. Ella me dijo que tú le has dicho..."

"Te refieres a mi hermana" me interrumpe, frunciendo el ceño.

"¡Ella misma!" Intento no sonar desesperada.

"No nos hemos hablado desde las últimas navidades."

Jolín, ¿cómo? Ahí es cuando mi cerebro hace un cortocircuito y se apaga con una pantalla azul de la muerte.

"Espera", digo, sintiendo que un calor volcánico sube por mi cuello. "¿Amanda no te ha dicho que yo iba a venir?" Glup, cómo decir lo siguiente... "¿Que... que me quedaría aquí durante un tiempo?"

Dash cruza los brazos sobre su pecho, que parece esculpido en roca. Maldita sea, ¿por qué tiene que ser tan... impresionante?

"Durante un tiempo... vaya descaro" su voz gotea desdén del más puro. "No tengo por hobby alojar extraños en mi casa".

"No soy una extraña", protesto, mi temperamento comenzando a burbujear. "Soy la mejor amiga de tu hermana. Tú y yo... hemos pasado un verano juntos hace años".

Eso no suena tan bien como sonaba en mi cabeza antes de decirlo. Mierda.

Dash entrecierra los ojos, como si se esforzara por recordar un evento traumático. Cuando estoy a punto de abandonar cualquier esperanza, algo en su cabeza parece hacer clic.

"¿Lisa?", dice, sonando más sorprendido que complacido. "¿Aquella niñata a la que pillé olisqueando la bragueta de mis jeans?"

Oh, esto no está bien. ¿Por qué, de todos los recuerdos que podría tener él de mí, debe ser justo este? Me pongo roja como el semáforo de la calle Lombard.

"¡No estaba olisqueando tus estúpidos pantalones! Solo estaba tratando de... bueno, es que Amanda me dijo que te hacías pis".

Mandy nunca me dijo eso, y estoy segura de que si olisqueaba su ropa era porque me gustaba el perfume que usaba. Sí, el hermano más grande de mi mejor amiga usaba perfume 'allí abajo'. Y aquello, para una chica de quince años, era un descubrimiento fascinante.

“¿Estás segura de que no me has confundido con el psiquiatra de la planta de abajo?”

¡Ay, cómo desearía que este tío pudiera sentir algo del bochorno que estoy sintiendo en este momento!

"No estoy loca, gracias por preguntar".

Dash se pasa una mano por el rostro en señal de impaciencia. Por un momento, parece casi... humano.

“Mira, vamos a dejar las cosas en claro,” digo alzando mis ojos para que vea que no he venido a jugar. “Esto es tan incómodo para mí como para ti. ¿Te piensas que me gusta ir por la vida dando pena con mis maletas a cuestas? ¡Claro que no! Tú apenas me reconoces porque no me has visto un pelo durante los últimos diez años. Bueno, pues yo no he tenido la misma suerte. Debo verte, junto a otros millones de personas, todos los putos días dando la lata en el telediario. ¿Sabes la tortura que significa eso?”

Dash ríe por lo bajo enviando sus vibraciones graves y profundas directo hacia mi abdomen. “Sabes que la puta tele viene con botón de apagado, ¿verdad?”

"Amanda me las va a pagar", murmuro cabreada.

“También a mí,” sisea. “Deberá explicar por qué decidió convertir mi casa en un albergue sin consultarme.”

"Oye", dejo caer mis brazos y resoplo mientras me siento sobre una de mis maletas. "He tenido un día de mierda. De hecho, hace semanas que no tengo un día decente. Todo lo que pido es un respiro. No quiero instalarme en tu casa ni ser una carga para ti. Sé que es una mala idea. De hecho, no sé ni cómo me he dejado convencer por tu hermana, pero ya ves, aquí estoy."

Miro hacia el suelo, sintiéndome tan estúpida por haber confiado en un hombre que me traicionó liándose con otra mientras hacíamos planes de empezar una familia juntos. ¿Por qué no he sido capaz de abrir antes los ojos? Ahora parezco una adolescente sin rumbo, con demasiadas maletas encima y sin nada que ofrecer al mundo.

Echo un vistazo hacia arriba. Dash se ha llevado una mano al mentón y me inspecciona con sus ojos azules como si estuviera decidiendo si merece la pena mojarse por una desconocida. Finalmente, suelta un gruñido de exasperación, como si se viera obligado a apostar contra su sentido común.

"Sube las escaleras", ordena de repente, "al final del pasillo a la derecha encontrarás una habitación con la cama tendida." Y enseguida, mirando mis maletas en el suelo, añade: "Joder, ¿andas con la casa a cuestas como un caracol? Lleva algo de ropa para cambiarte, luego me encargo de lo demás."

"Bienvenida a casa", digo por lo bajo mientras subo las escaleras sintiéndome una okupa. Aun así, intento caminar con la cabeza erguida en un gesto de dignidad que es la última defensa antes de que mi ego acabe de deshacerse en un millón de trocitos invisibles. Puedo sentir la mirada de Dash quemando un agujero del tamaño de la punta de un pitillo encendido

en mi nuca.

"Una cosa más," llama desde abajo, me giro para mirarle. Está reclinado contra el vano de la puerta de la cocina y tiene el ceño fruncido. "Tú y yo no hemos acabado."

"Gracias, Amanda," suspiro mientras enfilo un pasillo amplio con varias puertas a los lados. "Vaya amiga que me he echado".

Capítulo 3

Lisa

La puerta de la habitación de huéspedes se abre con un suave clic, como si estuviera entrando en la bóveda de un banco.

"Madre mía, ¿qué es esto?" Me quedo como tonta sin atreverme a dar un paso más allá del umbral.

La habitación es más grande que todo mi antiguo apartamento universitario. Las paredes, de un blanco inmaculado, hacen que mi camiseta manchada de café parezca aún más patética.

Me siento como un elefante en una tienda de porcelana china. Muy, muy cara.

"No hay manera de que esta sea solo una habitación de huéspedes," digo mientras me quito los tenis desgastados y avanzo con cautela. A mi derecha, un ventanal del suelo al techo ofrece una vista panorámica de la ciudad que quita el aliento.

"Genial, ahora todo San Francisco puede ver lo perdida que estoy", murmuro, acercándome al cristal. No se oye ningún ruido de fuera. Intento abrir la ventana pero no cede. Soy algo claustrofóbica y siento que me falta el aire, pero respiro un par de veces, inhalando profundamente, y se pasa. El aire de la habitación es fresco y levemente perfumado como si estuviera en un bosque de pinos en lugar de una inmensa caja de cristal a cien metros de altura.

Lo segundo más grande que la cristalera es la cama. Agotada me dejo caer sobre ella, cierro los ojos y repaso mis manos por las sábanas suaves, que probablemente han hilado veinte mujeres en algún sitio remoto de la India.

"Bueno, Lisa", me digo a mí misma, "bienvenida a tu nuevo palacio de cristal. No rompas nada porque entonces sí que te endeudas de por vida".

Tras descansar unos minutos, pongo mi maleta pequeña sobre la cama y saco varias mudas de ropa. Me encuentro con un armario que parece la entrada a Narnia. "Mis maletas van a saltar de felicidad cuando te vean, chico."

El baño en suite es otro golpe a mi autoestima. Mármol por todas partes, una ducha que parece una nave espacial y suficientes productos de belleza para abrir una tienda.

"Hasta el champú ha tenido una mejor educación que yo", murmuro, examinando una botella con una etiqueta en francés.

Oui monsieur, oui mademoiselle, tout le monde parle français, canto repitiendo como loro

la cancioncilla que recuerdo del instituto y que jamás entendí qué significaba.

Regreso al dormitorio para dejarme caer en la cama. Es como aterrizar en una de las nubes que corren a toda prisa al otro lado de las cristaleras. Por un momento, cierro los ojos y me permito disfrutar de la sensación de dejarme llevar por encima de los campos y las autopistas de regreso a casa. Pero la realidad pronto se abre paso.

"Ya no hay casa a la que regresar."

Eso me recuerda que debo comunicarme con Amanda y, luego de enviarla a tomar por culo, rogarle que por favor hable con su hermano para que no me eche a patadas. Al menos hasta que consiga un trabajo.

Estoy por marcar su número, pero recuerdo que en Europa ya es entrada la noche. Suspiro luchando contra una sensación de soledad que amenaza con devorarme. El silencio de la habitación no ayuda. Echo de menos el ruido del tráfico, los gritos de mis vecinos, incluso el ladrido incesante de los caniches de la vieja loca del tercero B. Aquí, dentro de mi nueva jaula de cristal, se siente como si el mundo se hubiera detenido de repente.

Quizás después de una ducha me sienta mejor. Me desvisto y me meto en el plato. En cuanto cierro la mampara se activa el agua. Miro alrededor, ¿dónde están los grifos? Genial, no hay grifos. Consigo regular los varios chorros de agua que golpean mi cuerpo desde todas direcciones justo antes de ahogarme. Luego de unos quince minutos y de gastar el equivalente al PIB de un país pequeño en agua, me visto con una camiseta de tiras nueva, una falda sencilla y bajo las escaleras con la gracia de un pato mareado. Mi pelo mojado gotea sobre mi camiseta menos arrugada, que ahora parece un trapo de cocina en comparación con la decoración minimalista de la mansión.

Encuentro a Dash sentado en una tumbona de cuero junto a una lámpara de pie encendida, tecleando furiosamente en su laptop. Respiro hondo. Hora de mostrar tus dotes de diplomacia.

"Eh... ¿Dash?", mi voz suena como la de un ratón asustado.

Al levantar sus ojos de la pantalla no parpadea. Jolín, su mirada azul podría congelar el infierno.

"Yo... quería hablar contigo sobre... ya sabes, mi estancia aquí", balbuceo. Genial, Lisa. Muy elocuente.

Dash cierra su laptop con un chasquido que me hace dar un respingo. "Venga, habla entonces".

"Mira, sé que esto es... inesperado", empiezo, jugando nerviosamente con el dobladillo de mi camiseta. "Pero te prometo que seré la mejor compañera de piso que podrías tener. Seré como un fantasma, ni notarás que estoy aquí".

Dash arquea una ceja. "Un fantasma," repite con una seriedad pasmosa.

"Sí, ya sabes, silenciosa, casi invisible", continúo, cavando mi propia tumba verbal.
"Como esos fantasmas de las películas que atraviesan paredes y..."

La expresión de Dash es una mezcla de incredulidad y exasperación. Estoy sudando tanto que podría llenar una piscina.

"Lo que quiero decir", intento corregir, "es que no seré una molestia. No haré ruido, no invitaré a nadie, no..."

"¿No existirás?", sugiere Dash, su voz goteando sarcasmo.

"Exacto", digo, y luego me doy cuenta de lo que he dicho. "No, espera, eso no es..."

Las vibraciones del teléfono de Dash me interrumpen, salvándome de seguir enterrándome más profundamente.

Dash contesta cortante. "Amanda, más te vale tener una buena explicación para..."

No puedo escuchar lo que dice ella, pero por la forma en que la cara de Dash se va poniendo cada vez más roja, no debe ser nada bueno. Me quedo de pie, con las manos apretadas contra mi regazo y tensa como una cuerda de violín, segura de que en cualquier momento me pedirá que suba a hacer las maletas.

"No puedes actuar sin consultarme... Sí, ya sé que el ático también es tuyo... ¿Qué? ¡No, no es eso! Joder, escúchame..."

Es acojonante verle pasar por toda una gama de emociones en cuestión de segundos. Sé que Amanda nunca le ha temido a su hermano y es la única persona que podría enfrentarle de esta manera. Pero una cosa es saber estas cosas de oídas, y otra muy diferente verlo en directo.

Finalmente, tras lo que parece una eternidad, Dash suelta un suspiro que parece venir desde lo más profundo de su alma. "Está bien, está bien. Pero me debes una, y es grande".

Cuelga y se gira hacia mí. Su mirada me atraviesa como si fuera de rayos X.

"Bien", dice finalmente. "Parece que te quedarás por un tiempo".

El alivio me inunda, sintiéndome como si acabara de sobrevivir a un huracán. Aun así intento no parecer demasiado emocionada. "Gracias, te prometo que no te arrepentirás".

"Eso está por verse", murmura. "Ahora, las reglas".

Trago saliva porque sinceramente no sé qué esperar de un tío como Dash.

"Uno, esta es mi casa, mi espacio de trabajo. Nada de fiestas, nada de visitas sin mi permiso. Dos, la cocina y las áreas comunes se mantienen impecables. Si ensucias, limpias. Tres, si rompes algo, lo pagas. Cuatro, te las apañarás sola. No soy niñero de nadie. Y cinco...", hace una pausa, mirándome fijamente, "nada de dramas, nada de complicaciones. ¿Está claro?"

Asiento vigorosamente, como uno de esos perritos de juguete que mueven la cabeza en los coches. "Como el día". ¡Menudo maniaco!

"Bien", dice, volviendo a abrir su laptop. "Bienvenida a casa, supongo".

Me quedo allí, balanceándome sobre mis pies, sin saber qué hacer. ¿Tomo asiento junto a él o me retiro? ¡Jamás vi a alguien tan descortés! "Entonces... ¿somos compañeros de piso?"

Dash me mira por encima de su pantalla, su expresión indescifrable. "No", dice finalmente. "Yo soy el dueño de la casa, tú eres... un favor que hago a la pesada de mi hermana. No lo olvides".

Y con eso vuelve a su trabajo, ignorándome olímpicamente, como si ya no estuviera aquí.

Han comenzado tus días como fantasma de lujo, me digo regresando a mi habitación.

Esa noche Dash desaparece. Se ha marchado sin dejarme instrucciones ni comida. Bueno, comida hay de sobra en los dos frigoríficos de la cocina y en el laberinto de alacenas, pero no es que me haya dicho, "Puedes coger lo que gustes" o, "Estás en tu casa", ni ninguna otra de esas cosas que dicen los humanos para hacer sentir mejor a sus huéspedes.

A Dash no podría importarle menos si me siento bienvenida.

Le imagino en alguna fiesta de millonarios donde sirven caviar en cucharillas de oro y me da mucha rabia tener que estar debatiéndome entre zamparme este trozo de pastel con merengue italiano y morirme de hambre.

Venga, ardilla, es tuyo, te lo mereces, me digo para darme ánimos. Espero que no sea algún postre gourmet carísimo hecho con huevos de avestruz. Con mi suerte puedo esperar cualquier cosa.

Tras comer, lavo el plato y la cucharilla que he usado y, aunque subo en puntillas y voy descalza, puedo oír el ruido de mis pasos como si estuviera saltando sobre burbujas de plástico de embalar.

Antes de que me dé un ataque de nervios, pongo algo de música.

Amanda ha visto todos mis mensajes y sólo ha reaccionado con un emoji de risas hasta las lágrimas cuando le he dicho que Dash parecía querer comerme viva.

Me arrastro hasta la cama, hundiendo la cabeza en las almohadas de algodón egipcio. Debería sentirme como una princesa, pero en su lugar, me siento como una impostora en un cuento de hadas equivocado.

Doy vueltas y más vueltas, incapaz de conciliar el sueño. La imagen de Mark, mi ex, follándose a la becaria en la mesa del despacho de abogados me revuelve el estómago. Agradezco no haberle visto con mis propios ojos, pero los chats que encontré en su móvil eran lo suficientemente gráficos para formarme esa imagen. Era la primera vez que revisaba su móvil, y lo había hecho solo porque los pretextos para

no pasar las noches de viernes y sábados juntos se habían vuelto tan inverosímiles como las excusas de un niño que no ha hecho la tarea y culpa a su perro de haberse comido las hojas de su cuaderno.

"Tú tienes la culpa de todo, por ser demasiado... tú", me había dicho al romper. ¿Qué narices significa eso? ¡Se supone que me has elegido para estar juntos precisamente porque soy yo!

¿Por qué el muy imbécil no podía cerrar el pico, reconocer su error y retirarse en compungido silencio? No, ¡el señor tenía que abrir su boca para asegurarse de acabar de pisotear mi amor propio y hacerme sentir la mujer más indeseable de la historia!

Para más inri, ahora vivo con un multimillonario que me mira como si fuera un chicle pegado a la suela de su zapato italiano. ¿En qué momento mi vida se convirtió en una comedia romántica de bajo presupuesto?

Capítulo 4

Lisa

Me revuelvo en la cama, intentando encontrar una posición cómoda, pero es inútil.

El colchón es demasiado duro, las sábanas demasiado suaves, todo es demasiado perfecto... ¡y eso me pone los pelos de punta!

Finalmente, el agotamiento me vence y caigo en un sueño intranquilo.

¡¡¡BRRUMM!!!

Y luego PLAS, PLAS, PLAS...

Me despierto sobresaltada, mi corazón latiendo como si quisiera escapar de mi pecho. ¿Qué demonios es ese ruido?

Suena como si alguien estuviera licuando un robot en la habitación de al lado.

Miro el reloj: las 3:27 de la madrugada. Genial.

Me incorporo, frotándome los ojos, y entonces lo noto. Mis maletas, que había dejado en la entrada, están ahora pulcramente colocadas junto al armario.

Un escalofrío me recorre la espalda. ¿Dash entró en mi habitación mientras dormía? Eso no estaba en las reglas de convivencia.

El ruido mecánico continúa, un zumbido persistente cuyas vibraciones atraviesan las paredes.

Mi curiosidad —o quizás mi estupidez— me empuja a investigar.

Mi corazón late con fuerza. ¿Debería volver a la cama y fingir que esto nunca pasó? ¿O debería satisfacer mi curiosidad y probablemente terminar traumatizada de por vida?

"Vamos, Lisa, no seas cobarde", me digo a mí misma recordándome que tengo cinturón negro en meter las narices donde no debo.

Con cuidado salgo de la habitación y doy unos pasos tentativos hacia donde creo que se origina el ruido. Llego a una puerta de doble hoja al final del pasillo. Santiguándome me inclino y pego el ojo a la mirilla.

Ay. Dios. Mío.

Puedo verle de perfil. Es Dash y está corriendo en una cinta como si le persiguiera el mismísimo diablo. Cada paso que da golpea como un trueno. Su torso desnudo brilla

con el sudor, los músculos tensos bajo la piel tatuada. Lleva unos auriculares enormes pero es igual que si estuviera a todo volumen. Está escuchando una canción de rock y pienso que es un milagro que este hombre no se haya quedado sordo.

Doy un paso atrás diciéndome que he visto suficiente, pero no puedo apartar la mirada. Es un espectáculo demasiado fascinante.

Sus labios se mueven, ¿está cantando al ritmo de la música o gritando insultos? Difícil saberlo. La agresividad en su rostro me transporta de golpe a aquel verano de hace diez años, cuando vi a Dash pelearse con unos chicos que le desafiaron en el río. Tenía la misma expresión salvaje, los mismos puños apretados, listo para saltar sobre su presa. Aquellos bravucones no paraban de molestar a los bañistas. Eran bastante mayores que él, unos veinte años quizás, y buscaban imponerse por la fuerza. Pero no contaron con que Dash pudiera devolverles golpe por golpe todas sus agresiones.

Puedo ver a aquel Dash de diecisiete años con total claridad. como si no hubiera pasado ni un solo día, emergiendo del río como una especie de dios griego adolescente, el agua resbalando por su cuerpo delgado pero musculoso y el sol brillando sobre nosotros, las risas de Mandy y las demás chicas al ver que me quedaba como embobada... Aquel día le había visto por primera vez desnudo y había sido como desvelar una parte oculta del mundo y de mí misma. ¿De veras existían chicos guapos y una podía desearles? ¡Guau! Desde ese momento y hasta que me marché de la propiedad de los Leister, mis ojos de cervatillo adolescente no habían dejado de seguir el rastro de Dash.

PLAS, PLAS. PLAS...

Las zancadas se aceleran y parpadeo, bruscamente traída de regreso al presente. El Dash de ahora ya no es ningún muchachito. Es un hombre hecho y derecho, con grandes músculos definidos y tatuajes que se extienden por sus brazos y pecho como amenazantes símbolos de poder. Puedo sentir el calor subiendo por mis piernas. Puedo casi sentir el gusto de las gotas saladas que resbalan por su espalda, la manera en que sus músculos se contraen con cada zancada.

Esto está mal. Muy mal. No debería estar espiando a mi nuevo compañero de piso como una maldita acosadora.

Pero es imposible apartar la mirada. Es como si Dash fuera un imán y yo el trocito de metal más pequeño e insignificante que puedas imaginar.

Me siento completamente indefensa ante su presencia masculina.

Es entonces que Dash se gira hacia la puerta y parece enfocarse en mí, estrechando sus ojos. De inmediato doy un salto hacia atrás como si acabase de electrocutarme, tropiezo y caigo como un saco de patatas. Doy con mi trasero en el suelo, pero en vez de levantarme y salir corriendo, me quedo congelada en el sitio esperando que el pomo gire en cualquier momento y la puerta se abra de un golpe y que Dash me descubra y me saque de su casa por fisgona.

Pero nada de eso sucede.

El ruido de sus pasos en la cinta se mantiene constante.

Suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo y regreso a mi habitación, cerrando la puerta tras de mí con un gemido, como si necesitara resguardarme de Dash.

Me tumbo en la cama y cierro los ojos pero enseguida regresa su imagen a mi cabeza. Maldigo mi prolífica imaginación mientras recuerdo cada músculo de su cuerpo contrayéndose de manera poderosa, con esa expresión de determinación feroz en su rostro atormentado.

¿Qué acabo de ver? Un hombre haciendo ejercicio, naturalmente. ¡No, tú sabes que no has visto SOLO eso!

Este tipo está cabreado con la vida. Es de dominio público que dinero y enemigos no le faltan. Pero no creo que nadie más que yo sepa que por la noche no duerme.

¿Qué haré ahora con esta información? ¡Pues nada! Me limitaré a seguir jugando el papel del fantasma de la mansión. Pero fantasma y todo, ¡no puedo vivir del aire!

“Mañana temprano sales a buscarte la vida, sin pretextos ni excusas. Y no regresas hasta que no hayas conseguido al menos una entrevista de trabajo.

Todo sea para salir de aquí cuanto antes. Porque una cosa está clara: vivir con Dash Leister ha sido una pésima idea.

Capítulo 5

Lisa

"Ánimo, Lisa", me digo a mí misma mientras cruzo la calle y casi me atropella un funicular. "No eres cualquier simplona, ¿eres una chica con recursos! Seguro que algún idiota quiera contratarte".

Paso frente a una cafetería con un cartel de "Se busca personal" en la ventana. El olor a café recién molido me llega a la nariz y mi estómago gruñe en respuesta. Maldita sea, esta mañana ni siquiera he desayunado con las prisas de no cruzarme con Dash.

Respiro hondo y empujo la puerta. Una campanilla suena, anunciando mi entrada como si fuera la mismísima reina de Inglaterra. Ja, ya quisiera yo.

El lugar está hasta los topes. Meseros corren de un lado a otro con bandejas llenas de café y pasteles que hacen que se me haga la boca agua. Me acerco a la barra, donde un tipo con cara de pocos amigos limpia tazas como si le hubieran ofendido personalmente.

"Disculpe", digo, intentando sonar más segura de lo que me siento. "Vi el anuncio de la puerta. ¿Siguen buscando personal?"

El hombre me mira de arriba abajo, como evaluando si valgo la pena o si soy otra pérdida de tiempo. Finalmente, gruñe algo que suena vagamente afirmativo.

"Genial", sonrío, extendiendo mi currículum. "Tengo experiencia en atención al cliente y gastronomía..."

"No me interesa tu papel", me corta escupiendo a un lado. "Si quieres el trabajo, debes demostrar que no eres una patosa buena para nada."

Levanto la ceja porque eso ha sonado como una descripción personal bastante certera, pero como no lo pongo en mi currículum sonrío con descaro y anuncio:

"Pues hoy está de suerte, señor, porque no soy ninguna patosa. Diría que todo lo contrario. ¿Cuándo comienzo?"

"Ahora."

Parpadeo, sorprendida. "¿Ahora?"

"¿Lo quieres o no?", gruñe.

Trago saliva. Querías una oportunidad, pues aquí la tienes.

"Claro", digo quitándome el bolso. "Venga, a ver, ¿dónde está mi delantal?"

Las siguientes horas son un torbellino de café, platos sucios y clientes malhumorados. Corro agitada de un lado a otro, sintiendo cómo mis pies protestan con cada paso. ¿Quién necesita un gimnasio cuando puedes currar a destajo?

Estoy limpiando una mesa cuando una de las otras meseras se acerca. Es una chica de unos treinta, con el pelo teñido de azul y más piercings que piel visible.

"Oye, nueva", me susurra, mirando alrededor como si temiera que alguien nos escuchara. "Te voy a dar un consejo: lárgate de aquí".

Vaya, esta chica no se anda con rodeos.

"¿Qué? ¿Pero por qué? Creí que me estaba yendo bien".

Suelta una risita amarga. "Oh, cariño. No importa si eres la mejor o si lo haces fatal, nadie va a colgarte una medalla. El jefe es un estafador de primera. Siempre se aprovecha de los incautos. Hoy han sido tú y aquellos ayudantes de limpieza que ves al fondo. Mañana serán otros. Total, tontos nacen todos los días. Además, ahora te hará fregar los platos. ¿Y sabes lo que dice de fregar platos? Que es una tarea tan estúpida que no debería pagarse más que con un sándwich".

"¿Qué? ¡Pero eso es ilegal!"

"Bienvenida a la jungla, cariño", dice, encogiéndose de hombros. "Donde los ricos se hacen más ricos y los demás nos conformamos con las migajas".

Miro al jefe, que está contando dinero en la caja registradora con una sonrisa de satisfacción. De repente, todo encaja. La prisa por ponerme a trabajar, la falta de contrato...

"Hijo de puta", murmuro sintiendo que me hierve la sangre.

"Oye, ten cuidado que te escuchará", pregunta la chica del pelo azul.

"Me la suda. No me gustan los viejos sinvergüenzas," estoy hablando en un tono cada vez más alto y la mesera me hace señas desesperadas para que cierre el pico.. "Tú no te preocupes. Solo disfruta del espectáculo."

"¿Qué piensas hacer?"

Una sonrisa maliciosa se dibuja en mi rostro. "Oh, nada que no haya hecho antes."

Con súbita determinación me dirijo hacia el fondo, ignorando los gritos del jefe que ha comenzado a dar la lata otra vez. Pidiendo permiso a los ayudantes de limpieza, cojo uno de los cubos llenos de agua sucia y jabonosa, y regreso decidida hacia la caja registradora.

"¡Eh, tú!", chilla el jefe. "¿Qué crees que haces con eso?"

Me detengo frente a él, sosteniendo el cubo por delante con ambas manos. "He cambiado de idea, jefe", digo con una sonrisa dulce. "Puede quedarse con su

sándwich, y también con su agua de fregadero."

Antes de que pueda reaccionar, le vacío el cubo en la cabeza.

El caos estalla en la cafetería. Los clientes gritan, el jefe maldice sacudiéndose como un perro empapado y yo... bueno, yo cojo mi bolso y salgo corriendo como alma que lleva el diablo. Me pierdo colina abajo por una callejuela muy estrecha, con el corazón aún latiendo a mil por hora y una sonrisa de oreja a oreja. Sé que acabo de quemar un puente, pero San Francisco tiene muchos y, maldita sea, ¡ha valido la pena!

Cuando por fin me detengo, jadeando y riendo como una loca, me doy cuenta de que he caminado de regreso al edificio de Dash. Miro hacia arriba, hacia el ático donde ahora vivo, pero solo consigo ver un puntito en el cielo.

"Bueno, Lisa", me digo a mí misma, "parece que adaptarte a la nueva ciudad será más duro de lo que suponías".

Entro en el edificio como una tromba, con la adrenalina a tope y tan absorta en mis pensamientos que choco contra un tipo que parece haber salido de la nada.

"¡Ey, cuidado!" exclama, agarrándome del brazo para evitar que me caiga. Sus ojos se iluminan de repente, como si acabara de reconocer a un viejo amigo. "Espera", me dice, "¿tú eres la chica que vive con Dash Leister, verdad?"

Se encienden todas mis alarmas porque este tío no me gusta ni un poco.

"Eh... no sé de qué me hablas", balbuceo, intentando zafarme de su agarre.

"Vamos, te he visto salir esta mañana. ¿Cuál es tu relación con Dash? ¿Estás viviendo aquí? ¿Has dormido con él? ¿Han quedado para comer?"

El tipo dispara preguntas como una metralla. ¿Qué narices le pasa?

"Oye, no sé quién eres, pero eres bastante cotilla, será mejor que te apartes", le advierto, intentando sonar más valiente de lo que me siento.

"Tranquila, solo busco hacer mi trabajo", insiste él, sacando una grabadora y plantándomela en el morro. "¿Qué hay de cierto acerca de sus excentricidades? ¿Puedes confirmar que Dash tiene varias mujeres a la vez?"

No me quedo a escuchar el resto. Con un movimiento brusco, me libero de su agarre y salgo disparada hacia los ascensores. Llego al ático con la lengua fuera. Necesito hablar con Dash, advertirle sobre el lunático que está allí abajo. Paso la tarjeta que me ha dado Dash por el sensor, abro la puerta de un empujón y atravieso el vestíbulo a toda prisa.

Al llegar al salón me freno en seco. "¡Oh, por Dios, lo siento!"

En ese momento entra Dash desde la terraza. Va completamente desnudo y, al verme, chasquea la lengua molesto por tener que regresar a por la toalla, que enrolla sin ninguna prisa alrededor de la cintura. Su pelo chorrea agua y los hilos de agua resbalan por su tableta de chocolate y yo... bueno, yo me he quedado de piedra con la boca

abierta en mitad de una frase de la que ya me he olvidado su propósito y sentido. Solo falta que se me caiga la baba.

"¿Se puede saber qué te pasa ahora?", pregunta al verme tan revolucionada.

Abro la boca para hablar pero la vuelvo a cerrar porque me he quedado en blanco. "No sé por dónde empezar" digo haciendo un esfuerzo por apartar la mirada de su cuerpo.

Dash sigue la dirección de mis ojos, niega con la cabeza y ríe por lo bajo, pasando por mi lado casualmente para coger una manzana del frutero y regresar al salón para sentarse en uno de los sillones de cuero negro.

"Por el principio", da un mordisco sonoro a su manzana y yo me estremezco.

"Hay un tipo muy raro ahí abajo que hace toda clase de preguntas. Se me tiró encima en cuanto me vio y hasta me cogió del brazo. Dice que te conoce. Yo no me confiaría."

"Gracias por el consejo".

Su tono sarcástico me molesta.

"Creo que no has entendido. Me ha preguntado si te ves con otras mujeres. ¿Acaso no le piensas hacer echar?"

Dash se encoge de hombros.

"Hace su trabajo."

"¿Le defiendes?"

Resopla burlón.

"Mira, Lisa. Yo no quiero ser tu tutor."

"¿Perdona?", mi indignación y vergüenza aumentan con cada segundo que pasa.

"Lo que oyes", responde mirándome directamente a los ojos. "Tú no eres mi responsabilidad".

Tras decir esto, vuelve a levantarse, a pasar por mi lado sin mirarme como si yo no estuviera aquí y sube las escaleras de dos en dos hacia las habitaciones.

No me lo creo. "Para tu información", grito en dirección a la puerta del final del pasillo, "¡acabo de volver de buscar trabajo!"

Dash sale de su habitación, ahora con unos pantalones negros pero aún descalzo y sin camisa, y se apoya en la barandilla de la escalera lo más campante para mirarme desde arriba.

"Genial. ¿Y cuánto te han ofrecido?", pregunta con un tono casual que sugiere que salir a buscar trabajo equivale a conseguirlo.

"Me han querido timar".

"¿No me digas?"

Abro la boca para contarle sobre la cafetería, pero de repente noto su tono sarcástico.

“¿No me crees?”

"En realidad, eso no importa ahora", dice bajando rápidamente las escaleras. "Y en cuanto al tipo de abajo, era un husmea-culos. Si deseas vivir aquí deberás acostumbrarte a ellos".

Le miro confundida. "¿Perdona?"

Dash pone los ojos en blanco. "Un paparazzi, Lisa. Dios, ¿es que tengo que explicártelo con filminas? A ver si espabilas y dejas de meterme en problemas".

"¿Yo? ¿Meterte en problemas a ti?", replico, la ira burbujeando en mi interior. "Perdona, pero yo no pedí que un acosador me abordara en el vestíbulo. Y tampoco pedí vivir con un imbécil arrogante que cree que el mundo gira a su alrededor".

Ups, eso último debí haberlo pensado únicamente.

Nos quedamos mirándonos fijamente, la tensión entre nosotros en aumento. Parte de mí quiere continuar gritándole hasta quedarme lívida, otra parte desea salir corriendo, y la parte más pequeña (que decido ignorar) no puede evitar notar lo bien que le sientan esos puñeteros pantalones.

Finalmente, Dash suspira, pasándose una mano por el pelo húmedo. "Mira, lo siento, ¿vale? Es solo que... si vamos a vivir juntos deberás espabilar."

“¡Soy bastante espabilada!” protesto.

“Si realmente lo fueras, no estarías aquí.”

Y con eso, se da la vuelta y vuelve a encerrarse en su habitación, dejándome sola en el salón, indignada, confundida, y, muy a mi pesar, un poco excitada.

"Perfecto, Lisa. Lo estás haciendo estupendo", resoplo murmurando para mí misma.

"De Guatemala a Guatepeor".

Capítulo 6

Lisa

El ático está silencioso, vacío y huele a productos de limpieza.

Me siento exhausta, pero debo hacer algo para no volverme loca.

A esta casa le falta algo, le falta chispa... "¡Salero!", me digo chasqueando los dedos. "A ver si hoy se cena algo como Dios manda..."

Así es como después de otra búsqueda de trabajo infructuosa, me encuentro mirando fijamente el refrigerador de acero inoxidable de Dash como si fuera el oráculo de Delfos.

"A ver, nevera mágica", canturreo, "dime qué demonios hago con mi vida".

Abro una de las puertas y, oh sorpresa, está llena de comida china para llevar a medio comer y bebidas energéticas. Típico de un soltero millonario que probablemente cree que cocinar es algo que solo hacen los pobres.

Pero espera, ¿qué narices es aquello? Rebusco detrás de una torre de cajas de rollitos de primavera y pollo Kung Pao hasta que encuentro una bolsa de verduras frescas. ¿Dash come verduras? El mundo está lleno de misterios.

Antes de darme cuenta, estoy sacando ingredientes y utensilios como si fuera Gordon Ramsay en esteroides. Si no puedo arreglar mi vida, al menos puedo hacer una cena decente.

Pongo musiquilla para crear ambiente. Algo de Taylor Swift, que canto a grito pelado.

"Players gonna play, play, play, play, play
Haters gonna hate, hate, hate, hate..."

Estoy tan concentrada cortando cebollas (y no, no estoy llorando, solo me entró algo en el ojo) que no oigo a Dash entrar hasta que está prácticamente respirándome en la nuca.

"¿Qué demonios estás haciendo?", pregunta cabreado, su voz tan cerca que casi me corto un dedo.

Doy un salto y me giro, el cuchillo en alto como una espada. Dash retrocede, las manos en alto.

"Tranquila, Xena. Solo soy yo".

"Jesús, Dash. ¿No sabes que es de mala educación asustar a alguien que está armado?", digo, bajando el cuchillo y haciendo como que envaino mi espada. Dash me ha llamado Xena, la princesa guerrera. ¡Siempre he querido ser Xena, qué emoción!

"¿Puedo preguntar a qué se debe este rapto de buen humor?"

Sus ojos recorren la cocina, que parece haber sido atacada por un tornado. "Estás... cocinando", dice finalmente, pero a juzgar por su tono podría haber dicho que estoy construyendo una bomba nuclear.

En respuesta a su estúpido comentario hago saltar un tomate de una mano a la otra. "No, estoy practicando mi rutina de malabarismo con verduras. ¡Claro que estoy cocinando!"

Una breve sonrisa de lado relampaguea en su rostro. Joder, ¡está sonriendo! Y aún se le hace el mismo hoyuelo en su mejilla izquierda...

"No sabía que supieras cocinar".

"Hay muchas cosas que no sabes de mí, Leister", respondo, volviendo a mis cebollas que corto en brunoise para la tortilla. "Por ejemplo, que soy una ninja con los cuchillos de cocina".

"Vaya", dice con admiración, acercándose, y yo sonrío complacida.

Y así es como una noche cualquiera de principios de octubre, acabo preparando la cena para el subnormal más sexy del mundo. Dash se apoya en la encimera, observando como un halcón mientras yo salto de un lado a otro de la cocina, echando cosas en ollas y sartenes.

"¿Qué estás preparando exactamente?", pregunta después de un rato de verme en la faena.

"Es una receta secreta de mi familia", respondo misteriosamente. La verdad es que estoy improvisando como una loca, pero eso él no tiene por qué saberlo.

"Huele bien", admite Dash, inclinándose para coger unos portobellos de una sartén.

"¡Eh, sin hacer trampa!", le regaño, dándole un golpecito en la mano con la cuchara de madera.

Nuestros dedos se rozan y siento una descarga eléctrica que me recorre todo el brazo. Malditas hormonas.

Dash se gira hacia la cava y saca una botella que me muestra guiñando un ojo. Es un gesto que me derrite por completo.

"Voy a abrir un vino. Es de mi bodega preferida aquí en San Francisco. Confío en que apreciarás su terroir."

Me cruzo de brazos y hago una mueca con la boca.

"Te equivocas otra vez, chico listo. No sé nada de terroir, pero cocino de miedo," le

devuelvo la sonrisa y guiño un ojo a mi vez. "Lo has pillado, ¿verdad?"

Dash pone los ojos en blanco.

"¿A que se me da hacerme bien la payasa? Yo no sé por qué no he ido aún a llevar mi currículum al circo."

Dash suelta la risa.

"Fijo que allí te toman."

Finalmente, después de lo que parece una eternidad (y varios cortes menores), la cena está lista. Coloco dos platos en la isla de la cocina con un floreo digno de un chef estrella Michelin.

"Voilà. Risotto de champiñones con pollo al limón y una preciosa tortilla de patatas", anuncio orgullosamente.

Dash mira el plato con una mezcla de sorpresa y... ¿es eso admiración? No, seguro que es indigestión.

Después de tantas risas, apago la música y nos sentamos a comer en un silencio incómodo. Es la primera vez que comemos juntos. Al momento de probar la tortilla Dash toma un bocado con los dedos y sus ojos se abren de par en par.

"Esto está... realmente bueno", dice, sonando genuinamente sorprendido.

"No parezcas tan shockeado", respondo, tratando de ocultar mi sonrisa. "Te dije que era una ninja".

"Una ninja gourmet", asiente, tomando otro bocado. "¿Dónde aprendiste a cocinar así?"

Y ahí está, al fin, una apertura. Una oportunidad para una conversación real. Tomo aire, decidida a aprovecharla.

"Mi madre me enseñó", digo intentando disimular la emoción. "Solíamos pasar horas en la cocina. ¿Y tú? ¿Cocinas algo más allá de calentar pizza en el microondas?"

Dash se tensa visiblemente. "No realmente", responde secamente.

"Oh, vamos", insisto. "Debe haber algo que te guste cocinar. ¿Huevos revueltos? ¿Un sándwich?"

"Lisa", dice con un tono de advertencia.

"¿Qué? Solo intento tener una conversación. Ya sabes, eso que hace la gente normal cuando come junta".

Dash suspira, dejando el tenedor. "Mira, aprecio la cena, pero no necesitamos hacer... esto", dice, haciendo un gesto vago entre nosotros.

Noto que sus manos son muy grandes y morenas. Unas manos de pirata, me digo imaginando esas manos bajo mi falda. Reprimo el pensamiento al instante y lo reemplazo por la imagen del Capitán Garfío, con un gancho de hierro oxidado en vez

de manos.

"¿Esto?", repito. "¿Te refieres a conocernos? ¿A ser algo más que dos extraños que comparten un espacio?"

"Exactamente", asiente. "Nunca hemos sido amigos, no necesitamos serlo para compartir piso por unos días".

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. De repente, el risotto sabe a cartón.

"Bien", digo, levantándome bruscamente recogiendo mi plato. "Mensaje recibido, alto y claro. Disfruta tu cena en solitario, Leister".

Salgo de la cocina, dejando a Dash solo con su plato. Mientras camino hacia mi habitación, no puedo evitar preguntarme por qué demonios me molesto con tamaño capullo. Y además desagradecido porque no me ha dado ni las gracias ni las buenas noches.

Capítulo 7

Lisa

Amanda llama justo cuando estoy a punto de morder una galleta de jengibre tamaño frisbee y poner una peli de terror.

Porque sí, no he resistido la tentación de bajar a por unas galletas importadas de vaya uno a saber dónde, con esas letras exóticas en el envoltorio.

¿Qué más puede hacer una chica desempleada viviendo con un multimillonario emocionalmente constipado?

"¡Mandy, por fin!", cojo la llamada tratando de sonar como si mi vida no fuera un desastre monumental.

"¡Lisa! ¿Cómo va todo? ¿Cómo te adaptas a la bestia? ¿Ya lo has matado o todavía aguanta?"

Casi me quedo atragantada con la galleta. "Oh, arpía traicionera, ¡tú lo sabías desde el principio!"

"No puedes negar que es una experiencia interesante" ríe cada vez más fuerte y yo estoy cada vez más cabreada.

"No le veo la gracia. ¿Mentirle como una bellaca a tu mejor amiga? ¡Eso es vil!"

"Te conozco, Lisa. Era la única manera de que aceptaras salir de Texas y dejar en el pasado a aquel cerdo."

Eso es verdad, pero no lo hace menos irritante.

"Es que con tu hermano nos llevamos como perro y gato," suspiro.

"Es hasta que os conozcáis."

"Vosotros os conocéis de toda la vida y mira... no os habláis desde Navidades."

La línea se queda en silencio. Oh, creo que he metido la pata.

"Esa es una larga historia. Además, tú no eres yo. Creo que sois compatibles."

"¿Compatibles? Estás como una puta cabra, Amanda. No creo que haya dos personas tan opuestas en el mundo como tu hermano y yo."

"Serás exagerada".

"En lo más mínimo, te lo aseguro." Pienso en nuestra no-cena de hace un rato, en

cómo Dash levantó sus defensas más rápido que China construyendo la Gran Muralla. "Es... complicado", concluyo.

"¿Complicado? Oh, Dios mío, ¿quieres decir...? ¿Están ustedes...?", deja la pregunta en el aire, pero puedo escuchar la sonrisa en su voz.

"¡No!", exclamo, demasiado rápido y demasiado fuerte escupiendo los trozos de galleta con chispas de chocolate y todo. Echo un vistazo a mi alrededor, mañana sin falta habrá que enviar las sábanas a la lavandería.

Una risita pícaro se cuela por el altavoz del móvil.

"¡Mandy!"

"¡Oye, pero si no estoy diciendo nada!"

"¡Pero lo estás insinuando!"

"¿Y cómo sabés tú que no te ha echado el ojo?"

El bochorno sube hasta mi cabeza y hace que me pique el pelo.

"¡Pero qué dices! Es más que obvio que tu hermano me detesta."

La voz de mi amiga se tensa.

"¿Te ha ofendido?"

¡Y cómo! Pero me muerdo la lengua porque no quiero preocupar a mi amiga con las borderías de su hermano.

"No exactamente. Es solo que... bueno, Dash es Dash, ¿sabes?"

"Oh, créeme, lo sé", dice Amanda con un suspiro de comprensión. "Pero en serio, Lisa, llamaba porque quería saber de ti, ¿cómo te sientes? ¿Has encontrado algún trabajo?"

Esa es la pregunta del millón. O más bien, la pregunta de los cero dólares en mi cuenta bancaria.

"Estoy en ello", miento descaradamente. "He quedado seleccionada para hacer un par de entrevistas que parecen prometedoras".

"¡Eso es genial!", exclama Amanda, y la culpa me golpea como un sartenazo en pleno rostro. "Sé que lo conseguirás. Tienes demasiado talento para no aprovecharlo".

"Sí, bueno... ahora solo necesito un poquito de suerte", murmuro, deseando que la tierra me trague. O al menos que aparezca otra galleta gigante para ahogar mis penas.

"La tendrás. Recuerda que el que la sigue la consigue. En cuanto a Dash", añade Amanda antes de despedirse. "Bueno, solo recuerda que debajo de toda esa fachada de chico malo y antipático, Dash tiene un corazón de oro. Solo se necesita a alguien con la paciencia suficiente para llegar hasta él".

Tras colgar el teléfono me dejo caer en la cama.

"Bien hecho, Lisa", murmuro para mí misma. "Ahora no solo eres una mantenida, sino también una mentirosa. Tu madre estaría tan orgullosa".

Como algunas galletas más, veo dos capítulos de una serie sobre vampiros adolescentes (porque aparentemente, mi vida no es lo suficientemente dramática) y finalmente me entierro bajo diez kilos de edredones costosísimos y cierro los ojos dispuesta a dormir, sintiéndome como una mezcla entre un parásito y una princesa Disney caída en desgracia.

Estoy a punto de caer en un sueño lleno de culpa y calorías cuando escucho ruidos que provienen del salón. Vuelvo a sacar la cabeza y apunto mis antenas hasta sintonizar el vozarrón de Dash, sonoro y cabreado.

"¡Me importa una mierda lo que opine el consejo! Si creen que pueden joder conmigo..." La voz de Dash se pierde un poco, a lo mejor ha salido a la terraza o está caminando alrededor como una fiera enjaulada.

Me incorporo en la cama, repentinamente muy despierta. Durante un momento me debato entre la curiosidad y el respeto por su privacidad, pero aquello dura poco porque cuando la voz de Dash vuelve a oírse mi oreja está pegada a la pared como una lapa. Oye, si voy a ser una mantenida, al menos puedo ser una mantenida bien informada, ¿no?

"...no voy a renunciar y tampoco pienso ir contra mis principios. ¡A quien no le guste, a tomar por culo!", escucho a Dash vociferar, su voz cargada de rabia. Después de unos instantes, añade en un tono más calmado pero con la misma determinación. "No te preocupes, encontraré una manera de salir de esta".

Mi corazón late con fuerza. Esto suena serio. ¿La empresa de Dash está en problemas? ¿Es por eso que ha estado tan tenso en la cena? ¿Por eso corre como un loco por las noches?

Pensativa me alejo de la pared y me meto de nuevo en la cama, pero el sueño no llega. Tras unos minutos, le oigo subir las escaleras y dar un portazo al final del pasillo. Enseguida el BRUMM de los motores que ya me resulta conocido y el PLAS PLAS PLAS de los pies descalzos atronando sobre la cinta de correr.

Siento el impulso irracional de irrumpir en el gimnasio y abrazarle. Si, ya sé que es un pensamiento estúpido. Él no me necesita a mí y yo no soy la Madre Teresa de Calcuta. Pero me resulta perturbador imaginar que todo este estrés no sea nada nuevo. Que lidiar solo con problemas agobiantes se haya transformado en su estilo de vida.

¿Cuánto tiempo lleva así? Años quizás, pienso y me estremezco. A pesar de todo su dinero y su fama, no querría estar en estos momentos en su pellejo.

Tú también tienes problemas, me recuerdo. Y bastante gordos. Además, Dash es un hombre fuerte. Y si está solo es porque él lo ha elegido así.

Meto la cabeza bajo la almohada intentando acallar las zancadas y me duermo pensando que mañana me pillaré unos tapones para los oídos de esos que usan los

nadadores.

Capítulo 8

Lisa

Nunca veo a Dash por las mañanas y hoy no ha sido la excepción. No es que duerma hasta tarde, es que directamente no se acuesta. Al menos no aquí en el ático.

¿Que cómo lo sé? Simple. Porque esta mañana tras despegarme las legañas, lo siguiente ha sido colarme en su habitación.

Sí, me he graduado de stalker, podéis darme los honores.

Vale, lo admito, nadie podrá arrebatarme el premio a la peor compañera de piso del año. O del siglo. Pero oye, la curiosidad mató al gato, y yo soy más bien como un gato con complejo de Sherlock Holmes en celo.

Así que ahí estaba yo a las ocho de la mañana, de pie frente a las puertas de la misteriosa habitación al final del pasillo.

Tomé aire, giré el pomo y... ¡bam! Bienvenidos al planeta Dash, población: un multimillonario con serios problemas para dormir.

Lo primero que me golpeó fue el aroma. Una mezcla de cuero y la colonia que usa Dash, un olor tan masculino que hizo que mis rodillas se volvieran de gelatina. Malditas feromonas.

Lo primero que vi fue, por supuesto, la dichosa cinta de correr. Su habitación, que es una especie de master suite con amenidades, incluye una antesala con gimnasio y camilla de masajes. Para entrar en su dormitorio hay que atravesar el gimnasio, así que me cuidé de no tropezar mientras zigzagueaba a través de aquellos aparatos ultrasofisticados. Al fondo una puerta corredera lleva directamente a la cueva del león.

Dudé un instante antes de poner un pie en su dormitorio. Sabía que estaba cruzando una línea. A modo de consuelo me dije que Dash había entrado a mi habitación mientras dormía. Al menos yo había esperado a que él no estuviera en casa para hacerlo. Eso sí, me cuidaría de no tocar nada y dejarlo todo tal cual lo había encontrado. Contuve el aliento mientras recorría con los ojos la amplia estancia rodeada de cristaleras, con la vista panorámica más espectacular de la bahía que jamás haya visto.

Nerviosa recorrí el perímetro de la habitación. Estaba todo demasiado ordenado. Su cama, por ejemplo. Se encontraba tan perfectamente tendida, con sus sábanas color borravino y su edredón negro, que estoy segura que de haber apoyado mi trasero en ella, Dash se habría dado cuenta al instante de que estuve allí.

“Dash no ha dormido aquí en semanas”, fue la impresión que tuve.

Doy unos pasos hasta el pie de cama, donde hay un arcón con dibujos en la madera que parece muy antiguo, y noto que en el muro frente a la cama hay un hogar empotrado con un montón de leños y un atizador labrado que parece una reliquia. Es un detalle muy chulo, la verdad. ¡Ya me gustaría tener un hogar así en mi habitación! Desde allí me acerqué al vestidor, un espacio que se abría en varios brazos como un laberinto, meticulosamente organizado. Trajes de diseñador colgaban en perfecta formación, como si fueran soldados listos para la batalla corporativa. A mano izquierda una colección de relojes seguida por una de gemelos, prendedores y corbatas. Entonces los vi. Sus bóxers. Una pila de ellos, perfectamente doblados, que prácticamente gritaban "tócame". Sentí que mi cara se ponía roja como un tomate en llamas. "Madre mía, Lisa, ya no tienes quince años", me regañé. Solo faltaba que me pusiera a hacer lo mismo que con la bragueta de sus jeans.

Para evitar cualquier tentación adolescente, me alejé a toda prisa del vestidor en dirección al cuarto de baño. En cuanto entorné la puerta y asomé mi cabeza, dejé caer la mandíbula. Era como entrar en un spa de cinco estrellas. Una bañera de hidromasaje lo suficientemente grande como para nadar en ella, una ducha escocesa con más configuraciones que mi teléfono y... ¿eso era una sauna? ¿Quién demonios tiene una sauna en su baño?

El aroma a menta y eucalipto me envolvió, y por un momento recordé a Dash el día anterior envuelto en la toalla. Venga, concentración. Allí estaba su cepillo de dientes, sus perfumes, su aftershave... Cuando moví sin querer una pila de toallas blancas casi entro en pánico. Rápidamente volví a colocarlas en su sitio con una precisión de milímetros, no fuera a ser que se diera cuenta. Toda una intrusa profesional.

Salí del baño antes de que pudiera hacer algo verdaderamente estúpido que me delatara y continué explorando. Su dormitorio se extendía hacia un espacio de trabajo, y fue allí donde me topé con la sorpresa mayor.

Dash tiene una biblioteca de esas con escalerilla corredera para alcanzar los estantes más altos. No es que él fuera a necesitarla alguna vez, ya que es tan alto que con solo estirar un brazo alcanzaría cualquiera de los libros, pero es un detalle que me pareció encantador.

Eché un vistazo rápido a sus libros, la mayoría eran de ciencia, arte y negocios, varios de ellos escritos en otros idiomas. En una esquina, una lámpara de pie y un sillón de lectura inglés muy vistoso tapizado en cuero y con capitoné en su respaldo, el único objeto en toda la habitación que parecía realmente usado y amado.

Perpendicular a la biblioteca, estaba su escritorio, hecho de la misma madera oscura. Aquí el freak del control salía a campear a sus anchas: una Mac enorme flanqueada por varios monitores me miraba acusadoramente. Papeles perfectamente apilados, un porta-bolígrafos con más plumas de las que he visto en mi vida, y... una foto.

La tomé con cuidado. Era Dash, mucho más joven, sonriente junto a una mujer más grande de edad pero llena de vida. Su madre, tardé en reconocerla pues en la época

en que yo la conocí ya estaba muy enferma y casi no salía de la casa. Tenían los mismos ojos azules, pero mientras la mirada de la mujer era dulce y cariñosa, la de Dash tenía un matiz de dureza.

Más allá de los dispersos toques de calidez —el hogar, el rincón de lectura, la fotografía enmarcada— el resto de la habitación era absolutamente impersonal y daba la impresión de que aquí no transcurría el tiempo. Era una sensación de vacío en el estómago nada agradable. Pude entender por qué, a pesar de todo el lujo, a Dash no le apeteciera dormir aquí.

Creo que has tenido suficiente, Lisa, me dije mientras desandaba mi camino en puntillas. Saca tu trasero de aquí antes de que te pillen.

Salí de la habitación lo más deprisa que pude sintiendo escalofríos. No solo había invadido su espacio físico, sino que había vislumbrado una parte de Dash que él mantenía celosamente oculta del mundo.

Y esa ha sido mi aventura de esta mañana. Por eso estoy segura de que Dash no duerme aquí.

Tanto fisgoneo me despertó el apetito, así que desayuné sola vigilando con un ojo el vestíbulo por si Dash regresaba, cosa que no hizo, y dándole vueltas al asunto: ¿Si no duerme aquí dónde narices lo hace? Le imaginé durmiendo en otra cama, junto a alguna mujer, lejos de aquí. Y debo admitir que no me agrada del todo la idea.

Las calles de San Francisco tampoco me han tratado muy bien que digamos. Buscar curro no es fácil aquí, los dueños de las tiendas y restaurantes a los que fui me dijeron que tenían todos puestos cubiertos, pero que parecía una buena chica y que me llamarían si salía algo. Uno de ellos de hecho me llamó una hora después, pero me preguntó si esta noche estaba libre para salir a cenar. Le pregunté si era una cena de negocios y me dijo que quería conocerme mejor. ¿Por qué los hombres son tan estúpidos? Le mandé a tomar por culo y le bloqueé.

Y ahora estoy aquí sentada en este bar de mala muerte sosteniendo mi cabeza con la palma de una mano y esperando que pase mi tranvía para regresar al ático.

Comienzo a pensar que, o bien no encajo en esta ciudad de locos, o estoy gafada. Lo más probable es que ambas.

El ático sigue tan vacío como cuando lo dejé esta mañana, ¿dónde narices se ha metido Dash?

Me dejo caer en el sofá. Agotada y frustrada, pongo la tele. En menos de quince segundos obtengo mi respuesta: Dash está en un plató de televisión discutiendo con otros dos tipos de traje y corbata. En un recuadro a la derecha de la hora y el tiempo, aparece una imagen que me resulta vagamente familiar. Cuando reconozco lo que está ocurriendo abro los ojos como platos y me llevo las manos a la boca. La chica que sale en la fotografía toda despeinada y agitada, con una mueca de frustración en la cara, soy yo. ¡No me lo puedo creer! Se ve que me la ha tomado el husmea-culos ese cuando me atajó en el lobby del edificio.

Pero lo que verdaderamente me deja tiesa como un garrote es que además de la foto hay un texto sobreimpreso que pone:

‘Esta es la novia de toda la vida del fundador de Socialgram’.

Capítulo 9

Lisa

Tras desmayarme al menos tres veces seguidas, cojo el mando a distancia y subo el volumen de la tele mientras marco desesperada el número de Mandy.

“¿Lisa?”

“Estoy saliendo en la televisión y es acojonante.”

“¿Perdona?”

“Que en este momento tu hermano está saliendo en la televisión anunciando a los cuatro vientos que soy su novia de toda la vida.”

“¿En serio?”

“¡De toda la vida! Definitivamente tu hermano está psiquiátrico.”

“Debe de haber una buena explicación. Dash puede ser un capullo a veces pero no suele hacer estas cosas.”

“Es que esto de verdad me supera...”

“Tranquila, déjame oír que está sucediendo.”

Acerco el teléfono a la televisión. “Es absurdo que intenten cancelarme por decir que la monogamia es la enfermedad del siglo veintiuno cuando todo el mundo en mi círculo íntimo sabe que estoy enamorado de Lisa desde los diecisiete años...”

Mandy suelta la risa y yo dejo caer la mandíbula.

“Esto es genial.”

“¿Genial? ¡Estoy que me subo por las paredes!”

“Disculpa, es que mi hermano es un puto genio. ¿Cómo se le ha ocurrido semejante idea?”

“Pues espera a que el puto genio llegue a casa,” siseo apretando mos dientes.

“¿Ves? Ahora sí que te estás comportando como su novia. ¡Eres perfecta para el papel!”

“¡Eso no es cierto! Y muchas gracias, pero yo no he escogido ningún papel.”

Fantástico, y ahora mi madre me está enviando un mensaje tras otro, queriendo saber en qué lío estoy metida. “Mandy, no sé cómo manejar esto. ¿Qué narices hago?”

Del otro lado de la línea Mandy canturrea pensativa. "De momento nada. Lamentablemente Dash se encuentra en el ojo del huracán. Están intentando quitarle la compañía por todos los medios posibles, y ya conoces el dicho, en la guerra y en el amor vale todo."

"Es extraño, porque Dash es demasiado orgulloso para pedir ayuda a nadie. De hecho, ha rechazado la mía en varias ocasiones, pero ahora está obligado a contar con tu ayuda."

"Pues yo no pienso ayudarle. Es una locura."

"Lo sé, pero entiendo que es una maniobra que se ha sacado de la chistera por pura desesperación."

Me llevo las manos a la cabeza y cierro los ojos. "Dime que esto no está pasando. ¡Ahora sí que puedo decirle adiós a un trabajo normal! ¿Quién va a querer tomarme ahora?"

"No digas eso. No has matado a nadie."

"Aún."

Tras cortar con Mandy me hundo en una espiral de pensamientos frenéticos. Quiero llamar a mi madre y decirle que todo está bien, que ha sido un malentendido, pero ella me conoce demasiado bien y sé que no va a tragárselo.

No sé durante cuánto tiempo he permanecido en este estado, pero ver que el panel de la puerta principal se ilumina, señal de que Dash está subiendo, me devuelve a la realidad. Nerviosa me levanto y camino de un lado a otro.

"Voy a darle con algo en la cabeza", me digo buscando a mi alrededor algún objeto contundente, pero al oír varias voces conversando en el vestíbulo, me freno en seco. Y en vez enfrentarle, sin pensarlo doy media vuelta y corro a esconderme detrás del sofá. Me arrastro a cuatro patas y estiro el cuello tratando de ver algo, pero desde aquí solo alcanzo a distinguir las siluetas de tres hombres, uno de ellos bastante más alto, sin duda Dash.

"Lisa, amor, ¡ya he regresado! Baja por favor que quiero que conozcas a unas personas."

¡Amor! Me pongo bizca de la furia. ¿Por qué está actuando como un imbécil? Cuando los hombres ocupan los sillones frente al sofá contengo la respiración.

Dash sube las escaleras saltando de a dos escalones, como es su costumbre, presumo que para buscarme en mi habitación. Cuando quedan a solas, uno de los resopla.

"Nos la ha colado esta vez. ¿Tú sabías algo de la existencia de esta chica?"

El otro hombre rechista. "Creo que es pura pantomima. Como se lo esté inventando la que le podría caer... ¿Te imaginas? Se me ponen los dientes largos," ríe por lo bajo.

"No me sorprendería. Leister es capaz de todo. Shh, que ya regresa."

Casi no respiro por temor de que me descubran. Estos tipos están hablando detrás de las espaldas de Dash, y eso no me gusta nada.

Cuando oigo que Dash vuelve a bajar las escaleras, deja algo en la mesilla y se sienta en el sofá, me quedo lo más quieta posible. Estoy a centímetros de él, hasta el ruido de tragar saliva podría delatarme.

"Caballeros, aquí está la fotografía y la carta que quería mostrarles. Aprovecho que Lisa no está en casa porque se moriría de vergüenza. Éramos apenas dos muchachitos."

Alzo las cejas intrigada. Madre mía, el hermano de mi amiga es un pirado, ¿qué teatro se está montando?

Con cuidado vuelvo a estirar el cuello por el borde para ver a los dos tipos pasándose una fotografía y unas hojas de papel. Solo alcanzo a ver que son dos hojas de cuaderno muy arrugadas y escritas con bolígrafo verde y rojo, llenas de garabatos... Y entonces lo recuerdo. ¡Jolín, la carta! Me había olvidado por completo. Tras regresar a casa me había pasado una semana escribiéndola, y dos semanas más debatiéndome si debía enviársela o arrojarla al papelerero. Al final reuní el valor que necesitaba para meterla en un sobre, poner al hermano de mi amiga como destinatario, pero no el suficiente para poner mi nombre como remitente.

Es imposible que Dash la hubiera conservado todos estos años. ¡Ya es un milagro que se dignara a leerla!

Estoy en shock.

"Yo aún no le hacía caso" ríe Dash como si el asunto fuera lo más gracioso del mundo, "pero es evidente que ella estaba colada por mí."

¡Será capullo! Me hierve la sangre y me muerdo la lengua para no salir de mi escondite y comenzar a gritar a voz en cuello los insultos más repelentes de la historia de la humanidad. Quiero salir disparada, coger esa carta, deshacerla en mil trocitos y arrojárseles a Dash a la cara. ¿Quién se ha creído para jugar con algo tan sensible?

En cuanto los dos tipos trajeados salen del ático, exploto. Salto por sorpresa desde detrás del sofá como una fiera esperando darle un infarto al cabrón. ¡Se lo merece!

Al verme Dash abre los ojos con sorpresa, pero más allá de eso no se inmuta. Me la suda porque yo ya estoy bajo sus narices dando un paso hacia él y señalándole con un dedo acusador.

"Conque colada por ti, ¿eh? ¡En qué universo paralelo vives Dash Leister!"

"Tranquila, todo tiene una explicación."

"¿Tranquila? ¿Quieres que yo me esté tranquila mientras tú muestras fotos nuestras y haces el tonto en televisión?"

"Antes de que se te vaya la pinza, te recuerdo que estás viviendo en mi casa."

Doy un paso atrás y me detengo a tomar aire, pero aun así vuelvo a espetarle. "¿Tu novia, yo? ¿En serio? ¿Es que te has dado un golpe en la cabeza andando por la calle o qué?"

Dash me mira con esa calma irritante tan suya, como si yo fuera una niña teniendo una rabieta. "Lisa, no seas exagerada."

"¡Y una mierda!" Estoy tan cabreada que ni siquiera me importaría quedarme en la calle. "Esos dos tipos que trajiste", añadido, "hablaron mal de ti en cuanto pudieron."

Dash ríe por lo bajo. "Por supuesto, no esperaba menos de ellos."

Exasperada levanto las manos al cielo. "¿Pero es que para ti todo es un juego?"

"Naturalmente."

Le miro seria. "¿Por qué juegas conmigo? Dime qué te divierte tanto de todo esto."

Sus ojos azules se clavan en los míos con dureza. "Nunca juego. Esto va en serio."

Suelto una carcajada histérica. "¡Acabas de decir a esos dos que soy tu novia de toda la vida! ¿Cómo puede ser eso serio?"

Dash se encoge de hombros.

"Simplemente he visto una oportunidad y nunca desperdicio una," dice, como si eso lo explicara todo.

"¡Es asqueroso! ¡Yo no soy tu novia!" Avanzo hacia él y golpeo su pecho con impotencia, temblando de rabia. En vez de retroceder de inmediato me abraza, aplastando mi mejilla contra su camisa. Me quedo de piedra. Puedo sentir su calor, su fuerza y su colonia. Y al parecer la combinación de esas tres cosas juntas surten un gran efecto en mí. Como por arte de magia, mi furia se desinfla y me calmo como un bebé al que su madre ha puesto a tomar el pecho.

"No eres mi novia, eso ya lo sé", me asegura susurrando en mi oído. Maldita sea, ¿cómo lo hace?

Suspiro y me separo de él lo suficiente para levantar el rostro y mirarle. "Vale, te escucho. Pero más vale que tengas una buena explicación."

Dash se pasa una mano por su pelo rubio oscuro, despeinándolo aún más. Por un momento, parece vulnerable, casi humano.

"Quieren quitarme de en medio," dice al fin. "No comparten mi visión innovadora, quieren hacer más pasta con los anuncios, arruinar Socialgram solo para que los inversores puedan irse otro mes de vacaciones a las islas Maldivas. Y a mí eso me parece una reverenda mierda."

Frunzo el ceño. "¿Y eso qué tiene que ver conmigo?"

"No voy a dejar mi empresa en manos de nadie," continúa, ignorando mi pregunta.

"Cuando dije lo que pensaba sobre el matrimonio y la monogamia, la opinión pública salió a cancelarme. Y los hijos de puta del consejo de administración se agarraron de

aquel desliz para pedirme la renuncia. Como no renuncié, ahora quieren jugar sucio."

"¿Y se puede saber qué narices has dicho?"

Se cruza de brazos.

"Nada de otro mundo, que el matrimonio es un instrumento de control peor que cualquier red social."

Recuerdo ese escándalo porque fue trending topic durante semanas. Pero no sabía que a Dash se le había ido de las manos de esta manera. Le observo en silencio. "¿De verdad crees eso?"

"Bueno, debo reconocer que no soy tan extremista, pero hay días en los que me apetece mucho hacer cabrear a la gente."

"¿No has pensado que podrías haber ofendido a millones?"

"Pensé que vivíamos en un país libre," gruñe Dash.

"Es un país libre, pero no puedes ir por la vida provocando a la gente porque sí."

Dash levanta una mano para detenerme. "No te he pedido una lección de moral."

Le miro a los ojos. "Y yo no te he pedido que me arrastres a tu circo."

Dash aspira por la nariz. "Vale, buen punto. Pero aún no he acabado de explicarme. No tienes que hacer nada que no quieras, te haré una oferta y tú eres lo bastante grandecita ya para decidir si coges el puesto o no."

Abro grandes los ojos. "¿Qué puesto?"

"El puesto de convertirte en mi chica, claro."

Le miro boquiabierto. "Espera, espera. ¿Me pagarás por ser tu novia?"

"No quiero que seas mi novia. No eres mi tipo. Lo que quiero es que me ayudes a fingir que estoy en una relación seria. Te pagaré muy bien si eres capaz de hacer eso por unos días."

Sus palabras son hirientes. ¿Después de guardar mi carta y enseñársela a esos imbéciles? ¡Vaya cretino! "Tú tampoco eres mi tipo", le suelto a bocajarro.

"Pero no puedes negar que te atraigo."

Su descaro me toma por sorpresa y desvío la mirada avergonzada. Tiene razón, no tiene sentido negarlo. Me dejo caer en el sofá. "Y tú te aprovechas de ello."

"¿No te das cuenta?" Dash se sienta a mi lado, me remuevo nerviosa al sentir su proximidad. "Es perfecto, porque así será más creíble. Es más fácil mentir a partir de una media verdad. Será una perfecta estrategia de negocios."

"¡Es una locura! ¿Y qué pasará conmigo? Yo no quiero ser famosa. ¿Has pensado en cómo me afectará esto?"

Dash sonríe con suficiencia, reclin ndose contra el respaldo y poniendo sus brazos detrás de la nuca. Por un momento veo al tiburón de los negocios que realmente es. "Demasiado tarde, pero tú escoges. No voy a forzarte a hacerlo, solo intentar  tentarte con una gran oferta. Piénsalo así, es una oportunidad de monetizar la situación en la que te encuentras. Te pagar  mejor que nadie, y podrás vivir conmigo mientras tanto."

Le miro pensativa. Oh, la ironía. La oportunidad de trabajo que nadie parecía querer darme, ha llegado desde el sitio más inesperado. No es el puesto que tenía en mente, es cierto, pero no deja de ser trabajo. Aun así, no pienso dejar que me presione a tomar una decisión apresurada. Además, hay otra pregunta que ronda mi cabeza. " Por qué has guardado esa carta durante tanto tiempo?"

Dash se remueve incómodo en su sitio y parece haberse quedado en blanco. Finalmente suspira.  

"No lo s . Es una puñetera carta de amor.  Qu  se supone que se hace con esas cosas?"

"Contestar. O si no te interesa, tirarla a la papelera."

"Nunca he sido bueno en eso. De todos modos, me alegra haberla guardado," se gira hacia mí. Sus ojos parecen dos turquesas. Después de todo, puede que no sea un capullo sin remedio. "Lisa, te necesito,  me prometes que te lo pensarás?"

Suspiro largamente antes de mirarle a los ojos con decisión.

"Vale, me lo pensar ."

Debo admitir que es una oferta tentadora. Un trabajo bien pagado, un lugar donde vivir... aunque a qué precio es difícil de estimar. Una vocecita en mi cabeza me susurra: ' Y si funciona?  Y si esto es exactamente lo que necesito para poner mi vida en orden?'

Me siento una capulla egoísta, pero no puedo evitar preguntarme: si Dash lo pierde todo,  d nde me deja eso a mí?

En la calle. O en un motel de mala muerte.

O peor, de vuelta en mi pueblo, teniendo que verle la cara a Mark todos los días.

Me estremezco de solo pensarlo.

Capítulo 10

Lisa

Por la noche San Francisco es deslumbrante. Desde que llegué a la ciudad solo anduve de día, por los distritos más comerciales, por eso ahora que Dash ha decidido traermé a un restaurante de moda para cerrar el trato, me siento como un pez fuera del agua.

Desde fuera se ve que todas las mesas están ocupadas y hay una cola larguísima para entrar que rodea la manzana, pero para mi sorpresa el maitre nos sale a buscar hasta el coche, nos saluda con una amplia sonrisa como si nos hubiera estado esperando y nos conduce a la zona VIP del restaurante como si fuéramos dos superestrellas de Hollywood.

Bueno, supongo que Dash lo es.

Pero yo no estoy acostumbrada a que los ojos de todo el mundo se posen sobre mí, y me alegro de estar en esta parte del salón a resguardo de las miradas.

Tras pedir un vino de la carta en perfecto francés, Dash se vuelve hacia mí y me suelta en el tono más casual del mundo:

"Tú y yo deberíamos empezar a conocernos mejor"

Miro su rostro a la luz de las velas y me parece tan sensual que resulta criminal. Sus ojos de cazador enmarcados por sus cejas castañas y un mechón de cabello rubio rebelde que cruza su frente, sus pómulos definidos, su nariz perfecta, su mandíbula cuadrada y fuerte... Pero su boca se lleva el premio mayor. Mis ojos se detienen en sus labios que son firmes, carnosos y de un rojo húmedo. Por un instante imagino un beso suyo... ahora que vamos a ser "novios" no estaría tan fuera de lugar. Madre mía, se me erizan hasta los pelos de la nuca solo de pensarlo. Para intentar bajar un poco el bochorno, me bebo una copa de agua de un trago. Puedo entender perfectamente que todas las mujeres con las que nos hemos cruzado se hayan volteado a mirarle. Yo haría lo mismo si no estuviera aquí frente a él, balbuceando incoherencias mientras intento concentrarme.

"¿Empezar a conocernos? Para eso deberíamos empezar de nuevo, y tú deberías interesarte más en mí" digo con firmeza antes de añadir. "Desde que te conozco no has hecho otra cosa que ignorarme y ofenderme."

Poso mis ojos sobre los suyos y los dejo allí. Mi intención es que aparte la mirada y se disculpe por haber sido tan antipático y borde conmigo, pero no hace nada de eso. En

cambio sostiene mi mirada, entrecerrando los ojos, y me observa como si estuviera estudiando mi alma.

Carraspeo nerviosa y extendiendo mi mano hacia él. "Vale, comienzo yo. Soy Lisa Martínez, un gusto conocerte."

Dash sonrío y niega con la cabeza pero se presta al juego. Estrecha mi mano con firmeza. Su agarre es fuerte y su piel es áspera y caliente.

"Hola Lisa, soy Dash. Es un auténtico placer..."

La forma en que sus labios perfectos dicen aquello es éxtasis puro.

Dash frunce el ceño y hace un gesto en dirección a mi mano. "Ya puedes soltarme".

¡No quiero soltarle! Dios mío, ¿por qué las cosas buenas deben acabar tan pronto? Muy a mi pesar deslizo mi mano fuera de la suya justo cuando los camareros nos traen la comida. Sí, Dash ha pedido tanta comida que han hecho falta tres camareros para traerlo todo.

Antes de nada cojo una de las servilletas de lino y me inclino sobre la mesa estirando los brazos para ajustarla a su cuello. Le guiño un ojo. "No queremos arruinar esa preciosa camisa, ¿verdad?"

Dash se ve visiblemente sorprendido por mi gesto, pero se deja hacer. Al terminar sonrío y alzo mi copa de vino haciendo el gesto de brindar. Tras entrecuchar las copas, Dash me mira con una mezcla de diversión y confusión. "Gracias, supongo," dice, tirando incómodo de la servilleta. "Entonces, ¿cómo sugieres que nos conozcamos mejor?"

Tomo un sorbo de vino, dejando que el sabor se expanda por mi boca mientras pienso. De repente, se me ocurre una idea.

"¡Ya sé! ¿Verdad o Reto?, pregunto con una sonrisa traviesa.

Dash me mira confuso.

"¡El juego! No me digas que nunca lo has jugado. Cada uno debe hacer una pregunta personal al otro, y el otro tiene que responder con total honestidad. Sin filtros."

Dash arquea una ceja. "¿Sin filtros? Eso suena peligroso."

"Oh," río por lo bajo, pinchándole, "¿con que el genio de la tecnología tiene miedo de unas simples preguntas?"

"Para nada," responde, inclinándose hacia adelante. "Tú primero."

Pienso durante un momento, decidida a empezar fuerte. "Bien, ya la tengo. Dime cuál es tu mayor inseguridad."

Dash se queda en silencio por un momento, claramente sorprendido por la pregunta. Finalmente, suspira. "Que todo lo que he construido se derrumbe. Que un día la gente se dé cuenta de que soy un fraude y lo pierda todo."

Su honestidad me hace asentir con la cabeza. Vaya, no esperaba que se abriera de esta manera. Ahora siento que estoy en deuda, lo que sea que me pregunte debo ser lo más sincera posible. "Tu turno," digo con un leve temblor en mi voz, que intento disimular con una sonrisa.

"¿Cuál es tu mayor arrepentimiento?" pregunta sin dudar.

Trago saliva. "No haber perseguido mis sueños antes. Siempre quise hacer algo... grande. Ser dueña de un restaurante, o algo así. Pero todo lo que hice fue conformarme con un trabajo seguro y una relación mediocre."

Tras decir aquello hago una pausa y esbozo una sonrisilla estúpida. Eso ha sonado demasiado real y comienzo a arrepentirme de haber propuesto el juego. Aun así seguimos adelante y el juego continúa mientras cenamos, alternando entre preguntas serias y algunas tontas, que nos hacen reír bastante, como por ejemplo '¿Qué harías si te regalaran una cabra para tu cumpleaños?' (Yo le pondría un moño y un cascabel, la llamaría Bonita, y la sacaría a pasear todas las mañanas por el barrio. Dash, en cambio, la entrenaría para comerle los papeles importantes a sus competidores).

Para cuando llegamos al postre, siento que puedo entender a Dash un poco mejor.

Es una noche cálida, de las últimas del otoño. El vino me ha dejado un poco achispada, y creo que a él también, porque me encuentro riendo de sus chistes malos mientras subimos al coche. ¿Desde cuándo Dash hace bromas?

El coche regresa a buscarnos y Dash abre la puerta para mí. Tras acomodarnos en el asiento trasero, Dash hace un gesto casi imperceptible al chófer y se alza una mampara polarizada separando al coche en dos compartimentos. Ahora ni el chófer, ni nadie más, puede vernos. Estamos muy cerca el uno del otro, quizás más de lo que deberíamos, y de repente soy muy consciente de cada punto donde nuestros cuerpos se tocan.

Cuando Dash se gira para mirarme, sus ojos brillando en la penumbra del coche, puedo sentir el peligro en el aire. "Lisa," susurra suavemente, su mano rozando mi mejilla. Al instante mi corazón se acelera. Jolín, me besará, estoy segura de ello. ¿Quiero que lo haga? ¡Claro! Cierro los ojos con anticipación, pero en vez de besarme, Dash simplemente aparta un mechón de pelo de mi cara, sus dedos demorándose un segundo más de lo necesario. "Tienes salsa de barbacoa en la mejilla," dice con una sonrisa.

Me río, mitad aliviada, mitad decepcionada. "Y tú aún tienes la servilleta en el cuello," respondo, quitándosela suavemente.

Nuestros ojos se encuentran y por un momento, el mundo parece detenerse. Luego el coche frena bruscamente, rompiendo el hechizo.

La partición vuelve a bajar automáticamente. "Disculpe señor," dice el chófer, "otra vez un fallo en el motor. Ya lo he revisado varias veces, no sé qué sucede."

A través del espejo retrovisor puedo ver cómo sus ojos afables pero preocupados miran

a Dash aguardando instrucciones.

"Mierda", dice Dash por lo bajo. Pero enseguida me mira con sus ojos azules oscurecidos como un mar embravecido. "¿Te apetece un paseo andando?"

"¡Me encantaría!", exclamo sinceramente. "Hay una luna muy bonita."

Dash sale del coche. "James, estás a cargo de investigar qué coño le pasa a ese motor."

"Entendido, jefe."

Salimos del coche, la tensión aún palpable entre nosotros. Tras caminar los primeros metros, Dash me coge de la mano. "Ven, creo que esto te gustará."

En lugar de coger el camino más directo regresamos por el embarcadero, admirando la inmensa luna roja asomada sobre el Pacífico. Caminamos por los muelles peatonales cogidos de la mano, hablando de tonterías de vez en cuando, pero la mayor parte del trayecto en silencio. Jamás creí que diría esto, pero me siento cómoda a su lado.

Mientras subimos en el ascensor, no puedo evitar pensar que esta "relación arreglada" podría complicarse más de lo que ninguno de los dos espera.

"Dash," digo antes de subir a mi habitación.

Se vuelve y me mira expectante.

"Gracias, me lo he pasado muy bien. Y aprecio que no hayas presionado para cerrar el trato."

"No es nada, de todos modos te debía una cena de bienvenida. Buenas noches."

"Eh, sí, buenas noches," respondo tartamudeando porque deseo quedarme un rato más en el salón, a su lado, pero finalmente obligo a mis pies a dar media vuelta y subir las escaleras. Entonces, mientras estoy subiendo, oigo que me llama.

"¿Lisa?" Me detengo y giro mi cabeza para mirarle a través de la balaustrada. Dash está allí abajo con las manos en los bolsillos y expresión pensativa. "También yo me lo he pasado bien contigo."

Solo vuelvo a respirar tras cerrar la puerta de mi habitación y quedar a solas.

Dash se lo ha pasado genial conmigo y yo estoy a una firma de convertirme, a todos los efectos, en su chica oficial.

"Esto es una puta locura", digo incrédula dejándome caer en la cama con los brazos abiertos.

"No le he dicho que sí, pero él lo sabe. De alguna manera el muy cabrón lo ha sabido durante toda la noche", me digo antes de cerrar los ojos y dormirme con una sonrisa estampada en los labios, como no lo hacía en mucho tiempo.

Capítulo 11

Dash

Hoy paso de hacer ejercicio porque necesito ir directamente a llenar la puta bañera con una bolsa de hielo extra grande.

“Este es tu castigo por hacer el tonto como si fueras un crío de quince años.”

Durante esta noche en varias ocasiones he estado a punto de dejarme llevar y coger a Lisa por los cabellos como un cavernícola para follármela lo más duro que probablemente la hayan follado en su vida.

“No puedes hacer eso, cabronazo,” digo mirándome a la cara en el espejo mientras espero a que se llene la bañera. “Ya tienes suficientes problemas.”

Niego con la cabeza y me quito la ropa con furia. No puedes permitirte esta clase de distracciones. ¡Ni siquiera has cerrado el trato! Ha tenido que recordármelo ella porque tú estabas... ¿Qué? ¿Disfrutando del momento?

Burlándome de mí mismo me sumerjo en el agua helada sintiendo el dolor de las contracciones y los espasmos.

Perder el control, no calcular, dejarte llevar... Es todo lo que no debes hacer.

Los dientes me castañetean mientras se forma una capa de hielo en el agua a mi alrededor. El frío extremo me devuelve de a poco la cordura perdida.

Cierro los ojos y dejo que el frío penetre en cada fibra de mi ser. Los músculos se contraen y tensan, todo mi cuerpo parece protestar, pero aguanto. Necesito claridad. Necesito recordar quién soy y qué está en juego.

Cuando siento que mi mente está fuerte de nuevo, salgo de la bañera. Con la carne aún erizada, me tumbo en la cama. Hace tanto que no duermo aquí que el colchón me parece demasiado blando, demasiado cómodo. Con el tiempo he llegado a preferir la dureza del suelo de madera de mi despacho. Aquella dureza me ancla, me recuerda que debo mantenerme fuerte. Esta suavidad, en cambio, parece hundirme. Como estar atascado en arenas movedizas. Mirando al techo, intento elaborar un plan. Necesito gestionar mis emociones, sofocar mis impulsos.

Lisa... digamos que ella complica las cosas.

Si realmente quiero hacer esto, si quiero montar esta farsa durante el tiempo suficiente para obtener la ventaja que necesito sobre el consejo administrativo, tendré que estar cerca de ella. Más cerca de lo que he estado hasta ahora. Y no estoy seguro de que

eso sea una buena idea.

Esta noche ha habido algo más entre nosotros. Yo lo he sentido, ella lo ha sentido. Una puta química que no puedo explicar. Y que en este momento de mi vida es lo último que necesito.

“Ni siquiera puedes confiar en ella”, mascullo entre dientes, la vista fija en las luces de la bahía al otro lado de la cristalera.

Alojarla como huésped es una cosa. Contratarla para que finja ser mi chica es otra muy diferente. Sé que Mandy la adora y han sido amigas durante años. Pero eso no me da suficientes garantías. La gente cambia, la gente es oportunista, la gente es capaz de hacer cosas terribles. Lo he aprendido por las malas. Confiar ciegamente en una mujer es un error que no puedo darme el lujo de volver a cometer.

Por eso resulta tan insidioso este sentimiento que me dice que algo en Lisa es diferente. Su risa, su forma de desafiarme, la manera en que me mira como si realmente me viera...

Son tonterías, y tú lo sabes. Racionalmente lo sé, es cierto, pero aun así hay una parte de mí que aún se traga esta clase de tonterías. Es la parte débil que ha sobrevivido a la hecatombe, y que debo aprender a sofocar de una puta vez.

“Debo recuperar el maldito control”, me repito como un mantra

Cierro los ojos, intentando visualizar una barrera entre Lisa y yo. Necesito una puñetera pared de hierro, algo que ponga una distancia infranqueable entre nosotros.

Cláusulas, restricciones, putas reglas. Es un contrato de negocios y debo hacerlo cumplir a rajatabla. No puedo correr el riesgo de que acabe convirtiéndose en algo más. Sería un auténtico peligro.

La imagen de Lisa riendo en el coche, la suavidad de su piel bajo mis dedos cuando le quité la salsa de la mejilla... ¡Nada de eso debe volver a suceder!

Me levanto, inquieto. Enciendo mi laptop, pero en lugar de sumergirme en el trabajo como de costumbre, me encuentro revisando su cuenta de Socialgram.

Lisa Martinez. En segundos tengo un resumen de sus últimos años. Sus fines de semana en la granja familiar, su graduación, sus vacaciones junto a su... ¿ex novio? Compruebo que Lisa ha actualizado su estado a soltera y sin compromisos el 12 de agosto de este año. Sí, definitivamente este gilipollas es su ex. No me gusta su puta cara, no me gusta que siga apareciendo entre sus fotos. Amplío una donde Lisa está montada a un caballo, sonriendo a cámara, con su pelo recogido y la cara dorada por el sol, parece tan feliz. Sonríe a mi vez. Me guardo la fotografía antes de presionar el botón para bloquear su cuenta de este ordenador. Su vida desaparece ante mis ojos.

Apago todo y regreso a la cama. Doy vueltas y más vueltas, me siento para beber agua, vuelvo a apoyar la cabeza en la almohada, pero no por mucho tiempo. De una patada me deshago de las sábanas y me pongo en pie con las manos en jarra, resoplando cabreado. ¿Por qué no puedo sacarla de mi puta cabeza?

Las horas pasan lentas. Solo cuando el sol comienza a brillar en las ventanas de los rascacielos, llego a un acuerdo conmigo mismo. No es perfecto, y definitivamente no es a prueba de emociones, pero es un comienzo.

Vale, esa química que he sentido entre Lisa y yo es real, pero eso no tiene por qué ser algo necesariamente malo. Me permito una pequeña sonrisa. Esto es nuevo para mí. Aterrador, sí, pero también... emocionante.

Está claro que no puedo perder el control de mi empresa, eso no es negociable. Pero quizás, solo quizás, pueda permitirme perder un poco el control en otros aspectos de mi vida.

Con una mezcla de determinación y anticipación, entro en la ducha. Esta vez dejo que el agua caliente corra por mi cuerpo relajando cada uno de mis músculos. Estoy cansado y hoy será un día largo. Vaya novedad.

Pero también me aseguraré de hacer algo productivo con esa maldita química que hay entre Lisa y yo.

Algo que me ayude a transformar la putada que me han hecho en mi más grande ventaja.

Capítulo 12

Lisa

Despierto desorientada después de haber tenido el sueño más erótico de mi vida.

Aún soñolienta miro alrededor para comprobar que no haya nadie más aquí y, después, miro hacia abajo, hacia el lío de sábanas enredadas entre mis piernas. ¡Vaya desastre he hecho de miis braguitas!

Me llevo las manos a los ojos, intentando borrar las sensaciones que aún rondan mi cabeza. Dash, su cuerpo, sus brazos, sus manos, sus labios, sus dientes y su lengua sobre mí... Madre mía, ¿qué se me ha metido dentro? Sacudo la cabeza y me obligo a levantarme de la cama. Una ducha fría, ¡eso es lo que necesito! Ah, y enjugar estas bragas.

Bajo a desayunar con el pelo mojado, esperando que mi chute diario de cafeína me despeje un poco. Pero entonces veo algo sobre la isla de la cocina que me detiene: un sobre manila dirigido a mí. Es la letra de Dash. Mi corazón da un vuelco cuando lo abro y saco las hojas del contrato.

"Acuerdo de relación simulada", leo en voz alta, sintiendo cómo las palabras se atascan en mi garganta. Dash propone que finja ser su novia estable a cambio de no cobrarme alquiler y otros "beneficios". La palabra me hace estremecer.

Hago a un lado el papel y respiro unas cuantas veces. Antes de entrar en los detalles debo digerir la idea de vender mi libertad de hacer y deshacer a mi antojo a un millonario que me desprecia y al que le importo poco y nada.

Intento comer algo, pero cada bocado se siente como arena en mi boca. El contrato me mira desde la mesa, burlándose de mí. Agarro mi teléfono, el dedo sobre el contacto de Amanda. Ella sabría qué hacer, ¿verdad? Ella me ha metido en este lío y yo me he dejado arrastrar. Pero en el último segundo bloqueo la pantalla.

"Eres una chica grande, Lisa", me digo. Es hora de que comiences a tomar las decisiones importantes de tu vida por ti misma.

Con la luz de la mañana y la ligera resaca, me golpea lo absurdo de la idea. ¿Fingir ser la novia de Dash? ¿En qué estaba pensando anoche?

Me siento en el sofá, el contrato en una mano y una calculadora en la otra. Empiezo a hacer números, considerando mis opciones. Sin alquiler, podría ahorrar lo suficiente para... ¿para qué? ¿Para perseguir mis sueños de cocinera profesional? ¿Para empezar de nuevo?

Después de una hora de cálculos y reflexiones, me doy cuenta de que estoy considerando seriamente la oferta. Pero no puedo firmar así, sin más. Necesito hablar con Dash, ver sus ojos mientras me asegura que todo va a estar bien.

Con manos temblorosas, marco su número.

"Lisa", su voz suena como si hubiera estado esperando mi llamada.

"Necesitamos hablar", digo, sorprendida por la firmeza de mi voz, y enseguida añado.
"Acerca del contrato."

Veinte minutos después, Dash está sentado frente a mí en la cocina, enfundado en un traje negro impecable. Su presencia llena la habitación, haciendo que me sienta pequeña y vulnerable. Ay madre mía, quizás no ha sido tan buena idea llamarle.

"Antes de firmar nada", comienzo, "necesito que aclaremos algunas cosas."

Dash asiente, su expresión seria. "Por supuesto. ¿Qué quieres saber?"

Durante la siguiente hora, negociamos los términos de nuestro acuerdo. Establecemos reglas: todo contacto físico será ensayado y parte del show, nada de besos profundos, ni siquiera en público. Los besos serán del estilo 'fotogénico', es decir, limitado al contacto de labios. Nada de pasar la noche en la habitación del otro ni de tontear en privado. Y, lo más importante, nada de enamorarse.

Trago saliva al oír aquello. ¿Es que pretende humillarme? Está claro que pone esa cláusula por mí, él es incapaz de enamorarse de nadie. Pero yo ya no soy una chiquilla de quince años. "Esto es ridículo," digo por lo bajo.

"Es mejor ponerlo negro sobre blanco, no quiero equívocos".

"No te preocupes, no los habrá," murmuro cabreada.

"De todos modos habrá un sistema de multas, si me paso de la raya deberé pagarte una suma de dinero adicional, si te pasas tú, retendré parte de tu paga. ¿Te parece justo?"

Asiento con la cabeza y, finalmente, con el corazón latiendo como un tambor, firmo el contrato. La pluma se siente pesada en mi mano, como si estuviera sellando mi destino.

Dash sonrío, una sonrisa que no llega del todo a sus ojos. "Bienvenida a bordo, eres parte de Socialgram."

Intento devolverle la sonrisa, pero se siente forzada.

"Ah, y Lisa", añade Dash, levantándose. "Tenemos nuestra primera aparición pública en dos horas."

Le miro boquiabierta. "¿Qué? ¿Tan pronto? ¿Por qué no me has avisado antes?"

Dash se encoge de hombros. "A partir de ahora necesitas estar siempre lista, como una scout. Estarás de guardia 24/7." Intento protestar pero él sacude su copia del contrato

ante mis narices y sonrío de lado. "Venga, que no hay tiempo que perder. El mundo está esperando conocer a la mujer que ha conquistado mi corazón."

Odio su tono irónico. Él sabe tan bien como yo que eso no sucederá nunca. ¿Lo contrario? De eso no podría estar tan segura a juzgar por el estado de mis pobres braguitas esta mañana.

Mientras subo las escaleras para arreglarme y vestirme, no puedo evitar preguntarme cómo resultará nuestro debut como pareja oficial.

Solo espero que no sea un auténtico desastre.

Capítulo 13

Lisa

El sol otoñal aún brilla en las hojas de los plátanos mientras Dash y yo caminamos por las ajetreadas calles del barrio de Castro. El ambiente está animado y lleno de vida, con gente moviéndose en todas direcciones. Me siento como una actriz en el set de una película, interpretando un papel que aún no me sé del todo bien.

De repente, Dash se detiene. Sin previo aviso, me rodea con sus brazos, sosteniéndome por la cintura. Su mano se desliza hasta el bajo de mi espalda, y siento que mi corazón da un vuelco.

"¿Qué estamos haciendo?", susurro, consciente de lo cerca que están sus labios de mi oído.

"Arrojando un hueso a los perros husmea-culos", murmura, su aliento fresco contra mi piel.

Miro alrededor, buscando algún paparazzi apuntándonos con su cámara, pero solo veo grandes Cherokees cargadas con madres y sus niños que llegan de hacer la compra.

"Pues no les veo", digo, sintiéndome un poco tonta.

Dash me aprieta más fuerte contra él. "Oh, te aseguro que están allí."

Su confianza me desconcierta. ¿Cómo puede estar tan seguro? Pero antes de que pueda preguntarle, me suelta y seguimos caminando como si nada hubiera pasado.

Tras unos minutos, reconozco las calles empedradas del muelle. El Embarcadero se extiende ante nosotros, el agua brillando bajo las últimas luces de la tarde. Es el mismo lugar por donde caminamos anoche, pero a la luz del día parece completamente diferente.

"Por aquí", dice Dash, guiándome hacia un yate lujoso que parece sacado de una revista de celebridades.

"¿Es tuyo?", pregunto, incapaz de ocultar mi asombro.

Dash sonrío, esa sonrisa de medio lado que hace que mi estómago dé un vuelco.

"¿Nunca te has subido a uno?"

Me encojo de hombros. "No, pero he tomado un crucero a Bahamas."

Dash chasquea la lengua divertido.

"Bah, esto es mucho mejor."

Subimos a bordo y, para mi sorpresa, Dash se dirige directamente al timón. "¿Sabes conducir esto?", pregunto, mitad impresionada, mitad aterrorizada.

"Claro", responde, como si fuera lo más natural del mundo. "Agárrate fuerte."

Antes de que pueda protestar, el motor ruge a la vida y salimos del puerto a toda velocidad. El viento azota mi cabello y me aferro a la barandilla, sintiendo una mezcla de emoción y miedo.

"¿A dónde vamos?", grito por encima del rugido del motor y el silbido del viento.

"A San José", responde Dash, sus ojos fijos en el horizonte. "He quedado con algunos accionistas. A los del consejo de administración les irrita que tenga un trato directo con ellos, por eso lo hago."

Mi estómago se contrae. ¿Accionistas? De repente, todo esto se siente muy real. Demasiado real.

"Dash, yo... no sé si estoy preparada para esto", confieso, el pánico creciendo en mi pecho.

Él me mira, su expresión suavizándose por un momento. "Lo harás bien, Lisa. Solo sé tú misma."

"¿Y si mi 'yo misma' no les gusta?", pregunto, odiando lo vulnerable que sueno.

Dash reduce la velocidad del yate y se acerca a mí. Por un momento, creo que va a abrazarme de nuevo, pero en vez de ello, coloca sus manos sobre mis hombros.

"Escúchame", dice, su voz firme pero gentil. "Eres inteligente, divertida y hermosa. Si no les gustas, es su problema, no el tuyo. Además", añade con una sonrisa traviesa, "ya les he dicho que estoy locamente enamorado de ti, así que tendrán que aguantarse."

Sus palabras me hacen reír a pesar de mis nervios. "¿Locamente enamorado, eh? Vaya actor estás hecho."

Dash me guiña un ojo antes de volver al timón.

Mientras el yate surca las aguas hacia San José, me quedo mirando las espaldas anchas y morenas de Dash que de pronto son muy visibles debajo de la camisa blanca de seda. Siento el impulso de avanzar hasta él y abrazarle, pero me contengo porque, desafortunadamente para mí, en medio del océano no hay paparazzis.

El yate corta las olas como un cuchillo caliente atravesando mantequilla, y yo me tambaleo por la cubierta como si estuviera en una montaña rusa. El viento salado me azota el pelo, convirtiéndolo en un nido de pájaros que haría llorar a mi peluquera. Genial, Lisa. Vas a conocer a un montón de peces gordos de la industria tecnológica y tú con toda la pinta de que acabas de sobrevivir un huracán.

"Ve dentro si quieres. Tenemos para rato", grita Dash por encima del ruido del oleaje.

No tiene que decírmelo dos veces. Me adentro en las entrañas del yate. El interior es tan lujoso que me siento como si estuviera profanando el templo de Neptuno. Mis dedos rozan el cuero suave de los sillones y casi puedo oír cómo gritan "¡No me toques con tus manos de plebeya!".

Y entonces, como un oasis en el desierto, lo veo: el bar. Brilla como si estuviera iluminado desde dentro. "Hola, precioso", susurro, acariciando una botella de tequila mejicana que tiene una pinta estupenda. "¿Qué haces aquí tan solito?"

Antes de que mi conciencia (que suena sospechosamente como mi madre) pueda protestar, ya me estoy sirviendo el primer chupito. Vuelco algo de sal sobre mi mano y cojo medio limón del refri.

"Por sobrevivir a esta farsa", brindo con mi reflejo en el espejo del bar. El tequila quema mi garganta, pero es un dolor familiar, casi reconfortante. El limón explota en mi boca con una acidez que me hace estremecer.

Uno se convierte en dos, y dos en tres. El mundo empieza a difuminarse en los bordes, como una acuarela mal hecha. Me siento valiente, invencible. ¿Quiénes son esos estirados ricachones para juzgarme? Soy Lisa Martinez, granjera y tejana. Ninguno de vosotros me imponéis con vuestros Rolex y vuestras mansiones. Sí, señor. Puedo con todo.

Salgo a cubierta a los tumbos, justo cuando el yate está entrando en el puerto de San José. La ciudad se alza ante mí como una visión del futuro, toda cristal y acero, iluminada de mil colores.

"¡Guau!", exclamo, tropezando un poco. "¡Es como si el futuro y el planeta Marte hubieran tenido un bebé súper cool!"

Dash me mira con una mezcla de diversión y preocupación. "Lisa, ¿estás bien?"

"¡Mejor que nunca, cariño!", respondo, guiñándole un ojo de manera exagerada. Ups, creo que eso fue más un parpadeo torpe que un guiño seductor.

El rostro de Dash se endurece y sus ojos se estrechan.

"Ven aquí," ordena y yo avanzo hacia él con paso inseguro pero incapaz de resistirme. Una vez estoy a su lado, me exige, "Abre la puta boca y sopla."

Soplo mi aliento en su cara y él me coge por la barbilla, enderezando mi cabeza bamboleante.

"Mierda, ¿cuánto tequila has bebido?"

"Solo un poquito," digo poniendo morritos, pero no parecen surtir el efecto esperado.

Dash se pasa una mano por el pelo y suelta una retahíla de tacos.

"¿Acaso quieres arruinarme?"

Niego con la cabeza. Me coge la cabeza con las dos manos y acerca su rostro hablándome como si fuera una niña.

"Escucha bien, ahora harás lo posible por comportarte y hablar solo lo estrictamente necesario. Esta gente no comparte tu sentido del humor. No quiero que te hagas la payasa, ¿de acuerdo?" Asiento con la cabeza. "¡Dilo!" exige.

"De acuerdo," alcanzo a balbucear.

Unos caballeros muy elegantes y sus esposas comienzan a subir a bordo. Son como una procesión de pingüinos de diseñador, todos trajeados y enjoyados. Me enderezo, intentando parecer sofisticada, pero creo que solo logro parecer que tengo un palo metido por el...

"¡Bienvenidos a bordo!", grito cuando ya están todos en la cubierta, quizás demasiado fuerte porque una de las mujeres con un collar de perlas que parece pesar más que yo da un respingo.

Dash se apresura a mi lado, su brazo rodeando mi cintura. No sé si es un gesto de cariño o si está intentando mantenerme en pie.

"Señores, señoras", dice con esa voz suya que podría derretir el hielo polar, "les presento a Lisa Martinez, mi novia".

Las presentaciones se suceden en un borrón de nombres que no tengo ninguna posibilidad de recordar. ¿Era señor Bigotes o señor Barrigón? ¿Señora Botox o señora Silicona?

"Es un placer conocerlos a todos", digo, intentando no arrastrar las palabras. "Dash me ha hablado muuuucho de ustedes". Mentira, pero ellos no tienen por qué saberlo.

Una de las señoras, con un peinado que desafía la gravedad, se acerca a mí. "Querida, eres absolutamente encantadora. ¿Dónde conseguiste ese bronceado tan perfecto?"

"Oh, ya sabe", respondo con un gesto vago, "un poco de sol, un poco de genes latinos...". Dash me da un codazo discreto. Ciertamente, se supone que debo parecer refinada. "Quiero decir, tratamientos de spa y smoothies de kale".

Las señoras ríen como si hubiera dicho lo más gracioso del mundo. Los hombres parecen menos impresionados, pero ¿a quién le importa? Tengo la impresión de que esta fiesta necesita animarse un poco.

"¡Oigan!", grito de repente, una idea brillante formándose en mi cerebro empapado de tequila. "¿Saben lo que haría que esta reunión fuera realmente inolvidable?"

Los invitados se miran unos a otros confundidos y Dash me fulmina con la mirada.

Sin esperar respuesta, me dirijo tambaleante hacia el sistema de sonido del yate. Tras unos momentos de lucha con botones que parecen multiplicarse y bailar ante mis ojos, logro poner música. Los primeros acordes de "Like a virgin" de Madonna inundan el aire.

"¡Todos al agua!", grito, ya quitándome la blusa. "¡El último en llegar pierde su silla en el consejo administrativo!"

Las caras de shock a mi alrededor son impagables. Es como si hubiera propuesto sacrificar a sus primogénitos a Neptuno y su tridente.

"Lisa, cariño", dice Dash entre dientes, su sonrisa tensa como una cuerda de guitarra a punto de romperse. "Quizás deberíamos..."

Pero ya es tarde. En un movimiento que seguramente parece más torpe que gracioso, me quito el vestido y salto por la borda en ropa interior. El agua fría me golpea como una bofetada, aclarando mi mente por un segundo antes de que la euforia se apodere de mí de nuevo.

"¡Vamos, señoras!", grito, escupiendo agua salada. "¡El agua está perfecta!"

Para mi sorpresa y el horror visible de sus maridos, algunas de las mujeres comienzan a quitarse la ropa. Parece que no soy la única que necesitaba soltarse el pelo.

"¡Esto es una locura!", oigo gritar a uno de los hombres. "¿Dónde creéis que vais?" pregunta otro en tono desesperado. Pero su voz es ahogada por los chillidos de alegría de las mujeres que se unen a mí en el agua. Las luces blancas y azules del yate hacen que el mar nocturno parezca una alucinación.

De repente, el sonido de una sirena corta el aire. Una lancha de la policía costera se acerca a toda velocidad, sus luces parpadeando como si fuera una discoteca flotante.

"¡Señorita!", grita un oficial a través de un megáfono. "Debe salir del agua inmediatamente. Esta es una zona restringida".

"¡Oblígueme!", respondo, salpicando agua en su dirección. No es mi momento más maduro, lo admito.

El caos se desata. Las mujeres nadan de vuelta al yate, sus peinados arruinados y el maquillaje corrido. Los hombres gritan órdenes y amenazas legales. Y yo, bueno, yo sigo nadando, decidida a no dejar que termine la fiesta.

"¡Lisa!", la voz de Dash suena más cerca. Me giro para verle nadando hacia mí, su camisa de diseñador pegada a su cuerpo como una segunda piel. Dios, incluso empapado y furioso se ve increíble. La vida no es justa.

"Vamos", dice, alcanzándome. "Se acabó el espectáculo".

"Pero Dash", protesto, haciendo pucheritos, "¡la fiesta apenas comenzaba!"

Sus ojos, normalmente fríos y calculadores, ahora brillan con una mezcla de exasperación y... ¿es eso diversión?

"Créeme", dice, rodeándome con un brazo para mantenernos a flote, "has dado suficiente espectáculo para toda una vida".

Mientras Dash me arrastra de vuelta al yate, con la policía costera escoltándonos, no puedo evitar pensar que al menos nadie podrá decir que esta reunión fue aburrida. Y si me van a despedir como novia falsa, al menos me iré con estilo.

Empapada, probablemente arrestada, pero con estilo.

Capítulo 14

Dash

Cae la noche y el silencio del ático es interrumpido por otro ataque de tos. Cierro los ojos, contando hasta diez. Paciencia, Dash. Paciencia.

Me levanto del escritorio, donde he estado intentando concentrarme en el trabajo durante las últimas dos horas. Sin éxito, debo añadir. Cada estornudo, cada quejido proveniente del sofá ha sido como un martillo golpeando mi concentración.

Camino hacia la sala de estar, donde Lisa está hecha un ovillo bajo una manta. Su nariz está roja, su pelo es un desastre, y aun así... me sigue pareciendo igual de sexy. Sacudo la cabeza. No, Dash. Concéntrate.

"¿Necesitas algo?", pregunto, mi voz más dura de lo necesario.

Lisa me mira con ojos vidriosos. "Un nuevo cuerpo estaría bien", murmura, su voz ronca por la tos. "O tal vez un viaje en el tiempo para evitar saltar al agua helada como una idiota".

Reprimo un suspiro. "Eso no va a pasar. ¿Qué tal un té con limón?"

Ella asiente débilmente y yo me dirijo a la cocina. Mientras el agua hierve, apoyo las manos en la encimera, cerrando los ojos.

Esto no está funcionando. Necesitamos nuevas reglas. Ser más duro con ella. Si la dejo hacer a su aire, tomará el control y lo arruinará todo.

Es francamente imposible razonar con esta chica. No tengo más remedio que volverme un tirano y llevarla con mano de hierro. Como si fuera una empleada a la que le cuesta adaptarse.

Me corrijo: Ella es una empleada a la que le cuesta adaptarse. Y de lejos la peor que he tenido en años.

La única manera de dominar su locura es volverme aún más cabrón. No hay problema, esa es mi especialidad. Aunque por un momento había pensado que podría entenderme con ella... Vaya iluso.

El silbido de la tetera me saca de mis pensamientos. Preparo el té y regreso a la sala.

"Aquí tienes", digo de mala manera.

Lisa toma un sorbo y hace una mueca. "Está amargo".

"Da igual. Bébetelo todo."

Ella me mira, una chispa de su habitual desafío brillando en sus ojos febriles. "¿Sabes? Como novio, no eres muy considerado".

"No soy tu novio, soy tu puto jefe. Y tú eres la peor empleada que he contratado en años", siseo, sin poder contenerme.

Lisa se encoge, como si mis palabras la hubieran golpeado físicamente. Por un momento, me siento culpable. Pero no, esto es necesario. Necesito mantener las distancias, establecer límites claros.

"Mira", digo, frotándome la frente, "lo que pasó en San José es imperdonable."

Lisa frunce los labios. "Lo siento. No volverá a ocurrir."

"Eso dicen todos. La única forma que tengo de asegurarme que esto realmente no vuelva a ocurrir es poner reglas más duras. La primera y más obvia: nada de alcohol. Segunda: antes de cada evento, repasaremos lo que puedes y no puedes hacer y decir. Tercera: nada de iniciativas espontáneas como la de ayer".

Lisa me mira fijamente con sus grandes ojos afiebrados. "¿Algo más, señor?"

Ignoro su tono sarcástico. "Sí. A partir de ahora, pasarás más tiempo aquí. Necesitas aprender cómo comportarte en mi mundo".

"¿Tu mundo?", replica ella, incorporándose un poco. "¿Te refieres al mundo de los robots con esmoquin y sin sentido del humor?"

"¡Basta!", la corto, mi paciencia agotándose. "Esto no es un puto juego, Lisa. Si lo que quieres es ver mi lado más hijoputa, estás a esto de conocerlo".

Ella no dice nada, solo traga saliva y asiente con la cabeza. Creo que el memo por fin le ha llegado.

"Descansa", digo, dando media vuelta. "Mañana empezaremos con tu reeducación, señorita Lisa."

Paso el resto de la tarde en mi despacho, intentando concentrarme en el trabajo, pero mi mente sigue volviendo a la sala de estar, a Lisa. Ojalá pudiera cambiarla por una actriz profesional, pero ya es demasiado tarde. Lo hecho, hecho está. Lisa Martinez es mi novia y millones de personas están hablando de ello en las redes.

Me llegan cientos de notificaciones por segundo. Al menos está funcionando. Lisa y Dash son trending topic, se han vuelto virales. ¿Querías un cambio de imagen radical? Ahí tienes tu cambio. Ahora serás un puto meme.

Lo que sea para acallar a la opinión pública y derrotar a esos mierdas del consejo.

Cuando regreso a la sala, ya es de noche. Lisa se ha quedado dormida en el sofá, la manta hasta su barbilla y un mechón de pelo cayendo sobre su rostro. Por un momento, me quedo allí quieto, observándola. Parece tan... pequeña y vulnerable. Tan diferente de la chica loca que anoche saltó del yate al agua.

Suspiro, acercándome paso a paso pues no quiero despertarla. No pienso dejarla dormir aquí, se levantará con una terrible contractura además del resfriado. Inclinado sobre ella me quedo observándola durante lo que parece una eternidad. Al fin suspiro y con mucho cuidado la levanto en brazos. Es sorprendentemente ligera, su cuerpo cálido por la fiebre, el olor femenino de su piel, joder, demasiado tentador...

Mientras la llevo hacia su habitación, Lisa murmura algo en sueños, ovillándose contra mi pecho. Siento que mi corazón se acelera, pero me obligo a ignorarlo. Contrólate, Dash. Pero mi polla no parece oírme y cobra vida empujando de manera dolorosa contra la tela de la bragueta. De pronto me siento incapaz de reunir toda la disciplina que necesitaría para no caer en la tentación.

Aún estamos a mitad de camino de la habitación cuando sucede. Lisa levanta la cabeza medio dormida y sus ojos se entreabren, nublados por el sueño y la fiebre, y me mira como si me viera por primera vez.

Y entonces, sin previo aviso, me besa.

Sus labios llenos se sienten tan suaves, cálidos y dulces como un melocotón al sol. El beso es torpe al principio. Tardo en responder, reprimiendo mis impulsos hasta el último momento, cuando todo aquello que parecía detenerme ya no lo hace, los frenos se cortan y mi cuerpo parece acelerar en picado. Lisa gime al aceptar mi lengua dentro de su boca. El beso se vuelve más intenso, más apasionado. Por un momento, un breve y peligroso momento, me pierdo en esa sensación. Mi cuerpo es puro instinto, respondiendo a Lisa con una intensidad que me sorprende.

Esto es exactamente lo que no debería pasar.

Me aparto bruscamente de ella interrumpiendo el beso y despertando a Lisa en el proceso.

"¿Qué ocurre?", pregunta ella, adormilada y confundida.

"Nada", respondo secamente, mi voz más ronca de lo que me gustaría. "Estabas soñando".

La tumbo sobre su cama con suavidad y la cubro con el edredón. Ella sonrío y se ovilla aún más bajo las sábanas, mientras yo salgo de la habitación sin mirar atrás. Mi corazón late con fuerza, mi respiración está agitada. Necesito aire, necesito espacio.

Me dirijo a la terraza, el aire frío de la noche golpea mi rostro acalorado. Miro la bahía que se extiende bajo mis pies, las luces parpadeantes como un reflejo del caos que es mi mente en estos momentos.

Esto no puede volver a pasar. No puedes permitirlo. ¿Acaso no piensas? ¿Traicionarás todo el esfuerzo que te ha traído hasta aquí? ¿Lo echarás a perder por no saber controlarte? ¿Desde cuándo no puedes controlarte ante una mujer cualquiera?

Lisa no es una mujer cualquiera. El recuerdo de la amiga de mi hermana en bañador, jugando en el río, sosteniendo mi mirada durante un momento antes de apartar la vista y enrojecer...

Joder, esto no puede estar sucediendo.

Mañana, me digo. Mañana haré cumplir las putas reglas. Y esta vez, no habrá excepciones.

Aunque mi cuerpo lo desee, no puedo permitirme a Lisa.

Capítulo 15

Lisa

Los últimos días han sido una montaña rusa emocional. Me he recuperado lentamente del resfriado, gracias en parte a los cuidados de las asistentas de Dash, que se aseguraron de que todas mis necesidades estuvieran cubiertas.

Sin embargo, me ha dolido su ausencia. Se nota que está cabreado conmigo. He reconocido que la he cagado, me he disculpado con él más de una docena de veces, pero Dash no parece querer saber nada más de mí.

Además, las nuevas reglas que ha impuesto son como un corsé invisible: restrictivas, pero supongo que necesarias. Al principio, naturalmente me resistí como buena taurina testaruda, pero finalmente tuve que aceptar que las cosas iban a ser así lo quisiera yo o no.

Dash es quien manda aquí, después de todo, y ahora sus nuevas reglas forman parte del contrato. No puedo echar culpas pues he sido yo quien ha aceptado vivir en esta jaula dorada.

La vibración del móvil interrumpe mis cavilaciones. Me enderezo cuando veo que se trata de Dash: "Esta tarde iremos a un sitio bastante pijo. ¿Te sientes mejor como para acompañarme?"

Agito un puño en el aire en señal de victoria. ¡Hurra, segunda misión! ¡Dash no se ha olvidado de mí! Al menos de momento continúo siendo su chica de mentira.

Escribo: "Me siento como nueva. Cuenta conmigo para lo que sea."

Enseguida llega su respuesta: "Vale, es una gala. Encontrarás ropa nueva en el vestidor de la habitación de huéspedes."

Salgo disparada como si me hubieran dicho que hay un tesoro escondido.

¡Y vaya si lo hay!

Silbo admirada al entrar en el vestidor. Colgado de una percha hay un vestido largo rojo escarlata, muy escotado tanto de delante como de atrás, que puedo imaginar perfectamente en alguien como Marilyn Monroe, ¡pero jamás en mí! Los zapatos que hacen juego con el vestido son preciosos, y también hay un abrigo de diseño y una bolsa Birkin súper elegantes.

Se ve que han escogido el conjunto con mucho esmero. ¿Todo esto para mí? Me quedo sin aliento. No imagino a Dash entrando en una tienda de diseño para pillar toda

esta ropa, probablemente tenga a una personal shopper trabajando para él.

Me desvisto a toda prisa dando patadas a mis pantalones de pijama y me lo pruebo todo, sorprendida y encantada como una niña el día de Reyes, de pie frente a un espejo de tres cuerpos.

Jolín, ¡que no me reconozco! El vestido se adapta a mi cuerpo como si hubiera sido cosido sobre mí, realzando curvas que no sabía que tenía. Me hace sentir esbelta, poderosa y sorprendentemente cómoda. Los tacones, a pesar de su altura vertiginosa, son estables y puedo caminar sobre ellos sin sufrir mayores accidentes.

"Ahora entiendo por qué esta ropa de diseñador suele costar una fortuna", murmuro para mí misma, girando incrédula frente al espejo. "¡Porque realmente lo vale! Hacer que te sientas bonita no tiene precio."

Cuando Dash llega al ático, yo ya estoy lista, esperándole ansiosa por ver su reacción. Pero al verle entrar vestido de esmoquin, soy yo quien se queda boquiabierta. Madre mía, ¡si parece un modelo salido de una publicidad! Lleva un reloj de oro y unos zapatos de punta larga que le van perfecto.

¡No es justo! Quería ser yo quien le impresionara y aquí estoy babeando de nuevo ante él como una colegiala sobreexcitada.

"¡Estoy lista! ¿Qué tal me veo?" Me giro haciendo que el ruedo del vestido se infle.

"¿Por qué tanto entusiasmo?", pregunta Dash, arqueando una ceja perfecta. "Es solo una reunión de pijos."

"Es una gala de beneficencia", le corrijo, sin poder ocultar mi emoción. "Ya lo he visto en internet. ¡Estará lleno de famosos!"

Dash hace el gesto de vomitar y no puedo evitar soltar una risilla. Su actitud me hace mucha gracia.

"¿Qué pasa, no te gusta dar dinero a los pobres?", pregunto en broma.

"Me gusta ayudar, eso nunca ha sido un problema", responde, su tono más serio de lo que me esperaba. "Lo que odio es la hipocresía y la pomposidad. ¿Por qué montar un show para hacer beneficencia? ¿Por qué mejor no cerrar el puto pico y hacerlo cuando nadie te esté grabando?"

Puedo ver que Dash se está cabreando y, en un impulso, le cojo de la mano, apretándole de manera cariñosa.

"Te prometo que nos lo pasaremos pipa", digo, y rápidamente añado al ver que entrecierra sus ojos en una expresión de suspicacia: "Y también prometo que esta vez no la liaré."

"Nada de alcohol", me advierte dedicándome una mirada severa.

"Ni una gota", prometo levantando una mano, mientras con la otra acaricio el dorso de su mano con mi pulgar. Es un gesto que hago inconscientemente, y del que solo me

doy cuenta cuando sus ojos azules se oscurecen. Creo que al fin me ha visto porque ahora Dash pasea su mirada por mi cuerpo sin ningún disimulo, humedeciendo sus labios al detenerse en el nacimiento de mis pechos.

"¿Te estoy dando una erección?", pregunto sonriendo, sorprendida por mi propia audacia.

Dash me clava sus espectaculares ojos azules.

"Debería follar más seguido", gruñe.

¡No ha dicho que no! ¡No ha dicho que no! ¿En serio he hecho que se empalme? Me atrevo a mirar hacia abajo y puedo ver su pantalón abultado. Una ola de calor me recorre y siento que mi interior se contrae con un temblor delicioso. Oh no, estar así de cachondos no es una buena receta para ir a una fiesta donde tendremos que fingir que nos amamos.

"Dash", susurro con la voz quebrada por el deseo. "¿No crees que deberíamos follar aunque sea una vez para sacarnos esta calentura del sistema?"

Sus pupilas azules parecen agrandarse y oscurecerse.

"Lisa, ya deja de decir tonterías."

"No son tonterías, es lo que pienso." Le enfrento sosteniendo la mirada. "Decir lo que pienso no será lo que nos meta en problemas. No hacer lo que deseamos lo hará."

Durante un momento me mira pensativo, pero luego niega con la cabeza, mira la hora en su reloj y rechista.

"La limusina debe de estar esperándonos. No me gusta llegar tarde a mis compromisos."

Aunque no se ha movido un paso, puedo sentir que ahora Dash se aleja de mí a toda velocidad. Debería morderme la lengua la próxima vez que se me ocurra abrir mi boca.

Bajamos por el ascensor en silencio. Las puertas del garaje se abren y el chófer nos hace juego con las luces altas. Puedo oír que Dash rechina los dientes cuando me suelto de su mano y me adelanto alejándome de él. Entro en el coche sin esperarle.

La limusina es preciosa y James, el chófer, va de guantes blancos y sombrero. "Hola James. ¡Qué guapo! ¡Pareces el chófer de la reina!"

"Buenas tardes, señorita. Cada uno debe jugar su parte." Me guiña el ojo y no puedo evitar reír. Me gusta James.

Cuando Dash sube añado mirándole con intención: "Deberían darte un aumento de sueldo".

James sonríe discretamente en el espejo retrovisor mientras arranca el vehículo. El trayecto transcurre en un silencio tenso, roto solo por el suave ronroneo del motor y el ocasional suspiro cabreado de Dash.

Conforme nos acercamos a Pacific Heights, el barrio exclusivo donde tiene lugar el evento, el tráfico se vuelve más denso. Veo pasar otras limusinas, todas dirigiéndose al mismo destino. Mi corazón empieza a latir más rápido, una mezcla de ilusión y nerviosismo. Al llegar por fin y detenernos, la escena ante mis ojos parece de película. Una alfombra roja se extiende desde la acera hasta la entrada del edificio, flanqueada por vallas que contienen a una multitud de público y reporteros. Las cámaras parpadean como estrellas en una noche clara, capturando cada movimiento de los invitados que descienden de los lujosos vehículos.

"Wow", me maravillo observándolo todo a mi alrededor, mis ojos abiertos como platos. "Esto es... intenso."

Dash me coge de la mano de forma posesiva. Me giro y le miro sorprendida.

"Recuerda las reglas", gruñe en voz baja. "Sonríe, saluda, no hables con la prensa a menos que yo lo haga primero. Y por lo que más quieras, no hagas nada... espontáneo."

Asiento, tragando saliva. De repente, toda la confianza que me había infundido el vestido parece evaporarse.

"Lo haré bien", prometo, más para mí misma que para él.

Dash me mira por un momento, su expresión suavizándose casi imperceptiblemente. "Lo sé", dice, y por un segundo, creo ver una chispa de algo más en sus ojos. ¿Orgullo? ¿Afecto? Pero desaparece tan rápido que no estoy segura de si lo he imaginado.

James abre la puerta y el rugido de la multitud nos golpea como una ola. Dash sale el primero, su postura erguida, su rostro una máscara de seguridad y encanto. Le sigo, aferrada de su mano. Mientras salgo de la limusina, me tiemblan las piernas y el flash de las cámaras me ciega momentáneamente. Durante un momento me siento tan abrumada que siento el impulso de dar media vuelta y regresarme por donde he venido, pero entonces siento el brazo de Dash rodeando mi cintura, firme y seguro, y de inmediato me calma.

"Tú puedes hacerlo", susurra en mi oído. "Estamos juntos en esto."

Con una sonrisa que espero sea deslumbrante, doy mi primer paso en la alfombra roja.

Capítulo 16

Lisa

Mientras avanzo por la alfombra roja del brazo de Dash, reconozco rostros familiares por todas partes: actores, músicos, influencers. ¿Esa es Jennifer Lawrence? ¡Dios mío, creo que me acaba de sonreír!

"¡Lisa! ¡Lisa! ¿Puedes decirnos quién diseñó tu vestido?", grita una periodista, su micrófono extendido hacia mí.

¿Saben mi nombre? Miro a Dash con emoción, pero él me da un ligero apretón en la cintura, recordándome las reglas. Pero, ¿qué daño puede hacer responder sobre mi vestido?

"¡Es un Vera Wang!", exclamo, girando para mostrar el vestido en todo su esplendor. "¿No es una maravilla? Me hace sentir como una princesa rockera".

La periodista ríe, claramente encantada con mi respuesta espontánea. "¿Y cómo se siente estar aquí con uno de los solteros más codiciados de Silicon Valley?"

Antes de que Dash pueda intervenir, las palabras salen de mi boca: "¡Como si hubiera ganado la lotería! Aunque, entre tú y yo, ronca como un oso y deja la tapa del inodoro levantada".

Dash me arrastra suavemente pero con firmeza lejos de la periodista, que está riendo a carcajadas. Puedo sentir su tensión, pero no puedo evitar sonreír. ¡Esto es demasiado divertido!

Finalmente Dash logra convencerme de entrar en el salón del hotel, un espacio majestuoso con techos altos, candelabros de cristal y mesas redondas cubiertas con manteles de seda. Un escenario con telones de terciopelo azul domina uno de los extremos de la sala.

Un maître nos guía hacia nuestra mesa, donde ya hay sentadas varias personas. Todos parecen iluminarse al ver a Dash, saludándole con entusiasmo y familiaridad.

"¡Dash, colega!", exclama un hombre con un bigote impresionante. "¿Cómo puñetas has estado?"

"Nada mal, Tom, nada mal", responde Dash, estrechando su mano con una sonrisa cálida que nunca le había visto antes.

Me quedo boquiabierta mientras observo a Dash navegar por la conversación con una gracia y un encanto que me dejan sin aliento. Es como si hubiera activado un

interruptor, transformándose en el anfitrión perfecto. Bromea, ríe, hace preguntas perspicaces... es fascinante.

"Esta es la mesa, señorita," oigo la voz de uno de los maitres cortando la charla. Alguien, una mujer alta y esbelta, se detiene junto a la silla vacía, donde he dejado el bolso con mi abrigo.

"Oh, eso es mío, lo siento. Pensé que el sitio estaba libre."

Pero la mujer parece no estar interesada en sentarse sino en hacerse ver porque se limita a sonreír y a bambolear su cabello de supermodelo como si el mundo fuera su pasarela personal y todos le debieran pleitesía. Lleva un vestido negro que parece pintado sobre su cuerpo escultural, con un escote que desafía la gravedad y una abertura en la falda que revela kilómetros de piernas perfectamente bronceadas. Su cabello rubio platino cae en ondas perfectas sobre sus hombros, y sus ojos verdes brillan con una intensidad casi felina.

El maître anuncia: "Con la llegada de la señorita Glover, la mesa está completa".

No puedo evitar hacer una mueca de disgusto. No me gusta la actitud de esta chica, y mi olfato raramente me engaña.

Sin decir una palabra, la zorra se inclina sobre Dash y le planta un besazo en la mejilla, rozando su esmoquin con sus pechos. ¡Y todo esto mientras me da la espalda, como si yo fuera invisible!

"Hola Dash, qué sorpresa. Tú siempre tan guapo." Aunque se lo dice casi al oído puedo oírlo perfectamente y no me gusta ni un poco.

El cambio en Dash es inmediato y dramático. Puedo advertirlo al instante. Su sonrisa se desvanece, su postura se tensa. Es como si toda la luz se hubiera apagado dentro de él.

La mujer se sienta a su lado, ignorándome completamente. Con un movimiento fluido, toma la botella de champán que Dash había pedido y se sirve una copa generosa.

Algo hierve dentro de mí. ¿Quién se cree que es esta mujer? ¿Y por qué Dash parece un cachorro asustado de repente?

Sin pensarlo dos veces, me inclino sobre la mesa y le quito de la mano la copa a la zorra.

"Disculpa", digo con una sonrisa que es todo colmillos y nada de amabilidad. "Creo que te has equivocado de botella. Esta la acaba de comprar MI novio".

El silencio cae sobre la mesa como una losa. La mujer alza una ceja. "¿Tu novio?"

No le quito los ojos de encima. "Ajá."

"Oh, querida", dice con una sonrisa condescendiente. "No sabía que Dash ahora salía con... fans".

Siento que la sangre me hierve en las venas. ¿Fan? ¿FAN? Estoy a punto de vaciar el

contenido de la copa sobre su perfecto peinado cuando siento la mano de Dash en mi brazo.

"Lisa", dice en voz baja, una advertencia clara en su tono.

Con una calma que no siento, vuelvo a colocar la copa sobre la mesa y me pongo en pie.

"Si me disculpan", digo, mi voz tensa. "Necesito un poco de aire" cojo la mano de mi novio mirando fijamente a la zorra usurpadora y le dirijo un mensaje claro al dibujar con mis labios las palabras "Vete a tomar por culo" bajo la mirada atónita de Dash.

Mientras me abro paso entre la multitud me escuecen los ojos. No irás a llorar, ¿verdad Lisa? ¡Él no es tu novio y tú estás cumpliendo tu parte, recuerda las palabras de James!

Una vez más, siento que me estoy tomando el papel demasiado en serio y que soy un volcán a punto de explotar.

Dash me arrastra hacia la terraza, su agarre en mi brazo es firme pero no doloroso. El aire fresco de la noche me golpea la cara, un contraste bienvenido con el calor sofocante del salón. Pero la furia que hierve dentro de mí no se enfría ni un poco.

"¿Quién demonios es esa zorra?", exijo saber apenas estamos fuera del alcance de oídos curiosos.

Los ojos de Dash se oscurecen peligrosamente. "No eres mi puñetera novia. No te debo explicaciones."

Consternada abro los ojos como platos y miro a mi alrededor. La terraza está repleta de gente de la alta sociedad, todos con copas de champán en la mano y conversaciones susurradas. Cualquiera podría habernos oído.

"¿Estás loco?", siseo. "¡Te pueden oír!"

Dash acerca su rostro al mío, su aliento cálido contra mi mejilla. "Oye, quiero estar tan alejado de Nicole como tú, ¿vale? Es la última persona a quien necesito ver esta noche."

¡Ajá! La zorra se llama Nicole. ¡Vaya desperdicio de nombre tan bonito en esa estirada!

"Podríamos cambiarnos de mesa," sugiero, tratando de sonar razonable.

"Eso haremos. Déjame hacer una llamada."

Minutos después, nos encontramos sentados en una mesa alejada de la zorra y más cerca del escenario. Nuestros nuevos compañeros de mesa son unos vejesterios bastante amables que parecen más interesados en sus platos de langosta que en nosotros. Me dedico a saborear las exquisitas entradillas que nos sirven. Dash me guiña un ojo mientras se lleva una aceituna negra a la boca y solo con ese gesto logra derretir todo mi malestar anterior.

De repente, una señora con un chal de seda del color del arcoiris, sube al escenario y

se acerca a los micrófonos. Con voz entusiasta, anuncia que en breve comenzará el evento central de la noche: La subasta de solteros.

No puedo evitar sonreír y mirar a Dash. "¿Qué narices es eso? ¡Me gusta cómo suena!"

Dash, por su parte, no parece impresionado. "Es una gilipollez que hacen cada año para recaudar fondos. Unos tipos se suben ahí arriba y un grupo de mujeres desesperadas les arrojan sus dólares."

"Jajaja, ¡eso suena genial!", digo, sintiendo que una idea endiablada comienza a formarse en mi mente. "¿Tú ya lo has hecho?"

"¿Hecho qué?", pregunta, confundido.

"¡Subirte al escenario para que pujen por ti!"

"¡Claro que no!", responde, horrorizado. Luego, sus ojos se entrecierran con sospecha.

"¡Eh, dónde crees que vas!"

Me levanto de la mesa sin pensarlo. "Esto... a buscar un baño. Tengo una urgencia. Tú espérame aquí, corazón, ya regreso."

No puedo contener la risa mientras camino en dirección a uno de los organizadores del evento. Oh, esto va a ser épico.

Capítulo 17

Lisa

Cuando Dash es llamado al escenario, alza una ceja y vuelve sus ojos fulminantes hacia mí.

Me encojo de hombros y le devuelvo la mirada fingiendo toda la inocencia del mundo.

Los reflectores caen sobre él como un juicio divino. Su cara es un poema, una expresión de horror y confusión al verse obligado a pararse junto a otros hombres en esmoquin. Ninguno es tan atractivo como él, y las mujeres en la sala parecen volverse locas al verle.

Me lo estoy pasando en grande, riendo y aplaudiendo como una foca tonta. Pero mi diversión se evapora cuando veo a Nicole ponerse en pie, su mano alzada para hacer la primera oferta.

La sangre se me hiela en las venas. Yo no tengo ni un duro con qué pujar, pero me pongo en pie de todos modos, lista para declararle la guerra.

"¡Cinco mil dólares!", grito, subiéndome a mi silla para que me escuchen.

"Diez mil", contraataca Nicole, sin siquiera mirarme.

"¡Quince mil!", chillo, ignorando la voz en mi cabeza que me recuerda que no tengo ni quince dólares en mi cuenta bancaria.

La batalla continúa, no pienso rendirme sin luchar. Las cifras van subiendo más y más. Estoy gritando como una loca, mi pelo hecho un desastre y probablemente con manchas de sudor en mi precioso vestido escarlata.

Finalmente, Nicole ofrece una suma tan ridícula que hace que todos en la sala jadeen. El subastador, con una sonrisa de oreja a oreja, golpea su martillo.

"¡Vendido a la señorita de negro!" Luego se vuelve hacia mí y junta las manos en un gesto de disculpa, "Lo siento mucho, señorita de rojo."

Mi corazón se hunde mientras veo a Dash bajar del escenario y dirigirse, resignado, a la mesa de Nicole. Me dejo caer en mi silla, sintiéndome estúpida, sola y miserable. Estoy a punto de abandonar la gala cuando una voz varonil y profunda me interrumpe.

"Disculpa, ¿puedo sentarme?"

Alzo la vista para encontrarme con un hombretón moreno de sonrisa encantadora. Sus ojos brillan con diversión y algo más que no puedo identificar.

"Dash es un auténtico idiota por haberte dejado aquí sola", dice, sentándose sin esperar mi respuesta.

Una parte de mí quiere defender a mi compañero de piso, recordarle a este extraño que he venido con él y que no tiene derecho a insultarle. Pero me siento tan mal que simplemente asiento, permitiéndole quedarse.

"Soy Max", se presenta, extendiendo su mano. "Y tú debes ser la misteriosa Lisa. Es muy extraño que en todos estos años no haya oído nada acerca de ti."

Oh no, zona peligrosa. ¿Quién es este tipo? Será mejor que me haga la loca y empiece a pensar un pretexto para excusarme y marcharme de aquí.

"¿Tú estás en Socialgram, verdad?," intento sonsacarle. Debe de ser uno de los gilipollas del consejo. A lo mejor es él quien quiere desplazar a Dash. Debo andar con pies de plomo. ¡Lisa, no la cagues esta vez!

Max ríe y se inclina hacia adelante, como si estuviera a punto de compartir un secreto. "No me dejarían poner un pie allí dentro."

"¿Ah no? Pues no pareces tan mal chico."

"Oh sí, soy un gran hijo de puta. Las apariencias engañan, bebé."

¿Bebé? Este tipo ya me está tocando los cojones. "Esto... ha sido un gusto conocerte. Debo irme, he quedado con mi madre."

"Como quieras, nena. Estoy seguro de que nos volveremos a ver."

"En tus sueños", digo entre dientes mientras cojo mi bolso y doblo el abrigo sobre un brazo. Salgo disparada de la mesa haciendo equilibrio sobre los tacones. Me detengo a tiempo para no volcar la bandeja de sushi a un camarero que me fulmina con la mirada antes de seguir su camino.

Vale, me digo, quizás realmente no hayas nacido para codearte con lo más granado de la sociedad. Pero si yo no me divierto, tampoco lo hará Dash. Me lo imagino riendo y coqueteando con la estirada de Nicole y me hierve la sangre. Busco frenéticamente con la mirada hasta que les veo. Cómo no, allí continúan juntos, pero a medida que me acerco hacia ellos haciendo peligrosos zig zags puedo ver mejor lo que realmente está ocurriendo. Ella sonríe triunfante, pero él parece miserable.

Oh Dash, apuesto a que me echas de menos... No temas, porque aquí viene Lisa al rescate.

"¡Arriba mi amor, nos largamos! Acabo de recordar que me dejé tus chuletas en el horno. ¡Venga, antes de que se incendie el ático!"

La tal Nicole abre sus labios hinchados de botox con alarma.

"¡Oh por Dios! ¿Seguro que estarás bien Dash?"

La miro con el rabillo mientras me llevo a Dash casi a los empujones. Y antes de que él pueda decir nada, tercio con el tono más cortante del mundo mundial.

"Tú no te preocupes, Nicole, que a este lo cuido yo."

La limusina ahora se desliza por las calles casi vacías. Dash se vuelve hacia mí.

"¿En serio? ¿Chuletas de cerdo? ¿Realmente tienes que ser tan borde?"

"¿Y tú tienes que ser tan cínico? ¡Me has dejado sola!", le espeto, la frustración bullendo en mi voz.

"¡Has sido tú quien me ha obligado a participar en la subasta!", contraataca él, sus ojos brillando con una mezcla de irritación y algo más que no logro descifrar.

Al pobre James no le hemos dado ni tiempo de levantar el cristal para no tener que oírnos discutir. Debo confesar que la segunda salida juntos tampoco ha sido un éxito.

Dash se lleva una mano a la cabeza y se queda mirando hacia la avenida. La mampara se levanta y nos vuelve a dejar a solas. Entonces él gruñe: "No puedo lidiar contigo."

"Si no puedes lidiar conmigo búscate a otra", le reto, sabiendo muy bien que no es una opción real.

"Es demasiado tarde para eso", murmura, y por un momento, creo ver un destello de vulnerabilidad en sus ojos.

Suspiro, sintiendo cómo la ira se desvanece, reemplazada por una necesidad de entender. "Oye. Dash, realmente quiero ayudarte, pero no puedes mantenerme al margen de todo."

Se vuelve para mirarme, su expresión una mezcla de curiosidad y cautela. "¿Qué quieres decir con eso?"

"Que todo lo que sé de ti es a través de tu vida pública. Y ambos sabemos que tu vida pública es una pila de caca de caballo."

Levanta una ceja y se cruza de brazos. "No te he contratado para que seas mi terapeuta."

"A lo mejor es justo lo que necesitas." Hago una pausa porque me doy cuenta de que estoy siendo demasiado dura con él. "Mira, Dash, todos necesitamos un amigo en quien confiar. Yo puedo ser tu amiga si me dejas."

Creo que puede ver la sinceridad en mis ojos, porque no se ríe ni me envía a freír espárragos. Solo se queda pensativo.

El silencio en la limusina es tan denso que casi puedo tocarlo. Dash mira por la ventana, su perfil recortado contra las luces de la ciudad que pasan rápidamente. Yo juego nerviosamente con el dobladillo de mi vestido, sin saber qué decir.

"Dash, yo..."

"No," me corta, sin mirarme. "Ahora no."

Asiento, aunque sé que no me ve. El resto del viaje transcurre en un silencio incómodo.

En el ático, me quito los tacones con un suspiro de alivio. Dash se afloja la corbata y se desploma en el sofá.

"¿Tienes hambre?" pregunto, rompiendo el silencio.

Él asiente, sin decir nada.

Me dirijo a la cocina, agradecida por tener algo que hacer. "Estos pijos comen con cuentagotas," murmuro, más para mí misma que para él.

Para mi sorpresa, escucho una suave risa detrás de mí. Me giro para ver a Dash, apoyado en la entrada de la cocina, una sonrisa cansada en su rostro.

"Tienes razón," dice. "Siempre salgo hambriento de estas galas."

El ambiente se relaja un poco mientras improviso una cena rápida. Apago la luz de la cocina, dejando que la luz de la luna que entra por las enormes cristaleras sea nuestra única iluminación.

Comemos en silencio al principio, pero no es un silencio incómodo como en el coche. Es un silencio expectante, lleno de cosas no dichas.

De pronto, Dash deja su tenedor y me mira. "Lisa, yo..."

Se detiene, como si no supiera cómo continuar. Espero, dándole tiempo.

"Sobre Nicole..." empieza de nuevo, su voz apenas un susurro.

"No tienes que contarme si no quieres," digo suavemente.

Él niega con la cabeza. "Quiero hacerlo. Necesito hacerlo."

Y entonces, como si una presa se hubiera roto, Dash comienza a hablar.

"La conocí poco después de aquel verano que tú y yo pasamos juntos", dice, su voz baja. Asiento con la cabeza, mi pecho se llena de una emoción que no puedo identificar. Me quedo quieta y apoyo mis manos a los lados, apenas respirando, temiendo que si me muevo, él dejará de hablar. Pero Dash continúa, describiendo su relación con Nicole como un amor tormentoso.

"Era... tóxica," dice, su voz ronca. "Pero no podía alejarme."

Asiento, entendiendo perfectamente lo que quiere decir.

Me cuenta sobre las peleas, las reconciliaciones, el ciclo interminable de dolor y placer. Y luego...

"Me traicionó," dice, su voz apenas audible.

Necesito preguntar cómo. La tensión en su mandíbula, la forma en que sus nudillos se han puesto blancos alrededor de su copa... tengo que saber más.

"Te engañó," suelto mordéndome la lengua un segundo demasiado tarde.

Dash deja escapar una risa amarga. "No solo se lió con quien era mi rival comercial,

sino que se tomó el puto trabajo de filtrar una copia del algoritmo central que yo mismo había programado para Socialgram."

Siento que mi corazón se detiene por un momento. "¿Qué?", logro articular. "¿Por qué haría algo así?"

Dash niega con la cabeza de forma imperceptible. "Por dinero, supongo. Así es la gente," su mirada se pierde en algún punto más allá de las ventanas. "El muy miserable patentó mi invención en todas las oficinas del resto del mundo, incluidas Reino Unido, Canadá y Australia. Hasta el día de hoy debo pagar una multa anual por usufructuar mi propio algoritmo en esos países."

Mientras Dash habla, siento que me sube la presión arterial. De manera que ha sido Nicole quien arruinó las relaciones para Dash. Mi olfato no me falló. ¡Ostras, nos han traicionado a los dos! A mí me engañó el gilipollas de Mark y a él esa zorra estirada. Y no sé quién de los dos está más roto por ello. Probablemente él. Jolín, esto es demasiado fuerte.

"Dash", digo suavemente, extendiendo mi mano para tocar la suya. "Lo siento mucho. No tenía idea..."

Él me mira, y por primera vez desde que le conozco, veo verdadera vulnerabilidad en sus ojos. "Ahora sabes algo más de mí que muy pocos conocen."

Esas palabras me golpean con más fuerza que cualquier revelación sobre su pasado. Ha confiado en mí. Realmente se ha abierto para dejarme ver dentro de su alma.

"Gracias por confiar en mí", susurro, apretando su mano.

Dash asiente, una pequeña sonrisa apareciendo en sus labios. "Gracias por escuchar."

Nos quedamos así, en silencio, nuestras manos entrelazadas sobre la mesa. La luz de la luna baña el ático, creando sombras profundas a nuestro alrededor.

Finalmente, me levanto para recoger los platos. Dash se pone de pie también, como si no supiera qué hacer consigo mismo.

"Déjame ayudarte," dice, acercándose.

"No es necesario," respondo, pero él ya está a mi lado.

Y entonces, todo cambia de repente.

Estoy de espaldas a Dash, recogiendo los platos, cuando siento sus manos en mi cintura. El toque es suave, casi vacilante, pero envía una corriente eléctrica por todo mi cuerpo. Me quedo inmóvil, apenas respirando, sin saber qué esperar.

Muy lentamente, me gira hacia él.

Sus ojos, iluminados por la luz de la luna, son más azules de lo que los he visto nunca. Hay algo en ellos, una mezcla de vulnerabilidad y deseo que me deja sin aliento.

"Lisa," susurra, y mi nombre en sus labios suena como una plegaria.

Y entonces me besa.

Oh, Dios mío. ¡Me está besando!

Sus labios son suaves pero insistentes, presionando contra los míos con una urgencia que me hace temblar. Una de sus manos se desliza por mi espalda, atrayéndome más cerca, mientras la otra se enreda en mi pelo.

Nunca me han besado así. Es salvaje y hambriento, increíblemente sensual. Es como si Dash estuviera tratando de decirme con este beso todo lo que no se puede expresar con palabras. Toda la vulnerabilidad que ha mostrado esta noche se transforma en pasión pura.

Abro mis labios, invitándolo a profundizar el beso, y él acepta la invitación con entusiasmo. Su lengua explora mi boca, provocando sensaciones que nunca había experimentado antes. Sabe a vino y a algo más, algo que es únicamente Dash, y me encuentro adicta a ese sabor.

Mis manos, que hasta ahora habían estado inmóviles a mis costados, cobran vida propia. Una se desliza por su pecho, sintiendo los músculos firmes bajo la camisa, mientras la otra se enreda en su pelo, acercándolo aún más.

Dash gruñe suavemente contra mis labios, un sonido tan profundamente masculino que siento que mis rodillas se debilitan. Su mano en mi espalda me sostiene, manteniéndome firme contra su cuerpo.

De repente, siento el borde de la isla de la cocina contra mi espalda. No me había dado cuenta de que nos habíamos movido. Dash me levanta sin esfuerzo, sentándome en la superficie fría. El contraste entre el mármol frío y su cuerpo cálido envía escalofríos por mi espina dorsal.

Sus labios dejan los míos, pero antes de que pueda protestar, ya están en mi cuello, besando y mordisqueando suavemente. Jadeo, echando la cabeza hacia atrás para darle mejor acceso. Cada beso, cada toque de su lengua contra mi piel envía ondas de placer por todo mi cuerpo.

Mis manos recorren sus hombros, su espalda, maravillándome de la fuerza que siento bajo mis dedos.

"Lisa," murmura contra mi piel, su voz ronca de deseo. "Eres hermosa."

Sus manos se deslizan por mis costados, acariciando cada curva. Llegan al dobladillo de mi vestido y se detienen, como pidiendo permiso. En respuesta, levanto mis brazos, invitándolo a quitármelo.

El vestido se desliza sobre mi cabeza y cae al suelo, olvidado. Los ojos de Dash recorren mi cuerpo ahora semidesnudo, y la intensidad de su mirada me hace sentir más deseada de lo que me he sentido nunca.

"Perfecta," susurra, antes de capturar mis labios en otro beso apasionado.

Sus manos exploran mi piel expuesta, dejando un rastro de fuego a su paso. Cada

toque, cada caricia, envía escalofríos de placer por todo mi cuerpo. Y mis propias manos tampoco se quedan quietas, desabotonando su camisa con dedos temblorosos, como si tuvieran vida propia.

Cuando finalmente logro quitarle la camisa, me tomo un momento para admirar su torso. Es aún más impresionante de lo que había imaginado. No puedo evitar inclinarme y besar su pecho, saboreando el sabor salado de su piel. Dash gruñe con el contacto, sus manos apretando mi trasero. Puedo sentir su excitación presionando contra mí, y la sensación envía una oleada de calor a mi vientre.

"Dash," jadeo, mi voz apenas reconocible incluso para mis propios oídos. "Te necesito."

Él me mira, sus ojos oscuros de deseo pero también llenos de una ternura que me deja sin aliento. "¿Estás segura?" pregunta suavemente.

En respuesta, le atraigo hacia mí para otro beso apasionado. No hay duda en mi mente. Esto es lo que quiero, lo que ahora mismo necesito...

Sus manos se deslizan por mi espalda, desabrochando mi sujetador con una habilidad que en cualquier otro momento me habría hecho reír. Pero ahora, todo lo que puedo hacer es gemir cuando sus manos cubren mis pechos, sus pulgares jugando con mis pezones endurecidos.

La luz de la luna también juega sobre nuestros cuerpos entrelazados, creando sombras y luces que danzan con cada movimiento. Es como si el mundo entero se hubiera reducido a este momento, a nosotros dos.

Las manos de Dash se deslizan por mis muslos, sus dedos jugando con el borde de mis bragas. Me estremezco de anticipación, mi cuerpo anhelando su toque.

"Dash," gimo, mi voz llena de necesidad. "Por favor."

Él me mira, sus ojos buscando los míos. Y en ese momento, veo toda su necesidad de follarme, de poseerme por completo.

"Llévame a tu habitación," pido entre gemidos.

Capítulo 18

Dash

A la mierda con todo.

Su pedido desesperado, el deseo en sus ojos, me sacuden todo el cuerpo.

¿Que esto viola las cláusulas del contrato? ¡Díselo a mi puta polla!

Tras alzar en vilo a Lisa y acunarla en mis brazos, subo las escaleras sintiendo su respiración entrecortada y sus pezones hinchados contra mi pecho. Vuelvo a besarla mientras empujo mi puerta y cruzo el gimnasio dando grandes zancadas. El beso se extiende y al llegar al dormitorio, los dos nos encontramos sin aliento, incapaces de separarnos, como si una fuerza demasiado poderosa nos magnetizara.

Aislados del resto del mundo en la intimidad de mi habitación, me tumbo en la cama montando a Lisa sobre mí. Desde que me mudé aquí escapando de la pesadilla en que se había convertido mi vida anterior, no he usado mi cama más que para dormir, y esto es completamente nuevo para mí y, debo reconocerlo, jodidamente excitante.

Mis manos recorren su cuerpo, sintiendo cada curva, cada temblor bajo mis dedos. Ella responde con la misma urgencia, sus manos deslizándose por mi espalda hasta agarrar con ambas manos mi trasero, empujándome contra su pelvis. La necesidad de estar piel contra piel se vuelve abrumadora.

La miro durante un instante, absorbiendo cada detalle: sus labios entreabiertos, sus ojos castaños tan chispeantes, el rubor sensual en sus mejillas. Me doy la vuelta y me dejo caer sobre ella, atrapando su boca en un beso profundo mientras nuestros cuerpos se alinean. El peso de mi cuerpo la mantiene aplastada contra las sábanas. Ella abre sus piernas y se contonea intentando acomodarme dentro suyo. El primer contacto es eléctrico, un choque de sensaciones que nos deja a ambos sin aliento.

Vuelvo a intentarlo. Entro en ella despacio, saboreando cada centímetro de su calidez, su humedad. Lisa arquea la espalda, gimiendo mi nombre, y eso me enciende aún más. Me muevo con un ritmo lento al principio, disfrutando de la forma en que su cuerpo se ajusta a mí.

"Oh nena, estás tan apretada, tan puñeteramente apretada."

Al empujar más profundo, grita de placer. Mi necesidad crece, y pronto los movimientos se vuelven más rápidos, más intensos y más salvajes.

Pronto sus aullidos llenan la habitación, cada uno de ellos una melodía que me incita a

ir más allá. "Lisa," gruño, perdiendo el control. "No me puedo detener."

"Entonces no te detengas," responde ella, su voz quebrada por el placer. "Por favor, Dash. No pares."

La tomo más fuerte, mis movimientos se vuelven más desesperados, más urgentes. Repite mi nombre mientras se corre envolviendo mi polla como un guante. La sensación de tenerla así, completamente entregada, es embriagadora.

Nos movemos juntos. Siento que me acerco al borde, pero me obligo a mantener el ritmo, prolongando el placer, disfrutando de cada momento. Lisa vuelve a alcanzar el clímax, su cuerpo convulsionando bajo el mío mientras grita en éxtasis.

Es demasiado para mí. Su nuevo orgasmo finalmente desencadena el mío, una ola de placer que me inunda, haciéndome temblar mientras me derramo por completo dentro de ella. La habitación se llena de nuestros gemidos y respiraciones entrecortadas, el aire cargado de electricidad.

Nos quedamos allí, entrelazados, nuestras respiraciones comenzando a calmarse. Lisa se ovilla contra mi pecho, sus dedos trazando líneas suaves sobre mi piel. "Dash," susurra ella, su voz aún temblorosa. "Eso fue..."

"Increíble," termino por ella, acariciando su cabello. "Tú eres increíble."

"¿Qué?"

"Necesito más," susurro.

"¿Más?"

"Más de ti."

Sonríe mientras desliza su mano por mi vientre y coge mi polla dura con su manita.

"Oh, aún no te has saciado..." Sonríe de forma traviesa.

La miro a los ojos mientras me tortura con sus caricias. Ella misma es quien vuelve a colocar mi miembro dentro suyo y comienza a moverse debajo de mí haciendo que mi cuerpo se incendie de placer.

Tras unos instantes la giro para montarla sobre mí. "Te quiero encima," le ordeno y ella comienza a cabalgarme inclinando su cabellera hacia atrás, dándome acceso a sus pechos turgentes. Beso y lamo sus pezones como un animal desesperado.

Jamás podría haber adivinado que acabaría líado de esta manera con la amiga de mi hermana. Ni que sería tan jodidamente intenso.

Una hora después, cuando Lisa ya se ha dormido sobre mi pecho, me quedo observándola como si tuviera entre mis brazos a un ser fantástico, salido de un mundo muy lejano al mío. Y algo curioso sucede: Siento una paz que no había experimentado en mucho tiempo.

Aun así, estoy seguro de que no podré dormir. No sin ayuda de somníferos. Y no quiero

tomar esa mierda. No hoy al menos, si puedo evitarlo.

Cuando finalmente me deslizo fuera de sus brazos, Lisa se queja en sueños y trata de retenerme. Me parte el corazón tener que dejarla sola, pero no tengo remedio. La cubro con cuidado y me visto en completo silencio.

Esto no es lo que hace un hombre, me repito incesantemente mientras me alejo de ella. No después de haber echado el polvo de su vida, me digo sacudiendo la cabeza.

Es el viejo y conocido sentimiento de odio hacia mí mismo que lo invade todo.

El rugido del motor del Lamborghini rompe el silencio del amanecer mientras salgo del garaje. Necesito aire, espacio, cualquier cosa que me aleje de la vorágine de emociones que Lisa ha desatado en mí.

¿Hace cuánto no hacía esto? Conducir solo por el placer de conducir. Mientras espero en un semáforo, cierro los ojos para oler el aroma de la tapicería.

Acelero por Van Ness Avenue, dejando atrás los edificios art déco. El recuerdo de Lisa es persistente, su risa, su piel, sus gritos de placer... Todo vuelve en oleadas y dejo que me cubran y me bañen. Me siento sereno agarrando el volante y apretando el acelerador. El cielo se tiñe de naranja y rosa, como si San Francisco misma se estuviera sonrojando. Qué apropiado.

Giro suavemente hacia Lombard Street. Las curvas cerradas exigen toda mi atención, ofreciéndome un breve respiro de mis pensamientos. Serpenteo entre los jardines floridos, sintiendo cómo la tensión en mis hombros se afloja ligeramente.

¿Cuándo fue la última vez que me he permitido simplemente... existir? Sin emails, sin juntas, sin la constante presión de ser el responsable máximo de la red social más grande del mundo.

Nunca es la respuesta correcta.

Niego con la cabeza. A veces me pregunto si realmente estoy viviendo la vida o soportando un calvario personal. Difícil saber la respuesta.

Retomo la marcha, esta vez hacia el Golden Gate. El puente emerge de la niebla matutina como un gigante de hierro. Me detengo en el mirador de Battery Spencer, observando cómo los primeros rayos de sol se reflejan en la bahía.

Detengo la marcha y me imagino a Lisa aún dormida en mi cama y un escalofrío de placer me recorre el cuerpo.

Estás entrando en terreno pantanoso, Dash. Confiar, bajar la guardia... ya has pasado por eso, ¿recuerdas?

Es hora de ir a la oficina, me palmeo las piernas y arranco el motor haciéndolo rugir como un león. Oh mierda, se siente bien hacer esto, vaya si lo echaba de menos...

Esta vez regreso tomando la ruta panorámica por la costa. El Pacífico se extiende infinito a mi izquierda, las olas rompiendo contra las rocas en Lands End. Me pregunto

si a Lisa le gustaría venir aquí algún día. Claro que le gustará. A esta chica el solo hecho de estar viva la entusiasma.

Río negando con la cabeza y pongo la radio para oír algo de música mientras enfilo hacia el centro. Los rascacielos se alzan ante mí de nuevo, recordándome quién soy, hasta dónde he llegado, todo lo que he construido.

Aparco en el parking privado del edificio de Socialgram. El vestíbulo está desierto, como siempre a esta hora. Mis pasos resuenan en el mármol mientras me dirijo al ascensor.

Mi reflejo me devuelve la mirada desde el espejo: ojos enrojecidos, el cabello algo revuelto. Sobre la pared principal, la portada gigante de la revista Time que muestra una versión más pulida de mí mismo. "La persona del año", proclama el titular. Me pregunto qué pensaría ese Dash del hombre en el que me he convertido hoy.

Las puertas se abren con un suave 'ding'. Entro en mi oficina, listo para sumergirme en el trabajo y olvidar todo lo demás. Pero algo no parece estar bien. Puedo sentirlo. De hecho, algo está mal. Muy, muy mal.

El corazón me da un vuelco al darme cuenta de que hay alguien más en mi despacho, y que está sentado en mi puta silla.

"Buenos días, Dash". Max Osborn, se gira de repente para mirarme con una sonrisa depredadora. "Espero que no te importe que me haya puesto cómodo, pero esta mañana me apetecía hablar contigo."

Capítulo 19

Dash

El solo hecho de verle por aquí me revuelve el estómago.

"¿Cómo has entrado?", escupo las palabras, controlando apenas mi ira.

Max se recuesta en el respaldo, disfrutando cada segundo. "Las ventajas de tener un amigo en cada puerto."

Repaso mentalmente la lista de guardias del turno de noche. Un par de nombres se encienden como luces de neón. Ya me ocuparé de ellos más tarde.

"Anoche os vi de nuevo juntos. Debo reconocer que hacéis buena pareja", dice Max, jugando con un bolígrafo de mi escritorio. "Nicole no era la chica indicada para mí. ¿Pero vosotros? Nunca lo debisteis haber dejado. Sois el uno para el otro. Es lo que charlaba anoche con tu actual chica."

Mi sangre se congela. "Has estado en la gala."

"¿No te lo ha dicho Lisa?"

El nombre de Lisa en su boca es como ácido en mis oídos. Doy un paso hacia él, mi cuerpo tenso como un cable de acero. Mantén su nombre fuera de tu puta boca, pienso, pero me contengo.

"¿Qué sabes de ella?", pregunto, mi voz peligrosamente baja.

Max sonríe, saboreando el momento. "Lo suficiente para estar intrigado."

Lenta y amenazadoramente, entre dientes, le advierto: "Te quiero lejos de ella."

"¿Qué pasa, Leister? Pareces sorprendido." Su risa resuena en la oficina. "Una vez más, te tengo cogido de las pelotas, ¿eh? A que se siente fatal..."

Aprieto los puños, mis nudillos blancos por la presión. Max continúa, implacable:

"Tu chica de papel parece bastante maja. No sé de dónde la has sacado pero creo que nos hemos caído bien. Seguro, no tiene la misma sofisticación que Nicole, pero creo que podría enseñarle un par de trucos para hacerla mejorar."

La puerta de la secretaría se abre de golpe. Brendan, mi asistente, me mira confundido y bastante alarmado.

"¿Todo bien, señor?"

Respiro hondo, forzando una calma que no siento. "Todo bien, Brendan. Puedes bajar, no te necesito. Tómate una hora para desayunar."

Pero él no se mueve, leal como siempre. Sé que está actuando como mi seguro, que mientras Brendan se encuentre aquí con nosotros no tendré vía libre para golpear a Osborn, que es lo que evidentemente el muy hijo de puta está buscando.

Me inclino sobre el escritorio, mirando al intruso directamente a los ojos. "Escúchame bien, Osborn, porque no te lo diré dos veces. Tú no me conoces realmente y te aseguro que no te gustará lo que veas cuando tus provocaciones den su fruto. Agradece que tengo la suficiente disciplina para no perder los estribos. Ahora quiero que muevas tu apestoso culo de mi edificio y que no regreses jamás."

Sin darle oportunidad de responder, me dirijo a la puerta de mi despacho y mantengo la puerta abierta. Max duda un instante, como midiendo sus opciones, pero finalmente se levanta. Al pasar junto a mí, me dedica una última sonrisa de suficiencia.

Le acompaño hasta el ascensor y, en cuanto las puertas se han cerrado, golpeo la pared con fuerza dejando marcado en el enmaderado mi puño ensangrentado. Oigo a Brendan contener la respiración. No es mi intención asustar al chico, pero es que necesitaba desahogarme de alguna manera.

Miro mi mano ensangrentada. Probablemente haya fracturado un nudillo o dos. Me da igual. Sé que, al contrario del alma, los huesos sanan con el tiempo.

Me dirijo al baño privado de mi oficina. Mientras dejo correr el agua por mi mano, lavando la sangre, me miro fijamente en el espejo. Mis ojos reflejan una determinación férrea.

"A partir de ahora", me prometo en voz baja, "ningún hombre se acercará a Lisa. No lo permitiré. Ella está en mi puta casa y en mi puta nómina. Y yo protejo lo mío."

El agua se tiñe de rojo, pero mi resolución es clara como el cristal. Max Osborn ha cometido un error fatal al volver a meterse conmigo. Y yo me aseguraré de que lo pague caro.

Capítulo 20

Lisa

Me despierto con una sonrisa de oreja a oreja al recordar donde estoy y, sobre todo, por qué estoy aquí.

Me desperezo estirándome como un gato perezoso en la cama king size de Dash. El sol se cuela por las cortinas, dibujando patrones en las sábanas de seda.

Los recuerdos de anoche inundan mi mente y siento un cosquilleo en el estómago. ¿Quién diría que el rey del hielo, el mismísimo Dash Leister, podría derretirse de esa manera? Aunque, pensándolo bien, tal vez yo debería cambiar mi nombre a "Lisa, la derrite-millonarios". Suena a un superpoder bastante útil, la verdad.

Me levanto de un salto, sintiéndome más viva que nunca. El apartamento está en silencio, lo que significa que mi compañero de piso/jefe/amante ocasional (¿cómo narices defino nuestra relación ahora?) ya se ha ido a la oficina. O al menos eso quiero creer. No me gustaría enterarme que luego de hacer el amor conmigo se ha sacado un billete de avión de ida a Kazajistán.

Mientras hago pis sentada en el váter privado de mi compañero de piso, decido que hoy es un día perfecto para explorar la ciudad. Después de todo, si voy a fingir ser la novia de un millonario, bien puedo actuar como una, ¿no?

Aún en el trono, cojo mi teléfono y marco el número del bueno de James, el chófer de Dash.

"Buenos días, señorita Lisa", la voz amable de James suena al otro lado de la línea. "¿En qué puedo ayudarla hoy?"

"James, mi salvador", exclamo dramáticamente. "¿Qué te parece si nos escapamos a por unas hamburguesas? Prometo no contarle a Dash que te secuestré".

La risa de James resuena en el teléfono. "Será un placer, señorita. De hecho, ¿ya ha ido al Haight-Ashbury?"

"Pues no", admito, sintiéndome como una turista ignorante. "Y a decir verdad, no sé ni qué es eso ni dónde queda. Pero suena estupendo. Cuenta conmigo".

"Oh, señorita Lisa, está usted de suerte. Le encantará. Es el corazón del movimiento hippie de San Francisco. Estaré allí en veinte minutos".

Cuelgo el teléfono y me lanzo al armario. ¿Qué se pone una para visitar el epicentro hippie? Después de revolver entre la ropa que traje conmigo, me decido por unos jeans

desgastados, una blusa holgada con estampado de flores y unas sandalias. Me miro al espejo y decido que parezco una mezcla entre una hippie de los 60's y alguien que acaba de salir de una sesión de yoga. Perfecto.

James llega puntual, como siempre, en el lujoso coche de Dash. Me deslizo en el asiento trasero, sintiéndome como una impostora.

"James, ¿no crees que este coche es un poco... ostentoso para ir al barrio hippie? ¡Pensarán que soy una capitalista infiltrada!"

James ríe mientras arranca el coche. "No se preocupe, señorita. En San Francisco, nadie le prestará atención. Aquí lo raro es ser normal".

Mientras nos alejamos del centro, James comienza a contarme la historia de Haight-Ashbury. Resulta que este barrio fue el epicentro del "Verano del Amor" en 1967, cuando miles de jóvenes llegaron a San Francisco en busca de paz, amor y rock and roll.

"Imagínese", dice James, sus ojos brillando en el espejo retrovisor, "las calles llenas de flores, música en cada esquina, gente vestida con colores brillantes y predicando sobre el amor libre".

"Vaya", respondo, fascinada. "Suenan como mi tipo de fiesta. Lástima que llegué unas décadas tarde".

Finalmente, llegamos a Haight Street y... ¡guau! Es como si hubiéramos viajado en el tiempo. Las aceras están llenas de tiendas vintage, librerías independientes y cafés con nombres como "Kamasutra" (muy sutil, chicos). La gente que camina por la calle parece salida de un festival de Woodstock perpetuo.

"James, esto es increíble", exclamo, pegada a la ventana como una niña en una tienda de dulces. "¿Podemos parar y caminar un poco?"

James encuentra un lugar para aparcar (lo que me parece un milagro en sí mismo) y comenzamos nuestro tour por Haight-Ashbury. Cada paso es una aventura. Pasamos frente a la antigua casa de Janis Joplin, y casi puedo oír su voz rasposa cantando "Piece of My Heart".

"Oye, James", le digo, señalando una tienda de ropa vintage, "¿crees que a Dash le gustaría que le comprara una camisa tie-dye? Ya sabes, para alegrarle un poco el guardarropa".

James tose, intentando disimular una carcajada. "Eh... quizás deberíamos seguir con nuestro tour, señorita".

Continuamos caminando y el aroma a incienso y la música étnica inunda mis sentidos. De repente, mi estómago gruñe, recordándome el propósito original de nuestra excursión.

"James, muero de hambre. ¿Dónde están esas hamburguesas que me prometiste?"

"Ah, señorita Lisa, tengo algo mejor en mente", dice James con una sonrisa misteriosa.

Me guía por unas cuantas calles más hasta que llegamos a un parque lleno de gente sentada en el césped. El aroma a comida me hace la boca agua.

"Bienvenida al Off the Grid", anuncia James con orgullo. "Es un festival de food trucks que se instala aquí cada semana. Podrá probar lo mejor de la comida callejera de San Francisco".

Mis ojos se abren como platos ante la variedad de opciones. Hay de todo: desde tacos de pescado hasta sushi burritos (¿eso existe?), pasando por pizzas artesanales y, sí, ¡también hamburguesas gourmet!

"James, eres mi héroe", declaro solemnemente. "Ahora, si me disculpas, voy a probar uno de cada".

Después de comprar una cantidad obscena de comida, nos sentamos en el césped. Para mi sorpresa, un grupo de músicos comienza a tocar cerca de nosotros. El sonido de guitarras acústicas y una armónica llena el aire.

"Amo a los hippies", suspiro contenta, mordiendo mi hamburguesa de tocino. "Pero es una raza en extinción. Solo en Frisco encuentras a los últimos sobrevivientes".

James me mira con una mezcla de diversión y horror. "Señorita Lisa, por favor, nunca llame a San Francisco 'Frisco' en público. Los locales lo odian".

Me atraganto con mi sánwich, riendo. "Oh, Dios. Gracias por salvarme de una muerte segura por lapidación hippie, James".

Mientras comemos, no puedo evitar maravillarme con todo lo que veo. Hay un grupo de chicos haciendo malabares con fuego (espero que tengan un buen seguro), una mujer pintando mandalas en el suelo con tiza de colores, e incluso un tipo vestido como un hada (alas incluidas) repartiendo flores a los transeúntes.

"James", le digo entre bocados de mi sushi burrito (que, por cierto, es una obra maestra culinaria), "¿crees que si me quedo aquí el tiempo suficiente, desarrollaré superpoderes hippies? Ya sabes, como la habilidad de tocar la guitarra instantáneamente o hacer que las flores crezcan con el poder de mi mente".

James ríe, sacudiendo la cabeza. "Señorita Lisa, creo que usted ya tiene suficiente carisma como para no necesitar superpoderes".

Después de nuestro festín, decidimos dar otro paseo. Es entonces cuando veo un puesto de artesanías que llama mi atención. Me acerco, fascinada por los colgantes hechos a mano. Uno en particular capta mi mirada: es un pequeño símbolo de paz hecho de plata, simple pero elegante.

"Es perfecto", murmuro, pensando en Dash. Quizás un poco de paz es exactamente lo que necesita en su vida. Lo compro sin pensarlo dos veces.

Mientras guardamos el colgante, no puedo evitar sonreír al pensar en Dash. Es extraño cómo se ha infiltrado en mi mente, como si hubiera hackeado mis pensamientos.

"Un centavo por tus pensamientos", dice James, sacándome de mi ensimismamiento.

"Oh, ya sabes", bromeo, "solo estaba planeando cómo convencer a Dash de que convierta Socialgram en una comuna hippie".

James ríe, pero luego me mira con una expresión seria. "El señor Leister es un buen hombre, ¿sabe? Tiene un corazón puro, de otra manera yo no trabajaría para él. Es el único millonario que me cae simpático y lo considero un amigo".

Me sorprende la sinceridad en su voz. "Vaya, James. Eso significa mucho viniendo de ti. Gracias".

"No sé si eso es garantía suficiente para usted, señorita", añade James con una sonrisa amable.

"Es reconfortante", respondo, sintiendo una calidez en el pecho. "Más de lo que crees".

Caminamos de regreso al coche, sin prisas, disfrutando del buen rollo general.

"James", digo mientras nos alejamos de Haight-Ashbury, "¿crees que podrías enseñarme más lugares como este? Ya sabes, el San Francisco real, no el de las postales".

"Será un placer, señorita Lisa", responde James con una sonrisa. "Aunque debo advertirle, una vez que se enamora de esta ciudad, no hay vuelta atrás".

Bueno, pienso para mí misma, parece que estoy en racha de enamoramientos peligrosos.

Subo al ático y me dejo caer en la tumbona de la terraza. Saco cuidadosamente el colgante que compré para Dash de su envoltorio cuqui. Lo miro por un momento, pensando en cómo dárselo. ¿Será demasiado? ¿Pensará que estoy cruzando alguna línea invisible?

Sacudo la cabeza, alejando esos pensamientos. Es solo un pequeño regalo, un gesto de agradecimiento por todo lo que ha hecho por mí. Nada más, nada menos. Al menos, eso es lo que me digo a mí misma.

Levanto la cabeza y trato de abarcar con la vista la ciudad que se extiende ante mí. En algún lugar ahí fuera está Dash, probablemente trabajando incluso en sábado. Tomo mi teléfono y, antes de poder pensarlo demasiado, le envío un mensaje:

"Hey, jefe. ¿Qué tal si te tomas un descanso y vienes a casa? Tengo una sorpresa para ti. Prometo que no es nada relacionado con trabajo ;)"

Miro el mensaje enviado, sintiendo una mezcla de emoción y nerviosismo. ¿Estoy siendo demasiado atrevida? ¿Demasiado familiar?

Pero antes de que pueda entrar en pánico, veo los tres puntitos que indican que Dash está escribiendo una respuesta.

"Estaré en casa en una hora. Espero que esa sorpresa valga la pena ;)"

Sonríó ante su respuesta, sintiendo un cosquilleo en el estómago.

Quizás James tiene razón. Tal vez Dash y yo nos complementamos bien después de

todo.

Tengo una hora para prepararme para la llegada de Dash. Cuando vuelve a vibrar el teléfono, doy un respingo sobresaltada. Por favor, me digo, que no sea Dash llamando para cancelar, pero salto de alegría al ver la fotografía de Amanda, aquella que nos tomamos a los diecisiete años comiendo un helado junto a Mickey Mouse en Disneyworld.

Cojo la llamada de inmediato. "¡¡Amndaaaa!! ¡Hay salseo!"

Capítulo 21

Lisa

"¡Lisa, que no entiendo nada! Habla pausado y, ¡por favor!, respira."

"Lo siento, es que no he podido hablarlo con nadie."

"¿Mi hermano te ha besado?", suelta de pronto.

Me sonrojo. "Más que eso."

"Se han... ¿acaramelado?"

"Podría decirse así, pero sería el eufemismo del año."

Amanda hace una pausa y puedo oír que ha aspirado todo el aire de su habitación. ¡Al fin se ha dado cuenta!

"Jo, te lo has follado..."

Hace una pausa tan larga que grito suplicante:

"¡Oye, que no ha sido mi culpa! ¿Me bloquearás por ello?"

Amanda se parte de la risa.

"¡No, qué va! Estoy flipando porque mi hermano ha roto su celibato por ti."

Me quedo tiesa.

"¿Celibato?"

"Dash era célibe hasta que llegaste tú."

Estoy confundida pero no quiero parecer más idiota de lo que soy.

"¿Quieres decir que Dash es virgen? Bueno... ¿que lo era hasta que llegué yo?"

Como si hubiera traspasado una mano mágicamente a través del móvil y le hubiera hecho cosquillas en la panza, Amanda lanza una carcajada sonora y rompe a reír hasta las lágrimas.

"¡Amanda! ¡No le veo la gracia!" protesto.

"Yo sí... se la veo toda... es que me parto... JAJAJA ¡Dash virgen!"

¿Pero qué le ha picado a esta? ¡Le he quitado la inocencia a un hombre y ella se parte de la risa! Debo esperar a que se calme para volver a oír su voz.

"Oye, Lisa, lo que más me gusta de ti es que siempre acabo a las risas. No, Dash no era virgen, no te preocupes por eso. En su caso, célibe significa que desde su última relación se ha abstenido de tener relaciones sexuales casuales."

Recordando lo que Dash me ha contado anoche acerca de Nicole hago un cálculo mental rápido.

"¿Quieres decir que no follaba hace año y medio?"

"Casi dos," me corrige Amanda.

"Madre mía. Con razón ha sido tan... salvaje."

"Oh no, Lisa, no quiero detalles. ¡Recuerda que estás hablando de mi hermano!"

"Vale, vale," río como una boba. "Es que no puedo creer que un tío tan bueno..."

"Justamente, que un tío como Dash haya tomado esa decisión debería darte una idea acerca de su carácter."

"Ya, tienes toda la razón. Ahora puedo entender cómo Socialgram creció tan rápido."

"Claro, en su trabajo es donde volcó toda su libido. Es por eso que no me ha perdonado que le insista en romper su celibato. Se había vuelto demasiado agresivo en sus objetivos, pero también en sus medios para conseguirlos. Y cuando eres tan agresivo en los negocios, naturalmente acumulas enemigos."

Una vez más me quedo pasmada mirando el móvil con incredulidad.

"¿Me dices que tu hermano te dio la patada de Socialgram por insistirle en que debía volver a follar?"

"Espera un minuto. ¿Cómo sabes que fue él quien me echó?"

Ups, acabo de meter la pata. Pero no tiene sentido que le mienta a mi mejor amiga. Venga, a estrellarnos estilo kamikaze.

"Lo descubrí por fisgona. Tu hermano jamás me lo ha mencionado directamente."

Amanda ríe de buena gana.

"Vale, vale, había olvidado que tienes el olfato de un sabueso."

"Cuidao que muerdo. ¡Arf, arf!"

Amanda se descojona.

"Lisa, ¡estás como una cabra!"

Sonrío. "Vive todo un zoológico en mí."

Pero entonces oigo la puerta. Unos pasos que entran en el vestíbulo y arrojan algo pesado (el abrigo y las llaves) sobre la mesilla.

"¡Es Dash! Debo irme", susurro al auricular. "Te quiero mucho, Mandy. ¡Deséame suerte!"

"Te adoro, Lisa, pero las chicas locas como tú no necesitan suerte."

Capítulo 22

Dash

Cuando llego a casa, la tensión aún palpita en mis sienes, como si la cabeza fuera a estallarme. El sonido de tacones me alerta de la presencia de Lisa e instintivamente escondo mi mano herida. Alzo mis ojos y la veo bajar las escaleras con esa gracia despreocupada tan suya y con una sonrisa juguetona en sus labios.

“Hola, jefe, ¿te echaba de menos!,” exclama con su voz cantarina.

No respondo. Desvío la mirada al suelo cuando ella alarga su cuello para besarme la mejilla. No puedo evitar rodearla con un brazo y traerla hacia mí. Es automático. La cercanía de Lisa enciende algo primario en mí. Con la otra mano me quito la corbata con un movimiento fluido, mis ojos ahora fijos en los suyos. Puedo ver cómo la sorpresa y el deseo se mezclan en su mirada.

Suavemente la empujo contra la pared, levanto sus brazos y ato sus muñecas usando mi corbata de seda. Ella gime y abre sus grandes ojos de bambi cuando tiro con fuerza del nudo. Su respiración se acelera, pero no protesta. Bien.

La beso con fuerza, casi con rabia. Necesito esto. Necesito perder el control, aunque sea por un momento. Mis manos recorren su cuerpo, memorizando cada curva. La levanto, sus piernas se enredan en mi cintura. Y entonces, sin más preámbulos, entro en ella de un empuellón, provocando que grite de placer contra mi cuello.

Es rápido, intenso, casi violento. Lisa clava sus uñas en mi espalda mientras se desgañita. Probablemente uno o dos vecinos llamarán a la policía. No me importa. Me derramo en ella sin contemplaciones, sintiendo la descarga como un choque eléctrico. Sus piernas tiemblan a mi alrededor. Mis músculos se relajan y es como si la presión que atenazaba mi cabeza por fin cediera.

Exactamente lo que necesitaba.

Después, mientras recuperamos el aliento, la culpa comienza a invadirme. ¿Qué estoy haciendo? Esto no es un juego. Hay demasiado en juego. Mi empresa, mi legado. No puedo dejar que mi necesidad... que esta puñetera calentura lo arruine todo.

Me aparto de Lisa, desatando sus manos y arrojando la corbata a la mesita, mientras nos sentamos en uno de los sofás. Lo que ahora necesito es enfriar mi cabeza.

"Tenemos que hablar", digo, mi voz recuperando su tono habitual de negocios. "He arreglado encuentros con cada miembro del consejo de administración. Ya ha acabado nuestra entrada en calor. Es hora de jugar fuerte. Tendremos que convencerles de que

somos la pareja perfecta."

Lisa me mira, aún jadeante. "¿Más misiones?"

"Esta vez serán casi imposibles", advierto mirándola directamente a los ojos. "A esta gente no le gusto, no se lo tragarán tan fácilmente."

"Oh, yo haré que caigan rendidos a tus pies", dice ella sonriendo con confianza. Ante mi expresión escéptica, añade: "¿Acaso lo dudas?" Y con las yemas de sus dedos dibuja un corazón en mi pecho bajo la camisa abierta.

Reprimo un escalofrío. No puedo dejar que me afecte de esta manera. "Que lo hayamos hecho un par de veces no significa que seamos una pareja", digo con frialdad. "Los del consejo deben asegurarse de que tú eres más que un polvo. Que eres material para formar una familia, ¿comprendes?"

Veo cómo mis palabras la hieren, pero se recupera rápidamente. "¡Soy una gran candidata, para ti y para cualquiera!", ofendida alza la cabeza y se cruza de brazos sin quitarme la vista de encima.

"Eso se lo tienes que vender a ellos", respondo, manteniendo mi fachada de indiferencia.

Lisa sonríe, coqueta. "Porque tú ya lo has comprado, ¿verdad?"

Levanto una ceja, forzándome a mantener la compostura. "Yo no le compro todo el pescado a nadie", siseo fríamente, "y eso te incluye a ti. Ahora ve a tu habitación, que necesito estar solo y pensar."

Es evidente que mis palabras la destrozan. Por un momento, creo que va a protestar, a pelear. Pero al cabo de un momento simplemente asiente, se levanta y se marcha en dirección a su habitación.

Al oír que su puerta se cierra de un portazo, suelto un taco y me maldigo por ser tan borde. Pero sé que esto es lo correcto.

Debo recuperar terreno. No puedo permitir que todo se vaya a la mierda. ¿Qué pasaría si ella desarrolla sentimientos hacia mí? Cuando hay emociones de por medio las cosas siempre se vuelven inmanejables y peligrosas. Tú lo sabes. Lisa es una debilidad que puedo permitirme de momento, mientras esté bajo mi contrato, mientras viva bajo mi techo. Pero cuando todo esto pase y vuelva a estar confirmado como CEO de mi empresa, no debería quedar nada entre nosotros.

Tras unas cuantas horas de barajar mis opciones me acuesto solo en mi cama, agotado, y no puedo evitar sentir que algo falta.

Maldita sea, Lisa. ¿Qué me estás haciendo?

Capítulo 23

Lisa

"¿Dónde narices estás, Dash?" susurro en voz alta, mientras me recojo el pelo en una coleta y preparo mi bolso para salir.

Han pasado varios días sin verle. Si esto fuera una película romántica deberíamos habernos pasado todo el rato follando como conejos en un montaje erótico al ritmo de la música principal. Pero las cosas han sido bastante menos emocionantes, debo confesar.

Llevo bastante prisa porque el avión de mi madre ya debe de estar entrando en el aeropuerto.

Sí, Teresa Martínez, o el Tornado Teresa para los amigos, aterriza hoy en San Francisco, y ya hay reportes de evacuación.

Suspiro porque finalmente se ha salido con la suya y ha decidido venir a "rescatarme" después de ver las noticias sobre su querida hija en la televisión.

Porque claro, ver a tu retoño besándose con un millonario es motivo suficiente para cruzar el país. Lógica maternal en su máxima expresión.

Dash me ha dado el visto bueno para traerla, pero eso fue lo último que supe de él. Ahora ni siquiera responde a mis mensajes. Me siento otra vez ese fantasma de lujo que deambula como alma en pena por el ático.

Por suerte, ha estado James. El chófer se ha convertido durante los últimos días en mi ángel de la guarda motorizado. Me ha llevado y traído, acarreando conmigo por toda la ciudad cada vez que he necesitado algo. Hoy no es la excepción: me espera abajo para llevarme al aeropuerto.

Miro mi reflejo en el espejo antes de salir y suspiro. "Qué bien me vendría un chute de café intravenoso".

"¡James!" exclamo al verle, "¿Listo para conocer al tornado Teresa?"

Él sonrío, abriendo la puerta del coche. "Siempre listo para una aventura, señorita Lisa."

"Oh, créeme, 'aventura' es quedarse corto", murmuro mientras me deslizo en el asiento.

El trayecto al aeropuerto es una mezcla de nervios y risas. Le cuento a James algunas anécdotas sobre mi madre, como aquella vez que decidió que criar gallinas en el patio

trasero era una buena idea. Spoiler: no lo fue. Terminamos con plumas por toda la casa y huevos escondidos en los lugares más insospechados durante semanas.

Llegamos justo a tiempo. Veo a mi madre salir por la puerta de llegadas, con su maleta rosa chillón y un sombrero que parece sacado de "Lo que el viento se llevó".

"¡Mamá!" grito, agitando los brazos como si estuviera dirigiendo el tráfico aéreo.

"¡Mi niña!" exclama ella, corriendo hacia mí con la gracia de un pato en patines. Nos fundimos en un abrazo que amenaza con romperme las costillas. "¡Ay, mi Lisa! ¿Qué te han hecho estos yanquis? ¡Estás más flaca que un espárrago!"

"Mamá, por favor", murmuro, sintiendo cómo el rubor trepa por mi cuello. "Estoy bien, nadie me ha hecho nada."

Teresa me estudia como si fuera un espécimen raro en un museo. "Hmm, ya veremos. ¿Y dónde está ese millonario tuyo? ¿Es que no tiene modales?"

"Dash está... ocupado", improviso. "Tiene una empresa que dirigir, ¿sabes?"

"Bah, excusas", resopla ella. "En mis tiempos, los hombres sabían cómo tratar a una dama."

James, bendito sea, interviene en ese momento. "Señora Martinez, permítame ayudarla con su equipaje."

Mi madre le mira de arriba abajo, ajustándose las gafas. "Vaya, vaya, ¿y quién es este galán?"

"Es James, mamá. El chófer de Dash. Por favor no me avergüences", le pido juntando las manos en señal de ruego.

"¿Chófer? ¡Jesús, María y José! ¿En qué mundo vivo? ¿Ahora los chóferes parecen modelos de Calvin Klein?"

"¡Mamá!" exclamo, mortificada.

James, por su parte, parece estar disfrutando enormemente de la situación.

El viaje de vuelta al ático es una experiencia... única. Mi madre comenta absolutamente todo lo que ve por la ventanilla, como si estuviera narrando un documental del National Geographic.

"¿Y aquello qué es? ¿Un edificio o una nave espacial?" pregunta, señalando el Transamerica Pyramid.

"Es un rascacielos, mamá. Bienvenida al siglo XXI."

"Pues a mí me parece una locura. ¿Dónde están los caballos? ¿Las gallinas? ¿Es que nadie tiene animales por aquí?"

Pongo los ojos en blanco. "Ay, mamá, no me avergüences frente a James. Aquí puedes ir al supermercado y encontrar lo que sea. Estamos en una gran ciudad, ¿sabes?"

"No me trates de vieja anticuada", se queja ella. "Puedo ser más moderna que tú. ¿O acaso crees que vine en burro hasta aquí?"

"¿Ah, sí, tan moderna te crees? ¿Y por qué entonces te ha bajado la presión al verme en la tele?"

"¡Porque dicen cosas de ti que no son ciertas! ¡Cosas de los Martínez que se han sacado de los...!"

"¡Mamá!" la interrumpo antes de que suelte una barbaridad. "No digas groserías delante de James."

Teresa estudia a James a través de sus anteojos. "Pues se ve bastante mayorcito para asustarse de un taco."

James, el santo, se limita a sonreír diplomáticamente por el retrovisor.

Finalmente llegamos al edificio de Dash. Mi madre se queda boquiabierta.

"¡Virgen santísima! ¿Aquí es donde vives? ¿Estás segura de que no te has equivocado de dirección?"

"No, mamá. Bienvenida a mi nueva vida."

"Espero que hayas escarmentado de la anterior..."

"¡Mamá!"

Subimos en el ascensor, y Teresa, por supuesto, no puede quedarse callada y no para de hacer comentarios sobre lo lujoso que es todo. Cuando llegamos al ático, creo que está a punto de desmayarse.

"¡Dios mío, Lisa! ¿Vivir aquí es legal? Dime que ese Dash no está cometiendo ningún crimen."

No puedo evitar reír y la abrazo. "Somos dos pistoleros, mamá. ¡Yo soy Bonnie y él es Clyde! Toma, toma", hago como que le disparo.

"Oh, vamos, Lisa, sigues igual que siempre. Nunca se puede hablar en serio contigo", dice ella, pero noto la sonrisa en su voz.

Le doy un tour por el ático, y su asombro va en aumento con cada habitación que visita.

"¿Esta es la cocina? ¡Pero si es más grande que nuestra casa entera!"

"Exageras, mamá."

"Y ese baño... ¡Jesús! Podrías dar una fiesta ahí dentro."

"Por favor, no le des ideas a Dash", bromeo.

Finalmente llegamos a la terraza. Mi madre se queda sin palabras por primera vez en su vida al ver la vista panorámica de la bahía.

"Esto es hermoso", susurra maravillada.

"Lo sé", sonrío y le echo los brazos encima. "Te he echado tanto de menos, mamá. ¿Quieres una limonada?"

Nos sentamos en la terraza, disfrutando de las vistas y del refresco. Mi madre me mira con una mezcla de orgullo y preocupación.

"Lisa, cariño... ¿eres feliz aquí?"

La pregunta me pillta por sorpresa. "Yo... sí, creo que sí."

"¿Crees?"

Suspiro. "Es complicado, mamá. Todo ha pasado tan rápido..."

"Y ese Dash... ¿te trata bien?"

Pienso en Dash, en su mirada penetrante, en cómo me hace sentir cuando estamos juntos. Pero también en el contrato que me ata a él, en su actitud fría y en la distancia que ha impuesto entre nosotros. "Sí, mamá. Es... diferente a cualquier hombre que haya conocido."

Mi madre levanta un dedo a manera de advertencia. "Bueno, eso espero. Porque si no, tendrá que vérselas conmigo. Nadie se mete con una Martínez y sale ileso."

No puedo evitar reír. "Oh, mamá, suenas a la dama de la mafia. Te quiero, ¿lo sabes?"

"Y yo a ti, mi niña. Aunque a veces me vuelvas loca."

En ese momento siento la vibración del móvil y mi corazón da un vuelco al ver el nombre de Dash en la pantalla.

"Esta noche tenemos planes", dice el mensaje.

Estoy a punto de escribir "Vete a la mierda" pero en cambio me detengo y miro a mi madre, que está absorta contemplando el horizonte.

"¿Todo bien, cariño?" pregunta ella, notando mi expresión de preocupación.

"Sí, mamá. Todo... perfecto", respondo, tratando de ocultar mi nerviosismo.

"¿Sabes, Lisa?" dice ella con una gran sonrisa. "Siempre supe que subirías muy alto. Aunque, he de admitir, no me imaginaba que sería tan... literal", añade, señalando con la mano la vista panorámica.

Beso su mejilla, agradecida por el cumplido. "Bueno, ya sabes lo que dicen: ve a por lo grande o vete a casa."

"Hablando de ir a por lo grande", dice ella, mirándome con una chispa de curiosidad en sus ojos, "¿cuándo voy a conocer oficialmente al famoso Dash?"

Oh, oh. Cuando a esta mujer se le pone algo entre ceja y ceja...

"Eh... bueno, es complicado, mamá. Su agenda es una locura y..."

Mi madre me coge de la mano como hace siempre que pierde la paciencia. "Lisa María

Martínez", oh no, el nombre completo, ahora sí que estoy en problemas. "No me vengas con excusas. Si ese hombre tiene tiempo para besuquearte frente a las cámaras, seguro que tendrá unos minutos para conocer a su futura suegra."

Casi me atraganto con la limonada. "¡Mamá! No te adelantes tanto. Apenas nos conocemos."

"Pues por lo que vi en la televisión, se conocen bastante bien", dice con una sonrisa pícaro.

"¡Mamá!" exclamo, sintiendo cómo el rubor sube por mis mejillas. "Eso fue... fue..."

"¿Un momento de pasión desenfrenada?" sugiere ella, alzando una ceja.

"¡No! Bueno, sí... ¡No! Es complicado", balbuceo, sintiéndome como una adolescente atrapada en una mentira.

Mi madre me mira con esa expresión que solo las madres pueden lograr, una mezcla de diversión y sospecha. "Lisa, cariño, ¿hay algo que quieras contarme?"

Por un momento, considero contarle toda la verdad. Sobre el acuerdo, sobre la farsa, sobre cómo todo esto parece haberse salido de control para ambos. Pero no puedo hablar de nada de eso. Al menos, no por ahora.

"Es... todo tan reciente. Ha sido un cambio muy grande. Apenas estoy tratando de adaptarme a esta nueva vida."

Mi madre asiente, su expresión suavizándose. "Lo entiendo, cariño. Es mucho para procesar. Pero recuerda, no importa cuán alto vuelas o cuán lujoso sea el nido que construyas, siempre serás mi pequeña Lisa, mi polluelo."

Sus palabras me conmueven más de lo que esperaba. Realmente lo necesitaba, pues han sido semanas muy difíciles. La abrazo emocionada. "Gracias, mamá."

Me mira con picardía, sus grandes ojos negros sonriendo.

"Bueno", dice mi madre, apartándose y dando una palmada, "¿qué tal si me muestras dónde voy a dormir? Espero que ese novio tuyo no haya escatimado en la habitación de invitados."

Río, aliviada por el cambio de tema. "Oh, créeme, no lo ha hecho. Ven, te va a encantar."

Mientras la guío de vuelta al interior del ático, no puedo evitar pensar en el mensaje de Dash. ¿Qué planes tendrá para esta noche? No es justo que entre y salga de mi vida según le plazca. Soy su empleada, no su esclava. Además, no puede ser indiferente a lo que ha sucedido entre nosotros. ¿O sí? ¿Qué tal si no le importo ni un poco? ¡Sería el rey de los capullos! Hay cosas que no se pueden fingir. Al menos yo no podría. Y mi intuición me dice que él tampoco puede. Pero, ¿y si me equivoco? No sería la primera vez. ¿Cómo haré entonces para continuar con la farsa y no odiarle?

"¿Lisa? ¿Estás bien? Te has quedado como ida."

"Sí, sí, estoy bien, mamá", respondo rápidamente. "Solo pensaba en... en lo mucho que has viajado hoy. Debes estar cansada."

"¿Cansada? ¡Ja! Los Martínez no nos cansamos, nos recargamos. Aunque", añade con un guiño, "no me vendría mal una siestecita en una de esas camas de lujo."

Sonrío, agradecida por la oportunidad. "Claro, mamá. Descansa un poco. Yo tengo que... hacer algunas cosas."

Mi madre me mira con suspicacia, pero no dice nada. La dejo en la habitación de invitados, que es más grande que mi antiguo apartamento entero, y me dirijo a mi habitación.

Una vez sola, cojo el móvil y miro de nuevo el mensaje de Dash. "Esta noche tenemos planes." Tan críptico como siempre. Respiro hondo y esta vez decido responder.

"Genial. ¿Alguna pista sobre qué debo ponerme? Oh, y por cierto, ¿recuerdas que mencioné que mi madre vendría? Pues... sorpresa, está aquí."

Envío el mensaje y espero, mi corazón latiendo como si hubiera corrido un maratón. Unos segundos después, mi teléfono vibra.

"Ponte algo elegante. Tu madre puede venir con nosotros, si lo desea. Pasaré a las 8."

Leo el mensaje varias veces y me da risa al pensar cómo hará Dash para lidiar con dos Martínez juntas.

Capítulo 24

Dash

El sol de la tarde se filtra por los ventanales de mi oficina, proyectando sombras alargadas sobre los planos y documentos esparcidos por mi escritorio. Froto mis ojos cansados y me recuesto en la silla, permitiéndome un momento de reflexión.

"James," llamo, "¿alguna novedad sobre Lisa?"

"Todo en orden, señor. Acabo de dejarla en el ático con su madre."

"Bien. Gracias por cuidarla."

"Es un honor, señor."

Corto la comunicación y levanto la vista al mar de luces que comienzan a encenderse en los edificios a medida que el día da paso a la noche.

Le he dado instrucciones a James para que esté alerta. No debe dejar que Lisa salga sola. Siempre debe acompañarla y llamarla cada cierto tiempo para comprobar si necesita algo. La compra, una urgencia, un paseo por el centro comercial. Lo que sea que desee hacer, allí debe haber alguien de mi confianza para acompañarla.

No confío ni en mi propia sombra, es verdad. Excepto en James. Él es la excepción a la regla de que la humanidad es una mierda pinchada en un palo... Bueno, él y Amanda Amanda... una punzada de culpabilidad me atraviesa al pensar en ella.

No debí haber sido tan duro con ella. Pero mi conciencia está tranquila porque lo que he hecho, lo hecho por su futuro.

Su sueño no era ser la jefa de Relaciones Públicas de Socialgram. Desde niña siempre ha soñado con ser una artista. Y tiene el talento que la respalda. Prefiero que mi hermana esté lejos luchando por cumplir sus sueños, que cerca de mí pero infeliz, perdiendo su tiempo en una carrera profesional que no buscó y que no la llena.

Mis pensamientos inevitablemente se desvían hacia Lisa. Si el mundo es una mierda, ¿dónde queda ella?

Suspiro porque esto es difícil.

Durante mi viaje a China he tenido tiempo de sobra para pensar. Asistir personalmente a una reunión en el otro extremo del mundo ha sido la única manera que he encontrado de ganar algo de perspectiva en todo este lío.

Agradezco que Lisa haya llegado a mi vida y que me haya demostrado que mis días como célibe necesitan acabar. Ya no puedo evitar la realidad: follar no es optativo. Necesito una mujer para funcionar bien mentalmente. Pero esa mujer no puede ser ella.

Lisa no es para mí, nunca lo ha sido. Somos demasiado diferentes. Sé que sufriría demasiado junto a alguien como yo.

Pero podemos hacer un buen equipo, y montar esta farsa como Dios manda.

El viaje en ascensor hasta el ático parece interminable. Cuando finalmente las puertas se abren, no estoy preparado para lo que me espera.

Una mujer de unos sesenta años con el cabello muy negro y unas gafas de marco rosa se abalanza sobre mí y me estudia desde abajo como si fuera un bicho raro.

"¡Lisa!" exclama la mujer, girándose hacia el interior del apartamento. "¡Es demasiado alto para ti!"

Parpadeo, momentáneamente desconcertado. Tardo unos momentos en caer en la cuenta de que esta señora tan 'simpática' debe ser la madre de Lisa. Joder, lo que me faltaba. Recupero la compostura rápidamente y tiendo mi mano hacia ella.

"Dash Leister," me presento, esbozando mi mejor sonrisa. "Encantado de conocerla, señora Martinez."

La mujer me estrecha la mano en silencio mientras me examina con curiosidad. Antes de que pueda decir nada más, Lisa aparece corriendo descalza, con el pelo recogido, la cara a medio maquillar y el vestido de tirantes a medio abrochar.

"Oh, lo siento, Dash," dice, un poco avergonzada. "Supongo que ya has conocido a mi madre."

Nuestras miradas se encuentran y, por un momento, todo lo demás desaparece. Disimuladamente Lisa señala con sus ojos en dirección a su madre, como pidiéndome perdón por adelantado.

"Si quieres picar algo, he preparado unos crispy tacos. Receta familiar. Y por cierto, soy Teresa, tu suegra, espero que no me decepciones." La señora Martinez me da un último repaso de arriba abajo antes de enfilar hacia la cocina.

"¡Mamá!" grita Lisa y luego me mira con expresión mortificada. "Puedo pedirle que vaya a un hotel" susurra, acercándose a mí.

"No es necesario" respondo. "El ático es lo bastante grande."

"¿Entonces te ha caído bien?"

"Digamos que me ha resultado una mujer... interesante," respondo con diplomacia.

Lisa suelta una risita. "Ya, ya, traducido: una tocacojones."

No puedo evitar sonreír. "Solo espero no decepcionarla."

"Por cómo te ha mirado, se diría que la has impresionado bastante." Tras dedicarme una sonrisa Lisa se da la vuelta ofreciéndome su espalda. "Me subes el cierre, ¿porfi?"

Su espalda delicada y bronceada es una delicia a la vista. Trago saliva y me pego a ella hasta sentir su calor. Mientras subo el cierre, mis dedos rozan su piel suave. Lisa da un respingo y se gira para mirarme. La miro fijamente, permitiéndome disfrutar del momento. Mierda, no hace diez minutos que estoy junto a ella y ya estoy... reaccionando. Debo controlarme.

Tras acabar de subir el cierre doy un paso atrás, pero Lisa gime suavemente: "Te he echado de menos, ¿sabes?"

Su voz, cargada de una emoción que no me atrevo a nombrar, me golpea como una ola. Estoy a punto de responder cuando la señora Martínez vuelve a salir de la cocina con una bandeja enorme de comida, interrumpiendo el momento. Por suerte. O por desgracia. Ya ni siquiera estoy seguro.

"Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma. Aquí tienes comida de verdad," dice obligándome a coger unos tacos y unas fajitas. "Venga, a probar todo, no vayas a ponerte anémico."

Lisa estalla en una carcajada. "Ay mamá, qué cosas dices. ¿Acaso no le has visto? Mi amorcito está más fuerte que un toro." Me coge de la mano y le da un bocado a mi taco. Luego cierra los ojos y acerca su boca a la mía. Al ver que no la beso abre sus ojos impacientes y me indica con la mirada que la bese. Joder, ¿ahora resulta que debo fingir también frente a su madre?

La beso y ella sonrío. "Lo estás haciendo perfecto," susurra contra mis labios y yo no puedo evitar empalmarme. Solo espero que la señora Martínez no se dé cuenta de ello.

Mientras me siento a comer en la mesa de la cocina, Lisa y su madre suben para terminar de arreglarse.

Cuando vuelven a bajar, las recibo con un silbido de admiración. "Vaya, estáis las dos espléndidas."

"Gracias, joven" dice Teresa sonrojándose.

"¿Listas señoritas?" Me pongo en pie y abro los brazos para que puedan cogerse de mí. Lisa abre sus ojos como platos al ver que su madre me coge del brazo al instante. Lisa, a su vez, se cuelga de mi brazo derecho. Al instante su contacto envía una corriente eléctrica por todo mi cuerpo. Intento ignorar la sensación.

En el ascensor, Teresa no para de hablar. "Ay, Dash, qué emoción. Hace años que no salgo así. ¿A dónde vamos? ¿Es muy elegante? ¡Espero estar a la altura!"

Sonrío, genuinamente divertido por su entusiasmo. "No se preocupe, señora Martínez. Luce deslumbrante, ahora puedo ver que Lisa tiene a quien salir."

Lisa me mira, una mezcla de sorpresa y gratitud en sus ojos. Articula un "gracias" silencioso. Le guiño un ojo en respuesta.

James ha traído la limusina del taller y brilla como recién salida de fábrica. Al verla, a Teresa casi le da algo y, una vez dentro del coche, no para de jugar con las botoneras como si fuera una niña en un parque de diversiones.

El viaje en limusina es un espectáculo en sí mismo, y me alegro que tanto madre como hija estén disfrutándolo así.

También yo necesito disfrutar un poco. Me prometo que esta noche desconectaré. No pensaré en los días ajetreados que tengo por delante, en las reuniones interminables, en las decisiones que podrían hacer o deshacer el futuro de Socialgram. No. Esta noche es para mí. Y para ellas.

"¡Madre mía!" exclama Teresa sacando la cabeza por la ventanilla. "¡Esto sí que es vivir como una reina!"

Alarmada Lisa coge a su madre y la vuelve a meter dentro. "Mamá, por favor, que hacer eso es peligroso."

Decido intervenir. "Señora Martínez, ¿le gustaría una copa de champán?"

"¡Oh, sí, por favor!" responde ella, emocionada. "Y llámame Teresa, cariño. Después de todo, pronto seremos familia, ¿no?"

Lisa se atraganta con su propia saliva y yo casi derramo el champán. Nos miramos, ambos en pánico.

"Mamá," dice Lisa entre dientes, "es un poco pronto para eso, ¿no crees?"

Teresa agita la mano, desestimando el comentario. "Tonterías. Cuando es amor verdadero, se sabe cómo acabará el cuento."

El resto del viaje transcurre entre anécdotas vergonzosas de la infancia de Lisa (que escucho con más interés del que debería) y preguntas indiscretas de Teresa sobre mis intenciones con su hija (que esquivo con la habilidad de un político experimentado).

Finalmente, llegamos a nuestro destino. Ayudo a ambas mujeres a salir del coche y me quedo junto a ellas observando sus reacciones.

"¡Dios mío!" exclama Teresa. "Es como en las películas. ¿Es eso...?"

"El puente Golden Gate," confirmo. "Y aquel sitio allí arriba es nuestro restaurante para esta noche."

Frente a nosotros se alza un elegante edificio con vistas panorámicas al puente y a la bahía. Las luces de la ciudad se reflejan en el agua, creando un espectáculo deslumbrante.

"Dash," susurra Lisa, agarrando mi brazo. "Esto es... guau."

Sonrío, satisfecho por su reacción. "Solo lo mejor para ustedes."

Antes de entrar, Lisa me dice en un aparte.

"¿Estamos actuando? ¿Esto está dentro o fuera del contrato?"

La miro y alzo una ceja.

"¿Tú qué crees?"

Lisa parece cortarse, me mira con sus grandes ojos de bambi brillando con desilusión. "Ya, lo siento. A veces soy así de tonta."

Sonrío para mis adentros. Tampoco yo lo sé. Pero no pienso confesarlo.

El maître nos recibe en la entrada. "Señor Leister, su mesa está lista."

Nos guía hasta una mesa privada junto a los ventanales donde la vista es más espectacular.

La cena transcurre entre risas y conversación. Teresa resulta ser una narradora excepcional, manteniendo la mesa entretenida con historias de su pueblo y de la infancia de Lisa. Por su parte, Lisa parece relajarse más y más a medida que avanza la noche.

Entre plato y plato, nuestras miradas se encuentran. Ella parece esperar algo de mí

Cuando llega el postre, decido que es momento de poner en marcha la siguiente fase de la noche.

Aquí empieza la función.

"Señoras," digo, poniéndome de pie. "Si me disculpan un momento."

Camino en dirección a los aseos, pero sigo de largo y tras doblar en un recodo empujo la puerta de emergencias que lleva al exterior. A unos metros, en el parking, encuentro a James caminando de un lado a otro nervioso. "Aún no ha llegado, señor."

"Mierda."

"¿Cree que aún vendrá?"

Miro mi reloj. "Tenía entendido que celebraría su cumpleaños aquí. Oh bueno, supongo que tendré que ir directo a su guarida. El muy hijoputa es escurridizo."

James sonríe.

"¿Qué pasa ahora?"

"Lo veo feliz, señor."

"¿Tú me ves feliz a mí? Eso significa que no ves bien. Te pediré cita con el oculista."

Antes de regresar al restaurante le devuelvo la sonrisa señalando con el mentón en dirección a la mesa donde Lisa y su madre aguardan por mí.

"Creo que deberías acompañarnos."

James abre sus ojos con sorpresa.

"Venga, no seas tímido." Tiró de su brazo. "Ninguna cena familiar está completa sin el tío loco."

James ríe de buena gana y, tras activar la alarma del coche, me sigue al interior del restaurante.

Capítulo 25

Lisa

Vaya nohecita. Ha sido estupenda, sí, pero cada vez entiendo menos mi "trabajo". O lo que sea que esté haciendo aquí.

Tenía la esperanza de poder hablar con Dash luego de que mi madre se acostara, pero el muy listillo me ha ganado de mano y se ha excusado temprano para encerrarse en su habitación.

Afino mis oídos como un perro cazador, intentando captar el sonido del motor de la cinta de correr. Nada. Silencio total. ¿Se habrá dormido?

Mi madre finalmente se rinde ante el cansancio y los tacones asesinos que no se ha negado a quitarse en toda la noche. "Me voy a ver algo de tele a la habitación", anuncia, con esa voz que usaba cuando yo era pequeña y era hora de ir a la cama.

"De acuerdo, mami. Te amo." Sí, a veces soy una cursi. Demándame.

En cuanto escucho la puerta de su habitación cerrarse, mi cerebro entra en modo ninja. Es ahora o nunca. Me deslizo por el pasillo como si estuviera en una película de espías, aunque con este pijama probablemente me parezco más a Bob Esponja.

La puerta de la habitación de Dash está entreabierta. ¿Es una invitación o una trampa? Solo hay una forma de averiguarlo. Respiro hondo y me cuelo dentro.

Y ahí está él... profundamente dormido.

Verle tan vulnerable y relajado, hace que mi corazón dé un vuelco. Sus pestañas espesas, su boca ligeramente entreabierta, y su pecho que sube y baja con un ritmo hipnótico.

Conteniendo la respiración y con mucho cuidado de no despertarle, me acuesto a su lado. Muerdo mis labios cuando el colchón se hunde ligeramente bajo mi peso, pero Dash ni se inmuta.

Oh Dios. Podría estar años viéndole dormir así. Es como contemplar una obra de arte, solo que esta respira y, ocasionalmente, emite pequeños ronquidos adorables.

Estoy tan cómoda a su lado que me entreduerdo. Debo forzarle a abrir los ojos para no hacerlo, pero entonces algo cambia. El rostro de Dash se contrae, sus manos se crispan sobre las sábanas. Empieza a agitarse, murmurando palabras incomprensibles. Sin duda, una pesadilla.

Mi estómago se retuerce al verle así. Su frente está perlada de sudor, sus labios se mueven frenéticamente, formando palabras silenciosas. Todo su cuerpo está en tensión, como si estuviera luchando contra un enemigo invisible.

"Dash", susurro, poniendo una mano sobre su hombro, pero él no reacciona. "Dash, despierta", intento de nuevo, esta vez un poco más fuerte.

Nada. Está atrapado en su pesadilla y no puedo alcanzarle. La desesperación se apodera de mí. Mi corazón late tan fuerte que puedo oírlo en mis oídos.

"¡Dash, mi amor!", exclamo, sacudiéndolo con más fuerza de la que pretendía.

Sus ojos se abren de golpe, y un grito desgarrador escapa de su garganta. Es un sonido que me hiela la sangre, lleno de terror y angustia.

Instintivamente, me inclino para besarle, intentando desesperadamente anclarle a la realidad. Pero él me aparta con brusquedad, sus ojos aún desenfocados, sin reconocirme.

Poco a poco, la confusión en su mirada se disipa, pero en su lugar hay una máscara de frialdad que hace que mi corazón se contraiga.

"¿Qué mierda haces tú aquí?", espeta, su voz ronca y cortante.

Trago saliva, sintiendo como si acabara de recibir un puñetazo en el estómago. "Yo... esto... Solo quería hacerte compañía."

Odio lo pequeña que suena mi voz.

"No necesito a nadie", gruñe. "¡Sal fuera!"

"Pero estaba preocupada por ti", insisto, mi voz temblando ligeramente.

"Solo ha sido un mal sueño", dice. Un movimiento de su mano deja claro que la conversación ha terminado. "Ahora vete."

Salgo de su habitación con el corazón pesado y el orgullo herido. Mis pies descalzos se dan prisa por salir, pero mi alma permanece junto a la cama de Dash. Jolín, pienso mientras me apoyo contra la pared del pasillo para recuperar el aliento. Aquello no ha sido solo un mal sueño. La gente normal no se despierta así en medio de la noche, gritando como si el mismo diablo les persiguiera.

Siento rabia burbujear en mi interior. Rabia por tener que dejarle solo con sus demonios. Rabia por no poder hacer nada más por él. Rabia porque, a pesar de todo, lo único que quiero es regresar a esa habitación y abrazarle hasta que todos sus miedos se desvanezcan.

No lo hago. Soy demasiado cobarde para regresar. Pero no pienso dejar este asunto y esconder la cabeza como un avestruz porque, además de cobarde, también puedo ser terca.

Muy, muy terca.

Capítulo 26

Lisa

Con el correr de los días la relación con Dash se ha vuelto algo más distante. He intentado mencionar el tema de sus pesadillas pero él se ha cerrado cada vez. Creo que no estoy usando la táctica correcta. Debo ser más sutil cuando vuelva a intentarlo.

Ahora Dash se está preparando para salir. Lleva un traje gris perfectamente planchado y el cabello peinado hacia atrás. Cuando entra en la cocina para buscar su taza de café, pasa detrás de mí y vuelve a salir sin dirigirme la palabra. Cierro los ojos para concentrarme mejor en el aroma de su colonia que ha quedado flotando en el aire, y me doy cuenta de que le echo tanto de menos. Echo de menos su risa, sus comentarios, el contacto de su cuerpo.

Resoplo frustrada apoyando una mejilla en mis brazos cruzados sobre la encimera. ¿Por qué no puede sentarse a mi lado y desayunar como una persona normal?

Mi madre, mientras tanto, se ha aclimatado sorprendentemente bien a San Francisco. ¡Hasta se ha hecho amiga de las asistentas! Desde aquí puedo oírla cotilleando animadamente. Me entretengo escuchándolas y siento la tentación de unirme al cotorreo, pero prefiero quedarme en la cocina un rato más porque sé que Dash tendrá que pasar por aquí antes de marcharse.

Cuando Dash al fin regresa a la cocina, hace algo que no esperaba: se detiene a probar un bocado del guacamole que he preparado. "Tienes buena mano para la cocina, Lisa," dice, y por un momento su expresión se suaviza.

"Me llevaré un poco a la oficina, si no te importa." Hace una pausa y como si se le hubiera olvidado un pequeño detalle añade, "Y también te llevaré a ti".

Casi escupo el café. Me limpio la boca con una servilleta, tratando de no parecer demasiado emocionada. "¿A Socialgram?"

"Claro, quiero que conozcas a alguien allí."

James nos espera con el motor en marcha. Me dejo caer en la butaca, feliz de volver a salir junto a Dash. El cuero suave del asiento se amolda perfectamente a mi cuerpo y abro la ventanilla para sentir el aire en el rostro. El motor ronronea suavemente mientras nos deslizamos por la autopista. Me quedo viendo fascinada las colinas de la ciudad, que en esta época del año se encuentran más verdes que nunca. Amo la forma en que se deslizan lentamente como una ola siempre a punto de romper.

Me vuelvo hacia Dash con una sonrisa. "Me encanta vivir aquí", le suelto a propósito de

nada.

Él asiente observándome con curiosidad. Sus ojos azules me estudian de arriba abajo y me remuevo algo incómoda. Entonces advierto algo que no había visto antes. "¡Oye! ¡Llevas el colgante de la paz!"

Él levanta una ceja y se toca el colgante. "Tú me lo has dado para eso, ¿no?"

"Claro, pero no creí que le dieras valor. No es de oro ni lleva diamantes incrustados. ¡Mira James! Tu jefe lleva el colgante hippie. Creo que acabaremos por convertirle a nuestro equipo."

Dash ladea la cabeza y nos mira con incredulidad. "¿Así que ahora vosotros sois un equipo?"

"Team hippie," afirma James como si estuviera diciendo lo más serio del mundo. Tras una pausa no puede reprimir la risa y suelta una carcajada. Dash le mira como si acabara de eructar un marciano.

"¿Y desde cuándo te has vuelto un bromista tú?"

James no se corta. "Desde que su novia le ha hecho algo menos gruñón, señor."

Me entra tanta risa que me doblo. "¡Ay, James, que me parto!"

Dash resopla y hace un gesto con sus dedos señalando hacia nosotros.

"Os habéis puesto de acuerdo, ¿verdad?"

Después de echarnos unas risas, Dash se pone serio y se gira hacia mí de repente. "Yo también te he comprado algo."

De inmediato enderezo la espalda y le miro con una sonrisa expectante. ¡Amo las sorpresas! Mi expectativa crece mientras él se pone a buscar algo en uno de los compartimentos. Finalmente me tiende un paquete alargado. "Para ti."

Ansiosa lo cojo entre mis manos. La textura del papel del envoltorio es rugosa bajo mis dedos.

"¿No son bombones, verdad?" pregunto, sorprendida por el peso del objeto en mis manos.

Dash niega con la cabeza y sonrío.

Lo desenvuelvo con cuidado. Abro los ojos al ver que dentro hay una flauta de bambú, su superficie suave y fresca al tacto. "¡Es preciosa!"

"Un xiao," explica Dash. "Un anciano shaolin los hace en la puerta del Templo del Cielo. Pensé en ti en cuanto los vi. Te gusta tanto la música..."

¿Pensó en mí? ¡Pensó en mí! En medio de Beijing se acordó de que me gusta la música. ¡Eso lo hace el doble de especial! Mis dedos recorren las intrincadas tallas del instrumento. "¿Debo soplar?"

Dash asiente, una media sonrisa en sus labios. "No creo que a James le importe, ¿no James?"

"Claro que no, señor," responde el conductor. "Tengo mi lado místico bien desarrollado. No olvide que me crié en la época de los Beatles en la India."

Llevo el xiao a mis labios. El bambú es frío contra mi piel. Soplo torpemente, pero el sonido que sale es agudo y desafinado. Mis mejillas se calientan por la vergüenza.

Pero entonces Dash hace algo inesperado. Me pide el xiao y se humedece los labios antes de llevárselo a la boca. La melodía que produce es exótica pero celestial. Es un sonido rico y profundo que hace que se me erice la piel. Mis ojos se encuentran con los suyos y siento un aleteo en el estómago.

Me sonrío al devolverme el instrumento. "¿Tendrás la paciencia china para practicar?"

"Mira Dash", digo suspirando, "si hay algo a lo que nadie me gana es a cabezona. No hay nada que no pueda hacer tras ver un par de vídeos de Youtube."

En ese momento el coche gira y enfila una explanada repleta en su mayoría de coches lujosos. Bajo el xiao, mis dedos acariciando distraídamente su superficie, para observar el edificio de Socialgram, un coloso de cristal y acero que se alza hacia el cielo nublado.

Mi corazón late con fuerza mientras el coche se detiene. Dash sale el primero y me ofrece su mano.

"Acompáñame, nena."

Que me llame así provoca un temblor delicioso en mi bajo vientre. Cojo su mano y él la cierra con fuerza a mi alrededor, acariciando el dorso con el pulgar en un gesto tan cariñoso e inesperado que una corriente eléctrica recorre mi brazo.

Camino erguida y segura junto a Dash, adoptando con facilidad mi papel.

Definitivamente, ser su chica me sienta bien.

Capítulo 27

Lisa

"Bienvenida a Socialgram, ¿Lisa, verdad?"

Asiento con una gran sonrisa. La mujer de metal pone sus brazos robóticos en jarra y adopta una actitud de listilla. "Me apostaría la vida a que has conocido a alguien especial, has hecho buenos negocios o te han troleado a lo grande en nuestra web."

Río con ganas. Su voz es tan melodiosa y sarcástica que por un momento me pregunto si es real.

Le guiño un ojo a Dash. "Creo que las tres a la vez."

"Adiós, chica," resopla él llevándome de la mano y despidiéndose de la robot, que sigue dando vueltas por el hall interactuando con otras personas. "Es fantástica. ¿Y me dices que está programada con inteligencia artificial?"

"Así es."

"¿Ha sido idea tuya?"

Dash me guiña un ojo y se toca la sien derecha con su dedo índice. "Todo lo que hay en Socialgram ha pasado primero por aquí."

"Vaya, ¡eres un auténtico genio!" le miro anonadada, pero él chasquea la lengua restando seriedad a mi comentario. "¿Te parece que luzco como un puñetero genio?"

Me encojo de hombros. "Un genio guaperas."

Dash ríe por lo bajo mientras me conduce hacia los ascensores, su mano rozando ligeramente mi espalda baja. El contacto envía un escalofrío por mi columna. Nos bajamos en un lobby lujoso, soleado y lleno de plantas. Dash me guía hacia su despacho y la puerta se abre con un suave clic cuando él pasa su mano por un sensor.

"Adelante," me invita a pasar.

Su despacho es imponente. Mis ojos recorren las paredes, adornadas con cuadros modernos de colores vibrantes que contrastan con el minimalismo del mobiliario. El aroma a cuero nuevo y un toque de sándalo impregna el aire.

Dash toma asiento detrás de su escritorio de roble y me indica que me siente frente a él, que queda enmarcado por la enorme cristalera a sus espaldas, los rascacielos del centro de la ciudad creando un telón de fondo impresionante.

Dash está serio, con esa mirada suya de 'se han acabado los juegos'.

"Déjame ponerte al tanto de la situación," dice con las manos cruzadas sobre la mesa.

Trago saliva mientras observo sus manos morenas y fuertes, porque sé de lo que son capaces de hacer. Es tan difícil aguantarme las ganas de despeinarle ese maldito, perfecto y espeso cabello rubio, y besarle hasta dejarle sin respiración.

Focaliza, Lisa, que esto va en serio.

Dash comienza a explicar su situación respecto al consejo de administración.

"Lo han apresurado todo, los muy cabrones. En una semana anunciarán públicamente una decisión sobre el CEO... o me quedo e impongo mi visión a largo plazo para la compañía, o me largo con el paquete de beneficios más grande de la historia, lo que me hará a la vez el hombre más rico y más miserable de Silicon Valley, que ya es mucho decir".

"Problemas del primer mundo," finjo que bostezo para hacerle ver que muchos desearían ocupar su sitio.

"Exacto, y que no por ello dejan de ser problemas," me rebate con una sonrisa de lado que no tiene nada de amable.

"Ya, ya, era broma. Sé que quieres quedarte y tienes todo el derecho, después de todo es tu compañía."

"Es mi idea, mi ejecución, pero ya no soy el único dueño de la compañía. Debo respetar la decisión de los accionistas..."

Dash deja las palabras en suspenso y esboza una mínima sonrisa malévola.

"A menos que..." le pincho.

Dash me mira a los ojos.

"A menos que logre convencerles. He hecho mis averiguaciones y creo que, si nos las apañamos, podríamos influir en las votaciones del consejo. La opinión pública se ha volcado levemente a nuestro favor. No es que mi imagen sea exactamente la de un paterfamilias, pero gracias a ti al menos he dejado de ser el enemigo público número 1 de las relaciones de pareja estables.

Siento el impulso de mencionar su celibato, pero me muerdo la lengua, no pienso traicionar a Mandy.

"Gracias a mí," repito con una sonrisa de listilla.

"Desde luego. Y gracias a que se me ha encendido la bombilla a tiempo de que serías buena para esto."

"Excelente, querrás decir," añado arqueando una ceja y, con una sonrisa autosuficiente, me soplo la mano antes de frotar los dedos contra mi pecho, como si le sacara lustre a mi vestido.

Dash coge un bolígrafo de oro y se lo lleva a la boca, mordiendo la punta con expresión pensativa. Dios, ¡está para comérselo y yo que estoy a dieta desde hace varios días!

"En fin", dice al fin como saliendo de un ensueño, "que el consejo está en medio de replantear su posición."

"Y aquí entro yo, con mi encanto irresistible."

Dash asiente. "Exacto."

"Estoy segura de que te llevarás mejor con ellos ahora que has abandonado el equipo de los solteros."

Dash tuerce la boca. "Los cabrones aún me detestan. Por supuesto, nunca me lo dirán a la cara, pero lo expresarán con sus votos," dice secamente y luego añade. "Hay dos a quienes nunca convenceré, otros tres que podrían caer bajo tu encanto, y otro a quien... bueno, a quien le haremos una visita en unos minutos," consulta su Rolex y añade. "Afortunadamente es el más fácil de todos."

Mi piel se eriza ante la idea de tanta responsabilidad. "¿Y si sale mal?"

Dash se encoge de hombros.

"Pues me tomo unas vacaciones que no disfrutaré en absoluto y tú regresas a lo que estabas haciendo antes de reencontrarnos."

Pienso en Mark, en su traición, y se me revuelve el estómago.. "No quiero regresar a aquella vida."

"Vale, entonces asegúrate de mantenerte alejada de los chupitos de tequila."

"Sin chupitos," apunto en una agenda que encuentro sobre el escritorio. Dash sonrío a su pesar. "¿Y qué tal si hago todo bien y les convencemos... me ascenderás?"

Dash asiente. "Naturalmente."

No puedo evitar bromear: "¡Qué emoción, entonces me harás tu esposa!"

Dash se atraganta, tosiendo y moviendo las manos nerviosamente. No puedo contener la risa que burbujea en mi garganta.

"No se puede hablar en serio contigo," dice, frunciendo el ceño.

"¿Sabes? Comienzas a sonar como mi madre."

Alguien anda fuera de las oficinas a juzgar por una serie de murmullos y Dash se endereza en su silla. Su expresión se vuelve atenta y reconcentrada. Amago a decir algo pero él levanta un dedo para callarme. En el silencio del despacho un nuevo sonido nos llega claramente: el de una puerta al cerrarse.

Dash se pone en pie.

"¿Lista para la nueva misión?"

Afirmo con la cabeza, sin atreverme a hablar, y le sigo con todo sigilo. De esta manera

salimos al lobby vacío y nos dirigimos a la sala de juntas.

La sala de juntas es aún más impresionante que el despacho. Una enorme mesa ovalada de madera pulida domina el espacio, rodeada de sillas de cuero. En una de esas sillas está sentado un tipo de unos setenta años vestido de traje y corbata. Arrodillada frente a él hay una mujer bastante más joven, quien no parece haberse percatado de nuestra presencia. Al darme cuenta de lo que está haciendo me llevo ambas manos a la boca y miro a Dash abriendo mis ojos como platos.

“Vaya, Rupert, no te hacía un Don Juan.”

En el momento en que el viejo ve a Dash el color abandona su rostro y sus ojos se abren de par en par. Puedo ver cómo su enorme nuez de Adán se mueve en su garganta al tragar saliva nerviosamente.

"Leister... esto... yo... pensaba que estabas en China..."

"¡Esto es repugnante!" grito exagerada y salgo de la sala dando un portazo. En cuanto estoy fuera, me echo a reír sin poder parar.

Jolín, ¿Dash viajó a China sólo para hacer que el tal Rupert bajara la guardia? ¡Madre mía, menudo estratega!

Seguro que sabía que el viejo se tiraba a la secretaria, pero cogerle con las manos en la masa... ¡Esto es demasiado fuerte!

Capítulo 28

Dash

Le tengo justo donde quería. Ahora debo jugar bien mis cartas.

"Serás cabrón, Rupert. No era necesario que mi mujer tuviera que pasar por esto. ¿Te das cuenta de la gravedad del asunto?"

Abochornado Rupert agacha la cabeza mientras se abrocha la bragueta. "Lo siento. Yo... solo soy un hombre."

"¿Y qué opina tu esposa de esto?"

"¡Ella no sabe nada! Por favor, Leister, prométeme que esto no saldrá de aquí."

"No pienso convertirme en cómplice de tus aventuras extramatrimoniales."

"¡Oh, no pido eso! Solo quiero... evitar que mi familia sufra por mis pecados."

Dejo escapar una risa burlona. "Haberlo pensado antes de sacar la polla."

Rupert da un respingo al oírme hablar de esta manera. Ni puede siquiera mirarme a los ojos. Recuerdo muy bien que el hijo de puta era el primero en alzar la voz en cada junta para quejarse de que mi vida personal era un desastre, que estaba poniendo en riesgo las ganancias de la empresa peleándome en público con Nicole.

¡Hipócrita de mierda! Algo que jamás hubiera hecho en mi vida sería rebajar a mi esposa de esta manera. Solo porque el cabrón se lo tiene merecido decido alargar su sufrimiento un poco más. Cojo una silla, la giro 180 grados colocándola frente a la de Rupert, y me siento con mis brazos apoyados sobre el respaldo.

"Mírame a la puta cara," le exijo en el tono más despiadado.

El consejero delegado obedece, pero a duras penas es capaz de sostener mi mirada.

"Sabes que aprecio mucho a tu esposa. Es una gran filántropa, ha hecho obras maravillosas para los menos afortunados."

"Presentaré mi renuncia si me lo pides, Leister, pero por favor no me hagas esto," suplica con voz lastimera.

Muy bien, esto es música para mis oídos. Ha llegado el momento de iniciar las negociaciones.

"Qué va, hombre, jamás te pediría que renuncies. Tú eres demasiado importante para la empresa. Lo que quiero es algo mucho más simple: que votes por mi continuidad al

frente de la empresa. Si lo haces, me encontraré en posición de continuar protegiéndote. Y todos ganamos."

Rupert se endereza de pronto y puedo ver que al cabrón le brillan los ojillos.

"Dalo por hecho," me dice con vehemencia.

Niego con la cabeza sonriendo amargamente.

"No, Rupert. Las cosas no funcionan así." A continuación saco un sobre en blanco sellado por la notaría con la que trabaja nuestra empresa. "Si algo me ha enseñado la vida es que nada puede darse por hecho hasta que no se hace. Venga, cógelo. "

"¿Qué... qué quieres que haga con esto?" pregunta mirando el sobre entre sus manos temblorosas.

"Que emitas tu voto, que lo guardes en el sobre y que luego te excuses ante el consejo porque has quedado en llevar a tu esposa a pasear por la Costa Amalfitana, o por el Caribe, lo dejo a tu elección," digo con una sonrisa.

"Esto es absurdo."

"No, Rupert. Lo absurdo es verte en la sala de juntas en calzoncillos junto a tu secretaria."

"De acuerdo, de acuerdo, déjame coger un bolígrafo."

El cabroncete coge su pluma Montblanc, luego escribe mi nombre en la tarjeta y debajo pone su firma, y finalmente me devuelve el sobre, que sello esbozando una gran sonrisa.

"Que conste que no soy solo yo quien vota," añade Rupert en voz tan baja que acerco mi rostro al suyo con intención, siseando de forma amenazante.

"¿Perdona?"

"Que los demás ya han decidido postular a Osborn como el nuevo CEO."

Joder, esto sí que no me lo esperaba.

"¿Por qué me dices esto?"

"Porque sé que estás prácticamente fuera del cargo y, si sales, ya no contaré con tu protección..."

Le miro fríamente mientras me guardo el sobre en el bolsillo interior del saco. Intento mantener mi cara de póquer, haciendo de cuenta que no me afecta en absoluto que la bomba que acaba de explotar en la sala de juntas.

¿Max Osborn, nuevo CEO? ¡Mis cojones!

Dedico una última mirada de desprecio a Rupert antes de largarme.

"Yo que tú comenzarías a rezar para que nadie más ocupe mi cargo."

Capítulo 29

Dash

"¿Qué narices ha sido todo eso?" pregunta Lisa mientras corre a mi lado tratando de seguirme el paso.

Me encojo de hombros. "Otro bastardo infiel traicionando a su esposa."

"Suenas cabreado."

"Lo estoy. Odio a los hipócritas, pero mucho más a los hipócritas desleales."

Cuando salimos del cuartel general de Socialgram, el cielo se ha vuelto plumizo y el viento sopla como si quisiera tumbar las cristaleras. James ha acercado el coche hasta la puerta y Lisa me observa mientras envío un mensaje de texto a mi firma de abogados.

Ha sido una maniobra arriesgada, lo reconozco, y debo cubrirme el trasero cuanto antes.

"¿Todo bien?"

Levanto la vista del móvil y veo el rostro de preocupación de Lisa.

"No te preocupes."

"Te conozco, Dash. Sé que algo más sucedió allí dentro."

La miro durante unos instantes. Joder, ¿desde cuando me conoce tanto?

"La situación es peor de lo que creía. Buscan reemplazarme con el peor hijo de puta que te puedas imaginar."

"¿Qué tan malo es?"

"Maxwell 'Escoria' Osborn. Así le conocíamos en la universidad."

"Ouch, con ese mote no apetece conocerle."

Miro al cielo. "Venga, debemos salir ahora."

Las primeras gotas del chaparrón caen sobre el cabello de Lisa. La acerco a mí para protegerla del agua y añado de manera casual, "Pues ya le has conocido."

Ella se queda de piedra. Abro la puerta y la meto en el coche antes de que se empape. Cuando me siento a su lado tiene los ojos abiertos como platos.

"Oh, ¿no me digas que aquel gilipollas que me habló en la gala es Osborn?"

"El mismo. ¡James, al aeropuerto!" ordeno.

"Sí, señor."

Lisa se gira hacia mí.

"¿Al aeropuerto? ¿A quién recibimos?"

La miro impaciente.

"¿Crees que a un aeropuerto se va únicamente a recibir gente?"

"Jolín, ¿quieres decir que vamos a viajar?" Lisa protesta, "¡Pero no he traído siquiera mi bolso!"

"Lo siento, nena, se han acelerado los tiempos", acerco mi rostro al de ella, "¿Acaso no te advertí que trabajar para mí significaba estar siempre lista como una scout?"

"No es justo. ¡Me has hecho ver a un viejo en calzoncillos haciendo cosas espantosas! ¿Eres consciente de que me has traumatizado de por vida?"

Reprimo una sonrisa. "No te hacía tan sensible."

"¡Soy muy sensible! ¡Y tú eres un capullo que piensa que puede mangonearme!"

"Soy tu jefe," le corrijo.

"¡Eres mi novio!"

Río por lo bajo. Perfecto, ahora quiere hacerme rabiar. No necesito esto.

Me acerco aún más a ella, bajo el tono de voz y la cojo por la barbilla para hacer que me mire de frente.

"También soy tu novio por contrato. Mira, nena, eres buena en lo que haces, pero te advierto que tengo casi cero tolerancia a tus rabietas de niña." "

Mi advertencia funciona. Lisa parece desinflarse, dejando caer los brazos a los costados.

"¿Al menos me dirás dónde se supone que vamos?"

"Florida, más específicamente Miami," hago una mueca de disgusto. Es el último sitio donde me apetece ir. La lluvia arrecia con furia y el agua azota las ventanas del coche. Amo estos aguaceros de otoño, me quedaría aquí si no tuviera trabajo que hacer.

"¡Vaya, Miami! ¿En serio?" Ahora Lisa desborda un entusiasmo que contrasta con mi estilo malhumorado. "¡Debo regresar a por el bikini!"

Joder, aquí vamos otra vez...

Sin embargo, muy a mi pesar, la palabra bikini despierta mi interés.

"No te preocupes, si hay algo que sobra en Miami son los bikinis, te compraré cuantos quieras," le aseguro.

Lisa voltea de repente estampando las palmas de sus manos contra el cristal de la ventana y frunce el ceño al observar la cortina de lluvia que hay fuera.

"¡Llueve a baldes! Los vuelos han de estar cancelados."

Me encojo de hombros. "Probablemente los de línea sí lo estén," concedo. "De todos modos viajaremos privado."

"¿Quieres decir que tienes un jet privado?"

"Técnicamente no es mío, es de la empresa."

"Madre mía, ¡será mi primera vez en un jet!"

Lisa me da su mano. La pobrecilla está temblando de emoción. La abrazo y ella acerca su boca a la mía, nuestros labios quedan a muy pocos centímetros de distancia.

Podría besarla y saciar mi sed de ella aquí dentro si quisiera, pero en cambio tomo aire y reuno la fuerza de voluntad que necesito para apartarme de ella.

"Te aseguro que no se te olvidará jamás."

Capítulo 30

Lisa

La lluvia está cayendo a cántaros cuando llegamos al aeropuerto.

Tras despedirnos de James salimos del coche y atravesamos la explanada peatonal que nos lleva al hangar, el agua empapando mi ropa en segundos. Mis zapatos resbalan en el asfalto mojado y Dash me agarra del codo para estabilizarme.

El hangar es enorme, y nuestro avión parece sacado de una película. El piloto nos recibe con una sonrisa, dándole a Dash un apretón de manos que suena como un trueno.

"¿Seguro que podemos volar con este tiempo?" pregunto, mi voz temblando un poco.

El piloto me guiña un ojo. "No se preocupe, señorita. En unos minutos estaremos por encima de estas nubes."

Dash me conduce al interior del jet a través de una escalerilla rebatible y cuando pongo un pie dentro me quedo boquiabierta. Es como un apartamento de lujo con alas. Me dejo caer en un asiento que parece más cómodo que mi cama. Mis dedos rozan un botón y de repente, siento vibraciones por todo el cuerpo.

"¿Masaje incluido? Dash, ¡deja ya de malcriarme!," bromeo.

Él se sienta frente a mí, su expresión seria como siempre. "No te acostumbres demasiado."

"Oh, vamos. Admite que te gusta verme feliz."

Dash arquea una ceja. "Lo que me gusta es la puntualidad. Y ahora mismo, vamos con retraso."

El avión despegua y mi estómago da un vuelco. Cierro los ojos, aferrándome a los reposabrazos. Me acojona un poco volar, no voy a mentiros, por eso pulso más botones para que el maldito masajeador me haga relajar de una vez.

Oigo a Dash suspirar y me vuelvo hacia él.

"No es mágico," me dice, "no va a quitarte los nervios. Permíteme," sus manos grandes y cálidas se posan en mis hombros. Oh, ¿Dash me dará un masaje? ¡Esto sí que no me lo creo!

"En esto, las máquinas aún no pueden reemplazarnos," susurra en mi oído. Asiento, incapaz de hablar. Parpadeo varias veces al sentir que sus dedos se hunden en mis

músculos tensos y suelto un gemido involuntario. El masaje es firme pero gentil, enviando oleadas de calor por todo mi cuerpo.

"Dash," murmuro, mi voz ronca. "No sabía que tenías este talento oculto."

Siento su risa más que oírla, un rumor bajo que vibra a través de su pecho hacia el mío, y que tiene el poder instantáneo de relajarme.

El vuelo pasa en un borrón, demasiado breve para mi gusto. Primero me adormilo, y luego ya no recuerdo más hasta que Dash vuelve a susurrar en mi oído, "Abre los ojos, nena."

Desde mi ventanilla se puede ver un mar de palmeras y piscinas azules, verdes, grandes, enormes, algunas rectangulares y otras en forma de riñón, que se extienden ininterrumpidas hasta encontrarse con las playas del Golfo. ¡Hemos llegado a Miami!

El calor nos golpea en cuanto bajamos del avión, húmedo y pesado.

"Alguien del hotel vendrá a recogernos," dice Dash mientras caminamos por la pista. Son casi las cuatro pasado el mediodía y el sol brilla tanto que debo cubrirme los ojos con la mano. Mentalmente añado un gorro al bikini en mi lista de la compra. "Puedes quedarte en la piscina hasta que regrese. ¿Sabes nadar, verdad?" añade, su tono mitad broma, mitad alarma.

Pongo los ojos en blanco. "Claro que sé. ¿Acaso no recuerdas que te ganaba todas las carreras en el río cuando éramos unos críos?"

Dash me mira fijamente. El muy bastardo no muestra ninguna señal de reconocimiento, es un experto en mantener su cara de póquer, pero sé que en este momento está recordándose nadando casi desnuda en aquel río.

"Prométeme que no te emborracharás, ni te ahogarás ni te insolarás antes de que regrese," dice enumerando con sus dedos.

Vaya, en sus ojos hay auténtica preocupación. "Palabra de niña exploradora," respondo haciendo el saludo de los scouts con la mano.

Dash gruñe y me coge de la mano acelerando el paso. Llámame fantasiosa pero veo un atisbo de sonrisa en sus labios. Este Dash puede ser insufrible a veces, pero debo admitir que me encanta cuando se preocupa de esta manera por mí.

Capítulo 31

Dash

El aire acondicionado de la galería de arte me golpea como una bofetada helada.

Debo darme prisa si quiero pillar a Ian Oshkosh. El más joven de los consejeros delegados, no me traga y nunca ha parecido fiarse de mí. Aun así, en mi ranking de "nivel de dificultad" de a quien podría persuadir si las cosas salen bien, figura el segundo. Dificultad media.

Sé de buena fuente que está aquí por algún sitio, paseando con su mujer y sus hijas. Al verme, mi informante sale a recibirme con una sonrisa. La marchanta, que en los últimos cuatro años me ha vendido los tres mejores cuadros que se han exhibido en la galería, me saluda con un beso en cada mejilla. Es joven y guapa, y es evidente que demora el contacto el mayor tiempo posible antes de dar un paso atrás para catalogarme como a un tío a quien se tiraría sin pensárselo dos veces.

"Tú tan guapo como siempre," me guiña un ojo.

No pierdo el tiempo en tonterías. "Gracias por llamarme, Ivonne. ¿Por dónde?" Ella parpadea tres veces confundida. Exasperado insisto, "¿Dónde coño está Oshkosh?"

"Ah, lo siento, ahora se encuentra en la tercera planta", desilusionada me indica el ascensor y puedo sentir su mirada sobre mí mientras me alejo.

Venga, no hay tiempo que perder, me digo mientras me abotono la camisa ante el espejo del elevador y me peino hacia atrás con una mano nerviosa.

Repasemos, tendré éxito si soy capaz de convencerle de tres cosas. Primero, de que estoy en medio de una escapada romántica con mi novia "de toda la vida". Joder, esa está difícil porque me conoce demasiado bien y sabe que justamente eso es lo último que haría con mi tiempo. Segundo, que no estoy aquí en una misión para convencerle de nada. Suspiro porque lo veo igual de difícil. Y tercero, que soy una mejor opción que Osborn para el futuro de la empresa y, sobre todo, para el futuro bienestar financiero del propio Oshkosh y su familia...

Uf, menudo trabajo. Decir heavy es poco. Y para más inri, el éxito de la misión depende de Lisa, incluso más que de mí. ¿Qué puede salir mal? Absolutamente todo, naturalmente.

Escaneo la sala iluminada y minimalista buscando a Ian Oshkosh. Le localizo junto a un cuadro abstracto que abarca casi una pared entera, junto a su esposa y sus dos niñas pequeñas que no paran de saltar y pegarse.

Respiro hondo. "Showtime", murmuro para mí mismo caminando con decisión hacia la pareja.

"¡Oh, no me lo creo! ¿Ilan, eres tú? Joder, te he visto desde el otro extremo y me dije: 'no le recordaba tan culto.'"

Oshkosh se gira bruscamente. Su expresión se endurece de inmediato al verme.

Oh bueno, supongo que pocos aprecian mi forma de romper el hielo. Incluso en mi situación precaria, no pienso condescender a lamerle el trasero a nadie. Siempre he sido de esta manera: como dicen por ahí, My way or the highway! Y como siempre, me funciona de maravilla. Solo hay que ver su puta cara: un poema de Góngora. Sonríe y le doy una palmada en la espalda para suavizar el momento. "En serio, Ilan, qué sorpresa encontrarte aquí. Se diría que somos dos almas destinadas."

Oshkosh apenas puede reprimir una mueca de disgusto.

"Leister, jamás me hubiera imaginado encontrarte aquí en Miami. Es como avistar un cisne negro."

"Escapada romántica", me encojo de hombros y estampo una sonrisa de idiota en mi careto que, espero, se vea natural. En momentos como este desearía que Lisa estuviera aquí para respaldar mis patrañas.

A regañadientes Oshkosh se ve obligado a hacer las presentaciones del caso. Su esposa, Susan, me da la mano con una sonrisa educada pero distante. Sus hijas me miran desde abajo con curiosidad.

"¿Y dónde está tu... actual pareja?" pregunta Oshkosh, su tono deja en claro que no cree que exista una mujer que pueda capturar mi atención durante mucho tiempo.

"Oh, Lisa se quedado en la piscina del hotel. Le encanta nadar, es como un pececillo inquieto, deberíais conocerla."

El silencio que sigue es tan incómodo que todos nos removemos en nuestros sitios. Miro alrededor, buscando algo que decir. Mis ojos se posan en un cuadro particularmente horrible.

"Interesante pieza", comento, señalando el lienzo lleno de manchas que parecen vómito de bebé.

Oshkosh me mira con su expresión de chupalimones. "Es un Pollock original."

Pues mi polla podría hacerlo mejor. Estoy a punto de responder aquello para cabrearle, pero consigo morderme la lengua a tiempo. Recuerda por qué estás aquí, me repito. Has cambiado. Ahora eres un tío sensato y vulnerable. Eso, debes parecer vulnerable.

Es hora de jugar mi carta.

"Oye, Susan", digo, girándome hacia la esposa de Oshkosh. Bajo la voz fingiendo un tono confidencial. "¿Podría, esto... pedirte un consejo? Esto... joder, es que me da mucha vergüenza."

Al oírme, el estirado de Ian se lleva un dedo a la boca haciendo el gesto de silencio. "Te agradecería que no sueltes tacos delante de las niñas."

En cambio, y tal como lo suponía, los ojos de Susan se iluminan con una chispa de interés. "¿Problemas de pareja?"

Oshkosh abre los ojos al oír esto y da un paso hacia mí sin molestarse en ocultar su satisfacción y repentino interés morboso. Un puto tiburón oliendo sangre, vaya.

Aprieto los puños dentro de los bolsillos de mis pantalones. Cómo me gustaría estamparlos en ese careto de chupalimones. Venga respira, Dash. Estás cerca, no lo arruines.

"Algo así", admito, bajando la mirada. "Creo que sin querer me he aventurado bastante fuera de mi zona de confort."

Susan asiente, su expresión suavizándose hasta convertirse en una sonrisa comprensiva. "Dash, no digas más. Sé por experiencia lo difícil que pueden ser estas cosas. Quizás necesitarías apoyo de terceros. Nos encantaría poder ayudar, ¿verdad, cariño?" Oshkosh se ha quedado tieso y su rostro naranja de tumbona se ha vuelto pálido ceniciento. Susan añade lamentándose, "El problema es que nuestro vuelo sale en dos horas."

¡Es mi oportunidad! Me lanzo a la piscina como si fuera un clavadista profesional. "Pues, se me ocurre que podría traeros de vuelta a San Francisco. La ciudad está pasada por agua y probablemente haya demoras hasta que pase el temporal. Además, las niñas podrán viajar a gusto sin molestar a nadie. Niñas, ¿habéis volado alguna vez en un jet?"

Las niñas dejan de jalarse del pelo por un instante y levantan sus caritas pecosas hacia mí. La más grande dice, "¿Qué es un jet?"

"Pues..." a toda prisa intento pensar algo que una niña de seis años pueda apreciar. "Es Disneyworld con alas."

Las dos niñas abren sus ojos como platos y de inmediato se abrazan a mis piernas como para asegurarse de que no me largaré sin ellas.

¡Joder, esto va de maravilla!

Los Oshkosh intercambian una mirada. Puedo ver las ruedas girando en la cabeza de Oshkosh, sopesando sus opciones. ¿Qué es peor, quedarse varado en este horno de ciudad con las niñas chillando constantemente en su oído, o pasar tiempo con un cabrón al que odia y que para más inri se pasea en jet privado?

Finalmente es Susan quien parece tomar la decisión. "A mí me parece una idea estupenda. Creo que podríamos quedar esta tarde los cuatro."

Oshkosh traga veneno, pero no se atreve a contradecir a su esposa. "Supongo que podríamos... ¿cenar juntos?"

¡Bingo! Siento una oleada de triunfo en mi interior, pero me aseguro de mantener una

expresión neutral. "Genial," digo, con una sonrisa que espero parezca agradecida y no depredadora. "Dime Susan, ¿qué es más romántico, un restaurante con tema de Star Wars y golfito, o un chiringuito en Haulover Beach, la playa nudista?"

Susan suelta la risa mientras su esposo me mira con aprensión, como si estuviera en presencia de un loco peligroso.

"Pues sí que necesitas ayuda, Dash," ríe Susan. "Descartemos ambas opciones. Conozco un sitio que os molará a ti y a tu chica. Además..." aquí baja la voz y me guiña un ojo. "Es el sitio donde Ian se me propuso."

Levanto una ceja y miro a Oshkosh, que por su expresión pareciera que acaba de tragarse un sapo. "Suena perfecto."

Prepárate, pequeña Lisa, porque aquí vamos, me digo de camino al hotel. He cumplido con mi parte, ahora te toca a ti.

Es hora de que obres tu magia.

Capítulo 32

Dash

Salgo del coche alquilado, le lanzo las llaves al valet y me dirijo directamente a las piscinas del hotel para ver a Lisa. La zona está prácticamente vacía, solo un par de jubilados flotando como corchos en el agua turquesa. Ni rastro de Lisa.

Me dirijo a la recepción con pasos firmes, ignorando las miradas curiosas de los huéspedes. Estoy seguro de que ofrezco un espectáculo interesante: traje arrugado, corbata aflojada y una expresión cabreada que podría hacer llorar a un marine.

"Disculpe", le digo al recepcionista, un tipo con una sonrisa tan falsa que parece de plástico. "Estoy buscando a Lisa Martínez. Se suponía que nos encontraríamos aquí."

El hombre teclea en su ordenador con una lentitud exasperante. Cada segundo que pasa es un recordatorio de que el tiempo se me escapa entre los dedos.

"Ah, sí, la señorita Martínez", dice finalmente. "Me temo que se unió a la excursión en barco por los Everglades. Partieron hace casi una hora."

Siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. "¿Los Everglades? ¿Está de broma?"

El recepcionista parpadea, desconcertado. "No, señor. Es una excursión muy popular entre nuestros huéspedes."

Cierro los ojos un momento, intentando controlar la ira que amenaza con estallar. ¿En qué cojones estaba pensando Lisa? ¿Un paseo por el pantano antes de una cena importante? Este es exactamente el tipo de comportamiento impulsivo que me saca de quicio.

Saco mi teléfono y marco el número de Lisa. Nada. Ni siquiera da tono.

"Me temo que no hay cobertura en la zona donde se encuentran, señor", dice el recepcionista, como si pudiera leer mis pensamientos. Y añade encogiéndose de hombros. "Es parte del encanto de la experiencia."

"Encanto", repito, la palabra saliendo de mi boca como si fuera veneno. "¿Y cuándo se supone que regresarán?"

"En unas horas, señor. Justo a tiempo para la cena."

"¡Mierda!" grito y todos los empleados de la recepción voltean a mirarme. La imagen de Lisa llegando empapada y cubierta de barro me golpea como una visión del

apocalipsis.

"Necesito una lancha", digo de repente, sorprendiéndome incluso a mí mismo.

"¿Perdón?"

"Una lancha. Que sea rápida. Y equipo... lo que sea que se necesite para navegar por ese maldito pantano."

El recepcionista parece a punto de desmayarse. "Señor, no puedo recomendar que..."

"No le estoy pidiendo una recomendación", le corto en seco. "Le estoy diciendo lo que necesito. Ahora."

Quince minutos después, estoy en el muelle del hotel, subiendo a una lancha rápida. El empleado que me la ha alquilado me mira como si estuviera loco. Tal vez lo esté. ¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué me importa tanto? Podría simplemente esperar aquí, dejar que Lisa se las apañe sola.

Pero algo dentro de mí se rebela ante esa idea. No puedo quedarme de brazos cruzados. No cuando hay tanto en juego.

Arranco el motor y me adentro en los canales de los Everglades. El rugido de la lancha ahoga mis pensamientos, y por un momento, me siento libre. Pero la sensación dura poco. A medida que avanzo, el paisaje se vuelve más salvaje. Caimanes flotan en las aguas turbias, sus ojos como cuentas siguiéndome. Aves de colores imposibles levantan el vuelo a mi paso y la vegetación es tan densa que parece querer tragarme.

El calor es asfixiante, y los mosquitos parecen haberme declarado la guerra. Maldigo en voz alta, preguntándome por enésima vez qué coño estoy haciendo aquí.

Después de lo que parece una eternidad, al fin diviso otro barco. Mi corazón da un vuelco, pero la decepción llega rápido. No es el grupo de Lisa. Son otros turistas, tan sorprendidos de verme como yo a ellos.

"¿Han visto otro grupo?", les grito por encima del ruido de los motores.

Me indican la dirección, explicándome la ruta que tomó el otro barco. Les agradezco con un gesto brusco y acelero en esa dirección.

El sol empieza a descender, tiñendo el cielo de naranja y rojo. La ansiedad me atenaza el pecho. ¿Y si no les encuentro? ¿Y si le ha pasado algo a Lisa?

De repente, el motor tose y se apaga. Miro el indicador de combustible y suelto una retahíla de tacos que haría sonrojar a un marinero. ¡Vacío! ¿Es esto una puta broma de mal gusto? Miro a mi alrededor y compruebo que estoy varado en medio de la nada.

Agarro los remos, maldiciendo mi suerte, a Lisa, a los Everglades y a mí mismo por ser tan estúpido. Cada remada es una batalla contra el agotamiento y la frustración.

Y entonces les veo. Un barco lleno de turistas, con Lisa en la proa, riendo y sacando fotos como si no tuviera una sola preocupación en el mundo. El alivio y la irritación se mezclan en mi pecho como una tormenta.

Lisa me ve y su sonrisa se congela. Puedo leer la sorpresa en su rostro incluso a distancia. "¿Dash? ¿Qué haces aquí?"

Quiero gritarle. Quiero sacudirla y preguntarle si ha perdido la cabeza. Pero me contengo, consciente de las miradas curiosas de los otros turistas.

"Vine a buscarte", digo, intentando que mi voz suene calmada. "Tenemos una cena importante, ¿recuerdas?"

La culpa se dibuja en su rostro. "¡Oh, Dash, lo siento! Perdí la noción del tiempo. Este lugar es tan increíble..."

Respiro hondo, contando mentalmente hasta diez para no arrojar los remos por el aire. "Tu lancha se quedó sin gasolina", dice el guía, interrumpiendo mi intento de mantener la calma. "Podríamos remolcarte de vuelta."

El viaje de regreso es tenso. Lisa intenta hacer conversación, pero mis respuestas son monosílabos. Estoy demasiado ocupado luchando contra el impulso de gritarle, de explicarle lo irresponsable que ha sido.

"Lo siento", dice por enésima vez. "Debí haberte avisado. No pensé que..."

"Ese es el problema, Lisa", le corto siseando. "No pensaste. ¡Parece que tú nunca piensas en las consecuencias!"

Me quedo mirándola con rabia. Puedo ver el dolor en sus ojos y me odio un poco por causarlo. Pero no puedo evitarlo. El estrés, la preocupación, todo explota de repente.

"Me preocupé", admito finalmente, mi voz apenas un susurro. "No sabía dónde cojones estabas, si te encontrabas bien o si te había pasado algo..."

Su mano encuentra la mía, no la aparto. Ella entrelaza sus dedos con los míos y yo la miro resoplando. Finalmente, sin decir una palabra, estrecho su mano y nos quedamos en silencio, disfrutando juntos del increíble horizonte de manglares.

Llegamos al hotel con el tiempo contado.

"Lisa, escúchame bien," digo, mi voz baja y urgente. "Tenemos una cena esta noche. Con los Oshkosh."

"¿Los qué?"

"Ilan Oshkosh. Consejero delegado. Potencial aliado. O enemigo mortal. Depende de cómo vaya esta noche."

"¡Irá estupendo. ¿Tienes algún consejo para mí?"

"Tú solo... sé tú misma. Bueno, una versión ligeramente mejorada y menos alocada de ti misma," añado viendo su pelo enlodado y su vestido de verano manchado de barro. "Ahora métete a la ducha," ordeno.

Me mira a los ojos, resopla como una niña a quien la obligan a bañarse antes de cenar, y se aleja meneando las caderas exageradamente. La sigo con la mirada hasta que

desaparece tras la puerta del cuarto de baño.

Es inaudito que una mujer me haga rabiar de esta manera y aun así acabe por conservar la paciencia. Pensé que en cierta medida era inmune a su superpoder de caerle bien a todo el mundo, pero por lo visto me he equivocado. Otra puñetera vez.

Me quito la ropa con prisa y bastante cabreo. Luego me meto en la ducha. Lisa chilla al verme y se cubre los pechos.

"¿Dónde está mi privacidad?"

"No hay tiempo para eso."

Ajusto el agua para que caiga en chorros sobre nuestros cuerpos, luego me vuelvo hacia ella, "No más sorpresas", le digo mientras enjabono mis manos.

Lisa asiente, una pequeña sonrisa jugando en sus labios. "Prometido. Pero admite que fue una gran aventura."

No puedo evitar sonreír. "Una que no quiero repetir."

Extiendo una mano hacia su cuerpo, Lisa me mira con sus ojos castaños chispeantes y bajo los brazos a los lados mientras enjabono su cuello y su pecho. Luego le indico con un movimiento de mi mano que se dé la vuelta. Enjabono su espalda y no puedo evitar abrazarla y traerla hacia mí. Ella gime y acaricio con mis dedos sus pezones que se han endurecido como piedras.

"Deseo follarte ahora mismo," gruño en su oído, ella estira su cuello y gira su rostro para besarme. Mierda, se me hace tan difícil resistirme a esto...

El timbre del teléfono suena en la habitación y salgo de la bañera empalmado y maldiciendo. Cojo el auricular. "Somos nosotros, Ian y Susan," canturrea Susan desde la recepción.

Me vuelvo hacia Lisa. "Ya están aquí."

Tras vestirnos salimos de la habitación cogidos de la mano como una pareja perfectamente feliz, y listos para enfrentar la cena.

Debo confesar que la irritación por haberme hecho renegar tanto aún está aquí dentro de mi pecho, burbujeando bajo la superficie, pero también hay algo más, mucho más profundo... Una certeza de que, de alguna manera, Lisa y yo somos un equipo. Un equipo disfuncional y caótico, pero un equipo al fin y al cabo.

Y mientras atravesamos el lobby del hotel, me doy cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, no me siento solo.

Es un sentimiento extraño, incómodo incluso.

Pero también reconfortante, y sentir aquello me pilla de sorpresa.

Capítulo 33

Lisa

"¡Dash, querido!", exclama Susan, besando el aire cerca de las mejillas de Dash. Luego se gira hacia mí y, para mi sorpresa, me da un abrazo real. "Y tú debes ser Lisa. ¡He oído tanto sobre ti!"

Miro a Dash, alzando una ceja. ¿Ha estado hablando de mí? Él se encoge de hombros imperceptiblemente.

Ian, por su parte, apenas nos da un apretón de manos a cada uno. Su sonrisa no llega a sus ojos, que están fijos en Dash como un depredador evaluando a su presa. Me estremezco internamente. Esta pinta ser una noche larga y difícil.

El Mercedes de alquiler que conduce Ian nos deja frente a Casa Tua y, por un momento, me quedo sin aliento. ¿Es esto Miami o me he teletransportado a una película romántica ambientada en la Toscana?

Las linternas colgantes bañan el lugar en un resplandor dorado, y el aroma a hierbas frescas y pan recién horneado me hacen la boca agua. Miro a Dash, esperando ver en su rostro el mismo asombro que siento yo, pero su expresión es tensa, como si estuviera a punto de entrar en una sala de interrogatorios en lugar de un restaurante de ensueño.

"Relájate", le susurro, arreglando el cuello de su camisa como una buena novia. "Es solo una cena."

Dash me lanza una mirada que dice claramente "No tienes ni idea", pero se suaviza un poco cuando le sonrío y me ofrece su brazo.

Entramos y siento como si hubiera cruzado un portal mágico. El interior es aún más impresionante que el exterior, con muebles rústicos pero elegantes, velas por todas partes y el tintineo de copas de vino mezclándose con risas suaves.

Es el tipo de lugar donde imaginas que las propuestas de matrimonio suceden cada cinco minutos.

El maitre nos saluda con suma cortesía y nos conduce a nuestra mesa. Mientras nos sentamos aprovecho para estudiar a nuestros anfitriones. Ian, el consejero delegado que aparentemente odia a muerte a Dash (aunque todavía no entiendo por qué), debe rondar los cincuenta y tantos, es pelirrojo, alto y delgado, con el tipo de bronceado que grita "tengo un yate y lo uso". Su esposa, Susan, es una mujer de cabello largo y rubio, elegante pero sin exagerar, con una sonrisa que parece genuinamente amable. Sus

dos niñas son inquietas y lo miran todo alrededor con curiosidad.

Cuando el camarero aparece como por arte de magia para tomar nuestras órdenes de bebidas. Dash pide un whisky solo (oh oh, señal de peligro) y yo opto por un Aperol Spritz, porque, bueno, cuando en Roma... O, mejor dicho, en una versión de la Toscana en Miami. Dash se inclina hacia mí y me advierte entre dientes, "Disfrútalo porque es lo único que beberás esta noche."

Hago una venia militar, "Entendido, jefe."

Susan ríe la gracia, pero la conversación inicial es tan incómoda como bailar el vals con tu tío borracho en una boda. Hablamos del tiempo (sí, en serio), de lo bonito que es el restaurante, y de lo mucho que ha crecido Miami en los últimos años. Quiero gritar de aburrimiento, pero me contengo. En cambio, decido lanzarme a la piscina.

"Entonces, Susan", digo, aprovechando una pausa en la conversación. "¿Eres fan de algún deporte?"

Sus ojos se iluminan como un árbol de Navidad. "¡Oh, me encanta el baloncesto! En casa no me pierdo un juego de los Warriors."

"¡No me digas! ¡Tampoco yo!", exclamo, genuinamente emocionada. "¿Viste el último juego contra los Celtics? Ese tiro de Stephen Curry en el último segundo fue..."

"¡Brutal!", termina Susan por mí. "Madre mía, pensé que iba a tener un infarto."

De repente, estamos charlando como viejas amigas, discutiendo jugadas, compartiendo nuestras predicciones para la temporada y riendo sobre las locuras de los comentaristas. Dash me mira con una mezcla de sorpresa y... ¿es eso orgullo?

Ian, por otro lado, parece un poco perdido, como si acabáramos de empezar a hablar en klingon.

"Y dime, Lisa", dice Susan después de que nuestro entusiasmo deportivo se apacigua un poco. "¿Has probado el gelato de aquí? Es un auténtico maná."

"¡Aún no! Pero soy una absoluta fanática del helado italiano. Hay una heladería cerca de mi antiguo apartamento que hace un stracciatella que te mueres."

"Oh, entonces tienes que probar el de pistacho de aquí. Es como si Dios hubiera decidido que el helado necesitaba una actualización y hubiera bajado a hacerlo personalmente."

Estamos riendo y compartiendo nuestras experiencias heladeras más memorables cuando noto que las niñas empiezan a inquietarse. La mayor, que debe tener unos seis años, está haciendo esa cosa de balancear su silla hasta caer que todos hemos hecho cuando nos aburrimos en una cena de adultos. La menor, de unos cuatro, se pasea por debajo de nuestras piernas, dando pellizcos y riendo como un diablillo.

Ian se da cuenta y frunce el ceño. "Quizás deberíamos enviarlas a la sala de juegos", sugiere, con un tono de fastidio que me hace levantar una ceja. De inmediato me vuelvo hacia las niñas y antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, me escucho

decir:

"¿Qué os parece si jugamos un juego aquí mismo?"

Los ojos de las peques se iluminan con interés.

"¿Qué tipo de juego?", pregunta la mayor, curiosa pero también algo desconfiada, como si los adultos no supiéramos divertirnos.

"Pues se llama 'La princesa encantada'," anuncio con confianza, como si fuera un juego que he jugado mil veces y no algo que me acabo de inventar. "¿A quién le molaría ser la princesa?"

"¡A mí, a mí!," ambas hermanas levantan sus manitas al unísono.

Chasqueo la lengua como si hubiera un problema. "Qué pena, sólo puede haber una princesa en el juego. Deberemos hacer una competencia entre vosotras para ver quién se parece más a una princesa encantada.

"¡Esa soy yo!," vuelven a decir ambas al mismo tiempo.

"Venga," digo yo, "estas son las reglas. Una princesa ha sido encantada por una bruja malvada. No puede hablar ni moverse, solo le es permitido comer para no desnutrirse."

"Vaya, pobrecilla," dice la más pequeña.

"Sí, pobrecilla" me compadezco de la princesa, pero más me compadezco de mí que tan pronto se me ha agotado la imaginación. Le miro a Dash con algo de desesperación.

"No tan pobrecilla," interviene Dash de repente capturando la atención de las niñas con su voz grave. "Pues toda princesa tiene un príncipe enamorado. ¿Vosotras sabíais eso, verdad?"

Ambas niñas afirman con la cabeza, embelesadas por el cuento de Dash.

"Bueno, pues en este caso, solo el Príncipe Valiente es capaz de romper el hechizo. El problema es que en este momento el príncipe está ocupado peleando contra un dragón" Dash hace el gesto perfecto de blandir una espada, como si hubiera estado practicando esgrima toda su vida. "Así que quien desee ser la princesa deberá permanecer encantada durante un buen rato."

No tiene que decir más para tener a las dos niñas quietas en sus sillas como dos muñequitas, mientras yo les paso patitas de pollo rebozadas recordándoles que, aún siendo princesas, deben continuar comiendo hasta que su príncipe se digne a rescatarlas.

Susan nos mira fascinada, Ian parece escéptico pero aliviado de que alguien esté entreteniendo a sus hijas, y Dash...

Bueno, Dash me mira con orgullo como si acabáramos de resolver juntos la crisis energética mundial.

Para cuando llega el segundo plato, el ambiente en la mesa ha cambiado por completo. La tensión inicial se ha disipado, reemplazada por risas y una camaradería inesperada. Susan no deja de lanzarme miradas de aprobación, como si hubiera pasado algún tipo de prueba secreta.

"Dash", la oigo susurrar en un momento dado, "has encontrado una auténtica joya. ¡Ni se te ocurra dejarla ir!"

Dash asiente, su mirada encontrándose con la mía. Hay algo en sus ojos, una calidez que no había visto antes, que hace que mi corazón dé un vuelco. Siento que mis mejillas (y, de hecho, también otras partes de mi anatomía) se calientan como si de repente hubieran apagado el aire acondicionado.

La cena avanza entre risas y anécdotas de pareja, algunas son verdaderas, la mayoría las inventamos, hablando de acampadas en bosques que jamás hemos hecho y de fiestas de cumpleaños a las que jamás hemos ido. Las niñas tranquilas, la conversación animada, ¿qué más se puede pedir? ¡Ah sí, la comida! Jolín, el ragu bolognese es tan bueno que casi lloro, y Dash parece haberse relajado lo suficiente como para disfrutar de su risotto de trufa. Incluso Ian ha dejado de mirar a Dash como si quisiera apuñalarle con los palillos de las aceitunas.

Y entonces, justo cuando estoy pensando que tal vez, solo tal vez, hemos superado la noche sin incidentes, Dash suelta la bomba.

"Sabes, Ian", dice casualmente, como quien comenta el clima, "con todo este asunto de mi posible reemplazo como CEO, Lisa y yo hemos estado bajo mucho estrés últimamente."

El tenedor de Susan se congela a medio camino de su boca. Ian se atraganta con su vino. Y yo... yo me adapto a mi papel de novia agobiada por mil preocupaciones y asiento varias veces con la cabeza mirando a Dash con ojos de carnero degollado. ¿A que lo estoy haciendo genial?

"¿Reemplazo?", exclama Susan, su voz una octava más alta de lo normal. "¿Ian? ¿Tú sabes algo de todo esto?"

Ian parece que quisiera que el suelo se lo tragara. "Es... es un asunto complicado, cariño", murmura, lanzando una mirada asesina a Dash.

Pero Dash, el muy astuto, finge una inocencia que está muy lejos de tener. "Oh, en verdad lo siento, no quería arruinar un buen rato," se disculpa. "Es solo que, bueno, con la votación que se avecina y mi cabeza en juego... Estoy seguro de que Ian ya te ha hablado de ello, ¿verdad?"

La mirada que Susan le lanza a su marido podría derretir al iceberg que hundió al Titanic. "No, Ian no me ha hablado de nada de eso", dice, cada palabra cargada de amenaza.

Y así, en cuestión de segundos, como si alguien hubiera accionado un interruptor, la atmósfera en la mesa cambia de cálida y acogedora a tensa y glacial.

"Ian", dice Susan, su voz ahora peligrosamente suave, "¿qué está pasando exactamente?"

Ian se remueve incómodo en su silla, como un niño pillado en un bulo. "Es... eso... es solo uno de esos estúpidos rituales corporativos, cariño," hace un gesto con la mano intentando restarle importancia. "Nada está decidido."

"¿Una propuesta para reemplazar a Dash?", insiste Susan. "¿El mismo Dash que ha llevado a la empresa a niveles de éxito sin precedentes? ¿El Dash que acaba de inventar un juego adorable para nuestras hijas en medio de la cena?"

Noto que Dash intenta ocultar la sonrisa detrás de su copa de vino. ¡El muy sinvergüenza se lo está pasando en grande!

"Es más complicado que eso", intenta explicar Ian, pero Susan no parece dispuesta a sacarle del apuro.

"¿Qué es exactamente tan complicado?", pregunta, su voz elevándose ligeramente. "¿Acaso Dash ha hecho algo mal? ¿Ha cometido algún error irreparable?"

"No, no es eso, cariño", murmura Ian, mirando alrededor como si buscara una salida de emergencia.

"Entonces, ¿qué es?", presiona Susan. "Porque desde donde yo estoy sentada, parece una decisión bastante clara."

Ian abre la boca, la cierra, la vuelve a abrir. Parece un pez fuera del agua. "Es... es política corporativa, Susan. Hay muchos factores en juego."

"¿Política corporativa?", repite Susan, su voz cargada de incredulidad. "Ian Oshkosh, te conozco desde hace 20 años, y nunca te ha importado un comino la 'política corporativa' cuando se trata de hacer lo correcto."

Me siento como si estuviera viendo un partido de tenis particularmente intenso, mi cabeza rebotando de Ian a Susan y de vuelta. Dash, por su parte, mantiene una expresión de preocupación perfectamente ensayada, pero puedo ver el brillo de satisfacción en sus ojos.

"Susan, cariño, este no es el lugar ni el momento...", intenta Ian, pero Susan le corta con una mirada que podría congelar el mismísimo infierno.

"Oh, creo que es exactamente el lugar y el momento", dice ella. "Porque si no lo discutimos ahora, sé que encontrarás alguna excusa para evitar el tema en casa."

Ian está tan pálido que parece que en cualquier momento fuera a desmayarse. Miro a Dash, esperando que haga algo para calmar la situación que él mismo ha provocado, pero está sentado allí, cruzado de brazos, la viva imagen de la inocencia.

"Mira, cariño", dice Susan, inclinándose hacia delante con determinación, "entiendo que haya algunas cosas del negocio que no puedo comprender completamente. Pero si de algo entiendo es de lealtad, de integridad y de hacer lo correcto. Y reemplazar a Dash, especialmente después de todo lo bueno que ha logrado para Socialgram, no me

parece correcto en absoluto."

Ian parece estar envejeciendo años por cada segundo. "Susan, por favor, podemos discutir esto en privado..."

"No", dice ella firmemente. "Quiero saber aquí y ahora qué piensas hacer al respecto. Porque si apoyas esta... esta locura, Ian, ¡te juro que voy a empezar a cuestionar muchas cosas!"

El restaurante parece haberse quedado en silencio, o tal vez es solo que el zumbido en mis oídos ahoga todo lo demás. Miro alrededor, medio esperando ver a los otros comensales mirándonos, pero todos parecen absortos en sus propias conversaciones. Supongo que en un lugar como este, la gente está acostumbrada a ignorar discretamente los dramas ajenos.

Ian parece estar librando una batalla interna épica. Finalmente, con un suspiro de derrota, murmura: "Está bien, está bien. Te prometo que reconsideraré mi posición. ¿Contenta?"

La sonrisa de Susan es deslumbrante. "Muy contenta, cariño. Sabía que harías lo correcto."

Y así, tan rápido como comenzó, la tormenta parece disiparse. Susan se gira hacia mí, toda sonrisas de nuevo. "Ahora, Lisa, ¿qué decías sobre ese helado de pistacho?"

Parpadeo, aturdida por el cambio brusco. "Eh... sí, el helado. Deberíamos pedirlo ahora mismo. No creo que pueda aguantar otro minuto sin helado."

Susan ríe satisfecha y llama con una mano al camarero que tras unos minutos sirve helado para todos.

Al pasarle sus helados de chocolate, ambas niñas me preguntan, "¿Qué ha ocurrido con el Príncipe Valiente? ¿No debería ya estar aquí?"

Jolín, me había olvidado del juego de la princesa. Al verme de nuevo en aprietos, Dash interviene mirando a las niñas a los ojos.

"Hace un rato he visto pasar al príncipe, ¿sabéis lo que me ha dicho? Que está cansado de ir por el mundo rescatando princesas. Que sois todas unas malcriadas y que mejor que os empecéis a cuidar entre vosotras para no caer en tantos hechizos. Y que se ha hecho amigo del dragón y que no le esperéis porque esta noche se irán juntos de juerga."

Al oír la explicación de Dash las niñas asienten seriamente, como si acabaran de aprender la lección más importante de sus vidas.

Ian, en cambio, se atraganta con su helado y le da tal ataque de tos que debe excusarse para ir al baño.

Y Susan y yo... bueno, ambas nos miramos durante un segundo con estupor y luego, a la vez, soltamos la carcajada.

Capítulo 34

Lisa

"Ha sido una noche fantástica."

Me dejo caer junto a Dash en la cama del cuarto de hotel.

"Ha sido un día muy largo," gruñe él.

"¡Oh, pero nos hemos anotado otro tanto! Hay que celebrarlo por todo lo alto."

Dash gira su cabeza para mirarme mientras se quita los zapatos.

"Mañana debemos estar arriba antes de las 6 de la mañana, ¿y aun así piensas en salir?"

Me muerdo los labios para ocultar mi sonrisa.

"No hay que salir para celebrar. Lo podemos hacer aquí mismo. Además," añade con una sonrisa juguetona, "aún no lo hemos hecho en Miami."

La mirada de Dash resbala hasta mis labios. Nerviosa me los humedezco y él inspira con fuerza inclinándose hacia mí hasta rozarme con su boca. Siento su brazo fuerte rodear mi cintura y cierro los ojos. Sus dientes perfectos atrapan mi labio inferior y suelto un gemido involuntario.

Dash gruñe dentro de mi boca. "¿Te gusta que te haga esto?"

Sus palabras envían escalofríos por todo mi cuerpo. Afirmo con la cabeza y abro más mi boca para que él profundice su beso. Sus labios capturan los míos en un beso profundo y apasionado que me deja sin aliento. El sabor de su boca, una mezcla de menta y algo únicamente suyo, me embriaga.

Bruscamente su lengua abandona mi boca y se desliza a lo largo de mi cuello, enviando escalofríos a mis partes más íntimas. Su aliento cálido me eriza la piel cuando susurra: "¿Así que quieres celebrar, eh?"

Suelto una risita, enredando mis dedos en su cabello. "Mmm, definitivamente. Y creo que tú también."

Sus manos recorren mis costados, despojándome del vestido con urgencia, dejando un rastro de fuego a su paso.

"¿Qué te hace pensar eso?", murmura contra mi clavícula, a medida que sus besos descienden más y más.

Mis dedos se enredan en su cabello sedoso, atrayéndolo más cerca. Necesito sentirlo, todo él, contra mí.

"Que te has empalmado", respondo juguetonamente, deslizando mi mano dentro de su pantalón para acariciarle allí con ternura.

Dash suelta un gruñido de placer. "Lisa... me vuelves loco, ¿lo sabías?"

Su ropa también desaparece entre caricias y suspiros. La piel de su miembro es cálida y suave bajo mis palmas. Se le ha puesto enorme y cada caricia hace que se endurezca más y tiemble bajo mi toque. Su aroma, una mezcla de colonia cara y pura masculinidad, invade mis sentidos.

Sonrío, mordisqueando su oreja. "Esa es la idea, señor Leister."

Nuestros cuerpos se entrelazan en una danza sensual. Sus manos se deslizan dentro de mis braguitas. "¿Sabes qué más me vuelve loco?", pregunta, su voz ronca de deseo.

"¿Qué?", suspiro, arqueándome hacia su toque.

"Esto", dice, y de repente sus dedos están justo donde los necesito, arrancándome un gemido de sorpresa y placer.

"Oh, Dios..."

"¿Te gusta eso?", pregunta con su voz ronca.

"Dash... por favor...", jadeo, mis manos aferrándose a sus hombros.

Él sonrío contra mi cuello. "Por favor, ¿qué? Dime qué quieres, Lisa."

"Te quiero a ti", susurro, mis ojos encontrando los suyos en la penumbra. "Todo de ti."

Su mirada se oscurece aún más. "Tus deseos son órdenes."

Grito enloquecida, arqueando mi espalda hacia él. Con un movimiento fluido, sus manos grandes y fuertes separan mis muslos. Al ver la manera en que sus ojos recorren mi cuerpo con apreciación, me retuerzo de gusto.

"Eres hermosa", murmura, inclinándose para besar mi vientre. Tras besarme de una manera que nadie lo ha hecho jamás, vuelve a levantar su cabeza y nuestras miradas se encuentran en la penumbra de la habitación. Veo en sus ojos un deseo tan intenso como el mío. Ya no hacen falta palabras para comunicar todo lo que sentimos.

Con un empujón Dash está dentro de mí. Aúllo y le rasguño la espalda al unirnos, y cuando él comienza a embestirme el mundo a mi alrededor desaparece por completo. Solo existimos nosotros dos, moviéndonos al unísono, respirando el mismo aire.

Cada nueva embestida me lleva más cerca del éxtasis, y me aferro a Dash como si fuera mi ancla en medio de una tormenta de sensaciones.

El placer crece, intensificándose con cada movimiento. Siento el corazón de Dash latiendo fuerte contra mi pecho, su respiración entrecortada mezclándose con mis

gemidos. Estamos tan cerca, tan conectados, que no sé dónde termino yo y dónde empieza él.

En un momento sus ojos hacen contacto con los míos. "Déjate ir," susurra de un modo tan sensual que sus palabras son el empujón final que necesito.

El placer explota en mí, haciendo que arquee la espalda y grite su nombre. Siento a Dash tensarse sobre mí, su propio clímax alcanzándole segundos después.

Me abraza fuerte mientras las olas de placer recorren nuestros cuerpos, susurrando mi nombre como una plegaria.

Nos quedamos así, entrelazados, nuestras pieles brillantes de sudor.

Sonríó al mirarle porque no me lo creo, esto es lo más bello que he hecho en mi vida.

A medida que nuestras respiraciones regresan a la normalidad, Dash deposita suaves besos en mi frente, mis mejillas, mis labios. En este momento, en sus brazos, me siento completamente en casa.

El sueño comienza a reclamarnos, pero luchamos contra él, queriendo prolongar este momento de intimidad. Los dedos de Dash trazan patrones perezosos en mi espalda, enviando pequeños escalofríos de placer por mi columna.

A mí no me engañas, tú me amas, le digo a Dash usando mis inexistentes habilidades de telepatía. Es una pena, porque sé que me falta valor para repetir eso en voz alta.

Con aquella esperanza en mi corazón, me ovillo más cerca de su pecho y me dejo llevar por un sueño dulce y profundo.

Capítulo 35

Dash

El ático huele a lasaña casera. Lisa suelta un gemido de anticipación que me provoca una sonrisa involuntaria. Después de haber pasado tantos nervios en Miami, la idea de una cena casera suena como el paraíso.

"¡Mamá, ya estamos en casa!", anuncia Lisa, arrastrando su maleta por el vestíbulo.

Teresa asoma la cabeza desde la cocina, toda sonrisas y energía. "¡Mis niños! ¿Cómo estuvo el viaje?"

Antes de que pueda responder, Teresa envuelve a Lisa en un abrazo que amenaza con cortar la circulación. Luego se gira hacia mí y, para mi sorpresa, me da el mismo tratamiento. Por un momento, me quedo rígido, sin saber cómo reaccionar. No estoy acostumbrado a tanto... afecto.

"Oh, casi lo olvido", dice Teresa, soltándose finalmente. "Tu asistente, un encanto de hombre, les ha dejado un obsequio. Está en la sala."

Frunzo el ceño confundido. "¿Mi asistente?"

"Sí, ese joven tan educado. Brendan, ¿verdad?"

Siento que se me hiela la sangre en las venas. Brendan no ha estado aquí. Ni siquiera se encuentra en la ciudad.

Lisa advierte de inmediato mi malestar.

"Mamá", dice Lisa, su voz tensa, "¿podrías describir a ese 'asistente'?"

Teresa parece confundida por un momento, pero luego sonrío. "Oh, bueno, era alto, de cabello oscuro, ojos verdes muy intensos. Tenía un lunar aquí", señala su mejilla derecha, "y una sonrisa encantadora. Muy bien vestido, con un traje gris y una corbata roja."

Miro a Lisa y veo el mismo horror que siento reflejado en sus ojos. Ese no es Brendan. Esa es la descripción exacta de Osborn.

"Teresa", digo, intentando mantener mi voz calmada, "¿qué más hizo este... asistente mientras estuvo aquí?"

"Oh, fue muy amable. Me ayudó con algunas tareas del hogar, charlamos sobre vosotros dos. Incluso le di un pequeño tour por el ático."

Siento que el suelo se mueve bajo mis pies. La escoria. Aquí. En mi casa. Con acceso a todo.

"¿Dónde está ese regalo?", pregunto, mi voz más brusca de lo que pretendía.

Teresa parece un poco sorprendida por mi tono, pero señala hacia el salón. "Allí, sobre aquella mesa."

Atravieso el salón con un nudo en la garganta, mi mente funcionando a mil por hora. ¿Qué está tramando el hijo de puta? ¿Qué busca? Lisa me sigue de cerca, puedo sentir su ansiedad tan fuerte como la mía.

Sobre la mesa hay una caja elegantemente envuelta. La tomo, sopesándola. Es más pesada de lo que esperaba. Con cuidado, como si pudiera explotar en cualquier momento, la abro.

Dentro hay un portaretratos digital de última generación. Lo enciendo y las imágenes comienzan a pasar una tras otra. Son fotografías del ático. De la habitación de Lisa, con sus bolsas y maletas en el vestidor. La falta de fotos juntos en las paredes. Detalles que gritan que esta relación es una farsa.

"Hijo de puta", murmuro entre dientes.

"¿Qué es eso?", pregunta Lisa, acercándose.

Le muestro las imágenes y veo cómo el color abandona su rostro al instante. "Oh, Dios mío", susurra cubriéndose la boca.

Hay una nota adjunta al portaretrato.

"Queridos Dash y Lisa,

Espero que este pequeño obsequio os traiga gratos recuerdos de vuestra 'relación'. Ha sido una gozada conocer vuestro hogar tan íntimamente. Quizás deberíamos quedar para una cena y compartir historias. Tengo la sensación de que las vuestras son fascinantes.

Con cariño,
O."

La sangre me hierve en las venas. Osborn no solo ha invadido mi espacio, sino que está jugando con nosotros. Está dejando en claro que sabe que todo es una farsa, y que podría desmontarla en cuanto lo deseara.

"Debemos hablar con tu madre", me vuelvo hacia Lisa muy serio, mi voz apenas un susurro. "Necesitamos saber exactamente qué le dijo a Osborn."

Lisa asiente, su rostro una máscara de determinación. "Yo me encargo."

Volvemos a la cocina, donde Teresa está tarareando mientras saca la lasaña del horno. El olor delicioso ahora me revuelve el estómago.

"Mamá", dice Lisa, su voz controlada, "¿podrías explicarnos algo más sobre la visita de... Brendan? Nos encantaría saber de qué hablaron."

Teresa sonríe, ajena a la tensión que carga el aire. "Oh, fue una conversación muy agradable. Me contó sobre cómo se conocieron vosotros dos, lo feliz que est  Dash desde que mi niña est  en su vida" sonríe orgullosa y por la cara que pone Lisa puedo ver que se siente fatal. "También me pregunt  sobre tus hábitos, cariño. Dijo que quería organizar una fiesta sorpresa y necesitaba saber tus rutinas."

Cada palabra es como un puñal. Osborn ha estado recopilando información, y Teresa, sin saberlo, le ha dado un arsenal que podría utilizar contra nosotros en cualquier momento.

" Qu  más, mamá?" , presiona Lisa gentilmente. " Hablaron de algo más?"

Teresa frunce el ceño, pensativa. "Bueno, parecía muy interesado en las habitaciones. Cuando le mostró el  tico, coment  lo curioso que era que tuvierais cuartos separados siendo una pareja tan enamorada. Le expliqué que Dash a veces trabaja hasta tarde y no quiere molestarte.  He hecho mal?"

Cierro los ojos, intentando controlar la oleada de ira que amenaza con ahogarme. Me miro el puño herido. Sin duda debería haberlo estrellado contra el careto de Osborn.

"No, mamá, no hiciste nada malo", dice Lisa, su voz temblorosa. "Solo nos sorprende un poco que Brendan haya venido sin avisarnos."

Me excuso y voy al baño. Necesito un momento a solas para procesar todo esto. Me miro en el espejo, veo la tensión en mis ojos, la rigidez en mi mandíbula. Osborn nos tiene contra las cuerdas. Ha estado en mi casa, ha hablado con Teresa, ha fisgoneado todo, tiene pruebas de que nuestra relación es una farsa, y a saber qué otras cosas habría hecho.

Respiro hondo, intentando calmarme. No puedo perder el control ahora. Necesitamos un plan de emergencia.

Cuando salgo, encuentro a Lisa en el pasillo, su rostro pálido y preocupado. " Qu  vamos a hacer?", susurra.

"Continuar con nuestro plan. El cabrón ha ido demasiado lejos. Si esto fuera ajedrez podríamos decir que ha adelantado su reina prematuramente. Eso significa que puedo ponerle en jaque si act o con inteligencia. Pero Tenemos que ser más convincentes que nunca."

Lisa asiente, mordiéndose el labio. " Crees que deberíamos... ya sabes, compartir habitación? Para mantener las apariencias."

"Quizás algo más... drástico." Lisa me mira expectante. "Algo que circule como reguero y que me obligue a estar en el candelero hasta que el consejo se reúna y decida sobre mi futuro en la empresa. Sea lo que sea que trame Osborne, de seguro su próximo movimiento ser  salir a acusarme públicamente. Debo adelantarme con una jugada aún más audaz. Algo tan fuerte que anule cualquier ataque mediático."

" Algo como qué?" pregunta ella con un deje de preocupación en su voz.

“Algo como un vídeo íntimo filtrado a los medios, por ejemplo.”

Lisa abre los ojos como platos. “¿Quieres decir un vídeo de nosotros?”

Afirmo con la cabeza.

“¿Cómo el de Kim Kardashian? Oye, que esto no estaba en el contrato.”

"No tienes que hacerlo si no quieres."

Lisa camina de un lado a otro por la habitación con las manos entrelazadas sobre su pecho. Parece estar pensando con intensidad en el asunto.

"No tenemos opción. Es hundirnos o nadar," añado.

Al fin se detiene frente a mí, y cogiendo mis manos en las suyas, dice con una convicción que me conmueve.

"Dash, confío en ti."

Después de almorzar, envío a Teresa a pasear con James, esto nos da un par de horas para grabar el vídeo.

Coloco la cámara estratégicamente, asegurándome de que capture todo sin revelar demasiado. Es un acto delicado de equilibrio, como todo en este negocio.

"Recuerda", le digo, "tiene que parecer real, pero no demasiado explícito. Sugerente, no pornográfico."

"Entendido, jefe", bromea Lisa, pero puedo ver la tensión en sus hombros.

Tras intentarlo varias veces sin éxito, Lisa me detiene.

"¿Sabes? Esto sería mucho más fácil si no estuviéramos fingiendo."

"Quizá deberíamos dejarlo para más tarde...", empiezo, pero ella me interrumpe con un dedo en mis labios.

"Te quiero ahora," susurra, y durante las siguientes horas me olvido de la cámara, de que esto será visto por millones de personas, de que se supone que Lisa solo es mi chica de papel.

“Está todo grabado,” digo repasando la filmación en mi móvil. “Ahora toca hacer lo más difícil.”

Lisa asiente y nos vestimos en silencio, la tensión en el aire palpable porque ninguno de los dos está seguro de querer hacer esto. Cuando finalmente tengo el video editado y listo para enviar, la realidad de lo que estamos a punto de hacer me golpea.

Mi dedo roza varias veces el botón "Enviar". Me resisto a hacer algo que podría arruinar la vida de esta chica. Lisa se remueve a mi lado. Tomando aire me coge de la mano.

"Lo haremos juntos," susurra.

Entrelazo mis dedos con los de ella. "Eres valiente."

Se acerca aún más a mí y la beso con ternura. Ella responde al instante, cerrando los ojos y estremeciéndose. No quiero romper el beso. Es la primera vez en años que siento que podría estar besando a alguien durante toda mi vida sin aburrirme.

Al volver a abrir los ojos, Lisa no duda ni un instante: empuja mi mano en dirección al móvil y juntos presionamos el botón que enviará el vídeo a un océano de personas ahí fuera.

Capítulo 36

Dash

Necesito despejar la cabeza.

Saco mi Lamborghini del garaje y conduzco a paso de hombre hasta coger la autopista.

“Ha sido arriesgado, pero parece estar funcionado,” me digo sintiendo la adrenalina en el cuerpo porque nadie en las redes ni en la calle está hablando de otra cosa que del vídeo del CEO de Socialgram y su mujer.

Y en unas pocas horas, en cuanto salga a dar mi versión de los hechos, la cobertura mediática no hará más que intensificarse.

Debo admitir que es bastante incómodo imaginar que millones de hombres estén oyendo a Lisa gemir de placer, por mucho que me haya asegurado de que apenas se la vea en el vídeo. He tenido cuidado de que las únicas imágenes gráficas fueran las mías. Me la suda si mi rabo circula por internet, pero no me perdonaría jamás que cualquier capullo pudiera ver algo de Lisa que solo yo puedo ver.

Oh mierda... ya estás pensando en ella como en tu mujer.

“Lisa no es tuya”, me repito entre dientes, pisando con fuerza el acelerador.

Ella solo trabaja para mí. Y sí, follamos de vez en cuando. Igual hemos dejado que las cosas fluyan por demás, pero después de todo es solo sexo entre un hombre y una mujer que se han visto obligados por las circunstancias a compartir intimidad.

Solo eso.

En otras circunstancias, no lo hubiera hecho ni de coña.

Además, echar un polvo no es nada serio. Nada que te comprometa a llevar una relación al siguiente nivel.

¿Y cuál sería ese siguiente nivel con Lisa?

Hacerla mi novia de verdad...

El pensamiento suena tan absurdo en mi cabeza que río por lo bajo negando con la cabeza.

Al otro lado de mi ventanilla, una mujer me observa y me sonrío desde su coche. O piensa que estoy chalado o me está tirando los tejos. No me sorprendería ninguna de las dos opciones.

En cuanto cambian las luces del semáforo acelero para perderla de vista.

Enfilo hacia el norte, cruzando el puente del Golden Gate, hacia las montañas donde pueda conducir a toda pastilla.

Como dije, necesito aclararme.

La carretera serpentea hacia el Monte Tamalpais, ofreciendo vistas panorámicas de la bahía. Tomo Panoramic Highway, una carretera sinuosa que se retuerce por las laderas del monte.

Aquí, lejos del tráfico de la ciudad, puedo pisar el acelerador sin problema. El coche responde con un rugido, devorando el asfalto mientras bordeo precipicios y atravieso bosques de secuoyas.

Cada curva cerrada es un desafío, una distracción bienvenida de mis pensamientos sobre Lisa. La emoción fluye por mis venas mientras negocio los giros a toda velocidad.

En lo alto de la montaña, donde el aire es más fresco y el silencio más profundo, finalmente levanto el pie del acelerador. Encuentro un mirador y detengo el coche, dejando que el motor se enfríe mientras intento hacer lo mismo con mi cabeza.

Miro mi móvil, dudando unos segundos. Finalmente marco el número de Osborn.

La escoria no tarda en coger la llamada. "Leister, vaya sorpresa"

Oírle me repugna, pero me complace el matiz de sorpresa y confusión en su voz.

"Dime, basura, ¿ahora quién tiene cogido de las pelotas a quién?"

"Púdrete. Tú y tu novia falsa."

"Mira, hijo de puta," le espeto levantando la voz, "aunque hayas caído ya muy bajo tratando de arrebatarme el puesto, recuerda que siempre se puede caer aún más."

Cuelgo y bloqueo su puto número.

Es hora de regresar a casa. Queda un consejero delegado al que debemos hacerle una visita y, ahora que me he vuelto una estrella del porno, no lo veo nada fácil.

Capítulo 37

Lisa

El aroma a especias y comida frita flota en el aire, mezclándose con el olor a hierba recién cortada del parque.

Off The Grid es un caos organizado de food trucks, mesas plegables y gente hipster con más piercings que cabellos... Y aquí estoy yo, Lisa Martinez, la nueva Kim Kardashian, sentada en una mesa de plástico que ha visto mejores días, intentando ocultarme del escrutinio público bajo un sombrero y gafas negras, mientras mi madre y James me observan con preocupación.

"Mija, ¿estás segura de que quieres comer aquí?" pregunta mi madre, mirando a toda la gente alrededor.

"Sí, estaré bien. Este es mi sitio preferido, no dejaré de venir solo porque la gente me mire extraño."

James sonríe discretamente.

"Es usted muy valiente, señorita."

"Oh, James, gracias. Eres muy dulce."

Estoy a punto de quitarme el sombrero ridículo cuando noto que la mesera que viene hacia nuestra mesa me mira como si acabara de ver a Beyoncé en persona.

Oh, no, aquí vamos otra vez.

"Disculpe, ¿es usted Lisa? ¿La novia de Dash Leister?" pregunta, con los ojos brillantes de emoción.

Respiro hondo. Sonrío. No la mandes a la mierda, Lisa. No es su culpa que tu vida se haya convertido en un reality show.

"Sí, soy yo."

"¡Oh, Dios mío!"

Asiento con gravedad. "Ha sido inesperado y potencialmente desastroso, pero hemos sobrevivido."

Algo confundida por mi respuesta, se aparta un mechón azul de la cara. Puedo ver su sonrisa y juraría que hasta podría ver los corazoncitos parpadeando en sus pupilas.

"¡Oh, debe haber sido estupendo!" chilla la mesera. "No te imaginas lo que a mí y a mis

amigas nos habría gustado estar en tu lugar. ¡Eres nuestro ídolo, Lisa!"

Ahora sí que estoy flipando en colores. ¿Ídolo? ¿Yo? ¿Por qué? ¿Por salir en un vídeo no apto para menores de veintiún años?

Más confundida que nunca miro a James, que se sonríe discretamente.

La camarera arranca una hoja de su libreta de comandas y me la tiende junto a un boli. "¿Podrías darme un autógrafo? ¡Las chicas alucinarán cuando sepan que te he conocido!"

"Claro, ¿por qué no?" digo, tratando de mantener mi sonrisa. "¿Cómo te llamas?"

"Flor de Luna", responde ella, radiante.

Por supuesto que se llama Flor de Luna.

"¿Padres hippies, eh?"

La chica asiente con una sonrisa. Mientras garabateo algo genérico sobre perseguir sueños y ser auténtica (¡ja, la ironía!), no puedo evitar pensar: Si ganas un premio Nobel nadie te reconoce, pero sales en bragas en un vídeo y todos parecen pensar que eres especial.

Finalmente, tras darle el autógrafo, le digo, "Ahora, asegúrate de traer nuestros burritos con mucho relleno, ¿eh?"

"¡Claro! Extra relleno y los refrescos corren por cuenta de la casa."

La camarera se aleja, abrazando el pedazo de papel como si fuera el Santo Grial, y yo me desplomo en mi silla.

"Bueno, eso fue... interesante", comenta James, con ese tono diplomático que debe haber perfeccionado después de años de lidiar con los berrinches de Dash.

Mi madre, por su parte, vuelve a santiguarse. Creo que ha batido su récord personal de santiguadas por minuto. "Ay, niña, sabía que un día el mundo descubriría tus talentos."

Ruedo los ojos tan fuerte que creo que puedo ver mi cerebro. "Mamá, por favor. Lo único que ha visto el mundo es mi trasero."

"Un bonito trasero cortesía de tu madre", replica ella y James suelta la risa.

Cuando la camarera al fin nos trae el pedido, los tres estamos tan famélicos que al unísono damos un gran bocado a nuestros burritos.

"Saben", dice James, limpiándose la boca con una servilleta de papel, "la fama es un fenómeno fascinante. Es como un espejo distorsionado de nuestra sociedad. Refleja lo que valoramos, aunque a veces esos valores estén... un poco torcidos."

Me quedo mirándole pensativa. "James, ¿alguna vez has pensado en dejar de ser chófer y convertirte en gurú? Porque, amigo, tienes futuro en eso."

Él vuelve a reír, un sonido cálido y reconfortante. "Oh, no, señorita Lisa. Prefiero la

sabiduría del asiento del conductor. Desde allí, uno ve muchas cosas."

"Sí, como el trasero de los ricos y famosos", bromeo, pero mi mente le sigue dando vueltas al asunto. James tiene razón. Este circo mediático alrededor de mi "relación" con Dash... ¿qué dice realmente sobre nosotros como sociedad?

En ese momento mi móvil vibra. Es Dash.

"Hey, al fin", contesto animada.

"¿Todo bien?"

"Sí, todo genial. Estamos en Off The Grid, atiborrándonos de comida callejera y firmando autógrafos. Ya sabes, lo usual."

"Me alegro de que te estés divirtiendo. Escucha, tendremos una gran cena familiar en el ático esta noche."

"¿En serio? ¡Qué emoción!"

"No tanta. Será nuestra última misión. Nuestros huéspedes deben salir pensando que somos una familia unida."

"Oh, ¿has conseguido convencer al último consejero?"

"Lo hemos hecho juntos", responde él. "Gracias al vídeo, de pronto todo el mundo quiere meter sus narices en la vida de Dash Leister."

"Y su mujer", añado, casi sin pensar.

Del otro lado de la línea oyo un silencio, y cuando Dash vuelve a hablar, su voz es sorprendentemente cálida. "Exacto. Leister y su mujer."

Siento un calor expandirse por mi pecho, y de repente los ruidos del parque, las risas de la gente, el aroma de la comida, todo parece desvanecerse.

Solo somos Dash y yo, conectados por esta extraña relación que hemos construido.

"Disfruta del día, pero asegúrate de que estaréis listos para las ocho".

"Oh, ¿tan pronto?" bromeo. "¿No puedo quedarme a la fiesta rave en el parque?"

Puedo prácticamente oír su sonrisa en el regaño. "Lisa..."

"Vale, vale. Oye, ¿quieres que mamá y yo preparemos una cena latina abundante? Ya sabes, para impresionar a nuestros invitados."

"Me encantaría", responde Dash, y suena sincero.

Hay un momento de silencio, y antes de que pueda detenerme, las palabras salen de mi boca: "Dash, te echo de menos."

La pausa que sigue parece eterna. Puedo oír mi corazón latiendo en mis oídos. ¿He cruzado una línea? ¿He roto nuestra pequeña burbuja de fingir-pero-no-tanto?

Finalmente, su voz llega, suave y casi vulnerable: "Y yo a ti."

Cuelgo el teléfono y me vuelvo hacia James y mi madre, que me miran con una mezcla de curiosidad y preocupación. No puedo contener mi emoción.

"¡Esta noche hay jaleo!" exclamo zampándome lo que queda de mi burrito. "Oye, mamá, tenemos que ir de compras. Necesitamos ingredientes para la mejor cena casera."

"Eso me lo dejas a mí" se vuelve hacia James, "¿conoces algún buen mercado de especias por aquí cerca?"

"Conozco el lugar perfecto, señora Teresa. Os llevaré allí de inmediato."

El viaje al mercado es un torbellino de colores, olores y sonidos. Mi madre y yo discutimos recetas, debatimos sobre qué platos impresionarán más a los invitados de Dash, y yo intento desesperadamente no pensar en lo que significa que mi corazón se acelere cada vez que pienso en él.

"Mira", dice mi madre, sosteniendo un aguacate como si fuera una joya preciosa. "Estos están perfectos para el guacamole."

Tuerzo la boca. "¿No crees que necesitamos algo más... ¿sofisticado?"

"¿Sofisticado?" Mi madre resopla indignada. "¡Lisa, la comida de nuestra familia ha alimentado a generaciones de Martínez! No necesita ser sofisticada, necesita tener corazón."

Me detengo, mirándola con cariño.

"Tienes razón", admito. "Hagamos lo que sabemos hacer mejor. De todos modos esta gente puede ahogarse en caviar y langosta cualquier otro día, ¿no?"

Pasamos la siguiente hora llenando nuestro carrito con chiles, tomates, cilantro, y toda una variedad de ingredientes que harían que cualquier abuela mexicana asintiera con aprobación. James nos sigue pacientemente, cargando bolsas y ocasionalmente ofreciendo sugerencias sorprendentemente atinadas sobre la gastronomía Tex-Mex.

"¡James!", exclamo boquiabierta mientras él examina un jalapeño con ojo crítico, "¿hay algo que no sepas hacer?"

Él sonríe con aquel brillo enigmático en sus ojos. "La vida es un constante aprendizaje, señorita Lisa. Nunca se sabe cuándo un conocimiento aparentemente inútil puede volverse invaluable."

"Eres como una galleta de la fortuna con ruedas, ¿lo sabías?"

Cuando finalmente terminamos nuestras compras, el sol ya está empezando a ponerse, pintando el cielo de la bahía con tonos de naranja y rosa.

Mientras dejamos las bolsas sobre la encimera de la cocina, no puedo evitar sentir una mezcla de emoción y nerviosismo.

"¿Crees que les gustará?" pregunto a nadie en particular, mientras me ajusto el delantal de cocinera y echo un ojo a nuestro botín de ingredientes.

Mi madre me da unas palmaditas en la mejilla. "Oye, tú haz lo mejor y ponle mucho amor como te he enseñado, y no te preocupes por nada más. Si no les gusta, es que no tienen papilas gustativas. ¡Venga, manos a la obra!"

Capítulo 38

Dash

"Estás muy guapo", Lisa me guiña un ojo mientras me arregla el nudo de la corbata. Luego se pone en puntillas para darme un beso húmedo en los labios.

Su puto sabor es intoxicante.

Decir que luce deslumbrante es quedarse corto.

Lleva un vestido verde que le sienta como un guante, abrazando cada curva de su cuerpo. Su cabello suelto cae en oleadas de rizos y lleva unas flores frescas en el pelo.

Igual que una maldita princesa de cuento, pienso sonriendo para mis adentros.

Hemos bajado a recibir a nuestros invitados. Liu, quizás el integrante del consejo más influyente, es inmigrante coreano y su historia de superación y ascenso sería increíble si no fuera tan capullo. Su esposa es una odiosa pija cuyo bisabuelo fue uno de los barones del ferrocarril, que se ha criado en una mansión patricia de Nob Hill, y que se comporta como si creyera que el dinero crece en los árboles.

Aunque ya nos han visto no se cortan y continúan cuchicheando mientras nos echan miradas furtivas.

"¿No se suele esperar a estar a solas para poner verde a uno?", pregunto entre dientes bastante cabreado.

Lisa me da un codazo y ríe por lo bajo. "Shh, que van a oírte."

Cuando al fin nos encontramos, las dos parejas nos saludamos con desconfianza mutua, como si ninguno de los cuatro deseáramos estar aquí.

Me aclaro la garganta. "Lisa, te presento a Justin Liu y su esposa Griselda."

Justin estrecha la mano de Lisa con una sonrisa educada. Griselda, por otro lado... su mirada es fría, calculadora. Mierda. Puedo ver el desastre venir a kilómetros.

"Encantada", dice Lisa, su sonrisa no llega a sus ojos. Oh, sí. Esto va a ser una catástrofe

Al entrar al ático, y mientras los Liu se quitan los abrigos en el guardarropas, algo llama nuestra atención. Teresa está dando voces en la cocina. Lisa y yo intercambiamos una mirada de alarma, entonces me excuso y salgo pitando en dirección a la cocina, agradecido por la distracción.

La escena que encuentro es... cuanto menos peculiar. James está de pie junto a Teresa y lleva un gorro de cocinero que le queda pintado.

"Oye, James", digo arqueando una ceja, "a lo mejor me rentas más como chef."

James, que está mondando patatas, alza la cabeza. "No creo, señor. Aquí la señora Teresa me dice que sufro de una enfermedad de la que no tenía noticia hasta ahora: salerofobia."

Teresa, que en ese momento está sacando una fuente humeante del horno, añade, "Y a tu edad me temo que es incurable, pues todo lo que tocas lo dejas soso y no vales para una mierda en la cocina."

Madre mía, menudo carácter se gasta mi suegra. Estos dos podrían acabar juntos y ya nada me sorprendería.

James se encoge de hombros. "Tiene razón. Mis patatas han quedado desabridas. Ahora me ha bajado de categoría: solo puedo acercarme al mondador".

No puedo evitar la carcajada. Ver a James, siempre tan compuesto, luchando con unas patatas es, como poco, refrescante.

En ese momento Justin aparece detrás de mí, olisqueando el aire como un sabueso. "Huele delicioso. ¿Comida thai?"

Teresa se gira, sus ojos echando chispas. "Creo que alguien necesita una nueva nariz."

Oh, mierda.

Intento salvar la situación. "Justin, te presento a Teresa, la madre de Lisa. Es nuestra master chef esta noche."

Teresa suaviza su expresión, pero puedo ver que el daño está hecho. Genial. Y no llevamos aquí ni cinco minutos.

Volvemos al salón. Lisa y Griselda están de pie, separadas por lo que parece un abismo invisible. Esto podría ser peor que poner dos gatos en la misma bolsa. Apunto mentalmente: no vuelvas a cometer el error de dejarlas a solas.

"Lo siento, Lisa", está diciendo Griselda, su voz goteando falsa simpatía. "Debe ser horrible, todo ese asunto del vídeo."

Cierro los ojos por un segundo y no me atrevo a abrirlos. Pero Lisa... Dios, vaya mujer más brillante, me sorprende una vez más porque la veo erguirse en su asiento como una reina, sus ojos brillando con desafío. "¡Qué va! Todo lo contrario. Soy joven y bonita, y por sobre todo amo a mi hombre. No veo ese vídeo como algo malo, sino como otra expresión de nuestro amor. Si allí fuera hay mentes morbosas y retorcidas a quienes eso les molesta, pues allá ellos."

¡Joder, así se habla! Me dan ganas de aplaudir, pero me contengo. Está claro que se llevan fatal y que hará falta un milagro para que la noche no acabe en tragedia.

Nos sentamos a la mesa y Teresa trae bandejas de comida que huele a gloria. Aun así,

el ambiente se ha vuelto tan incómodo que se me hace difícil probar bocado. Mierda, es exactamente lo opuesto del ambiente familiar que pretendía transmitir.

"Entonces, Dash", dice Justin sin intentar siquiera fingir una sonrisa, "¿cómo os conocisteis tú y Lisa?"

Ah, mi parte favorita, me digo con ironía y me paso una mano por el pelo mientras me invento una respuesta políticamente correcta. Pero antes de que pueda hablar, Lisa se me adelanta.

"Oh, no fue tan romántico como se podría suponer", ríe, su encanto brillando de nuevo al mirarme a los ojos. "¿Lo recuerdas, verdad mi amor? Yo estaba con mi amiga Amanda en una tienda comercial probándome un jersey cuando veo a un pringadillo que se acerca a nosotras. Es demasiado jersey para tan pocas tetas."

Casi me atraganto al oírla, jamás pensé que mencionaría aquello.

"¡Hija!" grita Teresa desde la cocina.

"¡Es la verdad, mamá! Así de capullo era tu yerno cuando era un adolescente."

Estoy por pedir disculpas por el exabrupto de mi novia cuando las risas auténticas de Justin y Griselda me detienen en seco.

Les miro confundido. ¿De verdad está funcionando?

Lisa continúa entre risas. "Mandy, mi amiga, me dice 'Oh, no le hagas caso, es el capullo de mi hermano.'"

Justin se interesa, "Oh, no sabía que eras amiga de Amanda. ¿Con que así se conocieron? Vaya, es una historia increíble."

Lisa asiente con una gran sonrisa. "Y espera a oír las historias realmente fuertes."

"Cariño, por favor," intercedo, "no queremos traumatizar a nuestros invitados."

Demasiado tarde, Lisa ha entrevisto el camino para salir de este laberinto y, conociendo lo cabezota que es, no se apartará de él.

"Al principio pensé que no tenía corazón," continúa mirándome con los ojos entrecerrados. "¡Era tan antipático!"

"Sí, esa es la impresión que suelo dar," reconozco y observo a los Liu que asienten con la cabeza, como si por una vez estuvieran completamente de acuerdo conmigo.

"¿Pero sabéis qué?" se vuelve a ellos con unos ojos de bambi tan tiernos y brillantes que cualquiera quisiera adoptarla de inmediato. "Cada noche antes de dormir, agradezco a Dios por haberme dado la paciencia y fortaleza que me permitieron desvelar a la gran persona que había detrás de toda aquella chulería."

Inesperadamente, una lágrima rueda por la mejilla de Lisa. Y luego otra. Sus ojos están empapados y me quedo de piedra al verla. ¿Es posible que esté actuando? De pronto siento un nudo en la garganta. La abrazo porque no sé qué otra cosa hacer. Ella se

ovilla en mis brazos y me besa.

"Ah," suspira Griselda. "Es tan dulce."

Justin me da una palmada en la espalda. "Tío, sí que has tenido suerte. ¿Que una mujer pueda ver a través de tus defectos y aceptarte como eres? ¡Eso vale oro!"

¿De verdad lo está haciendo otra vez? Lisa y su puñetera magia. No me lo creo.

James y Teresa han terminado en la cocina y cuando se unen a la mesa las risas solo parecen multiplicarse. Teresa dice algo descarado sobre los "gringos estirados" que hace que Justin ría hasta las lágrimas. James ofrece comentarios filosóficos punzantes, que nos dejan a todos pensativos. Y Lisa, pues es ella misma y cada vez que habla parece iluminar el salón.

Mientras tanto yo no puedo dejar de sonreír, disfrutando de una auténtica cena en familia por primera vez en mucho tiempo.

Mis ojos regresan una y otra vez a Lisa. Me doy cuenta de que es una mujer única y que cualquier hombre podría ser feliz junto a ella. ¿Cómo narices no lo he podido ver antes? A veces, para ciertas cosas, puedes ser muy miope, me digo negando con la cabeza.

Cualquier hombre podría ser feliz junto a Lisa...

Aquel pensamiento me perturba. Imaginarla junto a otro hombre que no sea yo, me pongo malo solo de pensarlo. Rápidamente aparto esas imágenes de mi cabeza y me centro en el momento. En el aquí y ahora. Porque mientras dure esta farsa, esta chica sigue siendo mía.

Mía y de nadie más, me repito.

Para el postre salimos a la terraza y nos sentamos a disfrutar de las vistas de la ciudad. Las historias fluyen, el vino corre, y antes de darme cuenta, los Liu están haciéndose selfies con Lisa.

"¡Eres tan divertida!", exclama Griselda, abrazando a Lisa. "Tienes que venir a nuestro próximo brunch."

En un momento Teresa pone música y saca a bailar a Justin. Debo restregarme los ojos varias veces porque no me creo lo que estoy viendo. ¿El señor Liu bailando salsa con Teresa? El hombre que hace unas horas parecía dispuesto a sacrificarme, ahora está moviendo las caderas al ritmo de "Oye Como Va" mientras Teresa le grita instrucciones en spanglish.

Me acerco a Lisa, que observa la escena con una mezcla de asombro y diversión.

"¿Qué demonios ha pasado?", murmuro.

Ella me mira con ojos chispeantes repletos de picardía. "Magia latina, cariño. Nadie puede resistirse."

Y entonces, sin previo aviso, me toma de la mano y me arrastra a la pista de baile

improvisada en la terraza.

"Vamos, señor CEO", dice, riendo. "Muéstrame lo que tienes."

Y por una vez, decido mandar todo al carajo. La tomo en mis brazos y comenzamos a bailar.

Ella se aprieta a mí, aplastando su pecho contra mi cuerpo. Mientras se contonea sensualmente, trazo su figura con mis manos, deteniéndome en sus caderas. Sacude el pelo con gracia y gira sin parar, siguiendo el ritmo a la perfección mientras se sonríe y coquetea conmigo. Es un momento mágico donde nada más importa.

Bailamos hasta perder la noción del tiempo y unas horas más tarde, después de que Justin y Griselda se hayan ido (no sin antes prometer volver pronto para otra cena), me encuentro de nuevo en el balcón junto a Lisa.

"Eso fue...", comienzo, sin saber cómo terminar la frase.

"Surrealista" completa Lisa, sonriendo.

Asiento, riendo suavemente. "Exactamente." Y tras una pausa añado. "Un desastre seguro que, de alguna manera, hemos convertido en un éxito rotundo."

Nos quedamos en silencio por un momento, mirando las luces de la ciudad. La noche está fría y Lisa se abraza a sí misma frotando sus manos contra sus brazos para darse calor. Sin pensarlo, me quito la chaqueta y se la pongo sobre los hombros.

Ella levanta los ojos para mirarme.

"Lisa", comienzo, sin saber realmente qué voy a decir.

Pero ella me silencia, poniendo un dedo sobre mis labios. "No lo arruines, Dash", dice, sonriendo. "Ha sido una noche perfecta. Dejémoslo así."

Y antes de que pueda responder, se pone de puntillas y me da un beso en la mejilla.

Luego se va, dejándome solo en el balcón, con el corazón acelerado y la cabeza dando vueltas.

Capítulo 39

Lisa

"Creo que le amo."

Jolín, ¿acaso he dicho eso en voz alta?

La línea telefónica queda en silencio durante varios segundos y me desespero.

"¿Mandy, sigues aquí? Venga, si no enciendes la cámara ¿cómo se supone que sabré que no te ha dado algo?"

Su risa cristalina brota a borbotones y calma mi ansiedad.

"Sigo aquí, tranquila, es que me has dejado sin palabras. ¿Estamos hablando de amor romántico o amor cachondo?"

Me da mucha vergüenza admitirlo.

"Creo que un poco de cada uno."

"¿Solo un poco?"

"¡Bastante!" exclamo y me entra la risa. "Oh cielos, estoy colada por tu hermano."

Amanda suelta uno de sus grititos que no sabes si esta feliz o le has pisado la cola al gato.

Preocupada frunzo el ceño. "¿Estás cabreada?"

"Qué va, esto es música para mis oídos, cuñada."

"¡Oye, no me llames así!"

Mandy ríe. "Dime, ¿qué piensa él acerca de esto?"

"Pues... nada porque no lo sabe."

La oigo chasquear la lengua. "Ah, seguro que lo sabe. Mi hermano no tiene un pelo de tonto y tú eres demasiado transparente, Lisa. Estas cosas se ven a la legua."

Odio pensar que pueda notárseme tanto. "Hablando de verse a la legua, venga, enciende la cámara, necesito verte a la cara mientras me confieso."

"Eh... ahora mismo no puedo."

"¿Estás en el retrete?"

"No, es solo que..."

"Oh, te conozco Mandy. ¡Estás con alguien!"

Completo silencio del otro lado de la línea. ¡Eso confirma mi hipótesis!

"¡Lo sabía! Te has liado con un italiano guaperas. ¡Y me la juego a que están desnudos en la cama!"

"¡Lisa, no empieces!"

"Pero admite que he acertado."

"Algo así. Pero no estoy desnuda, ¡y él tampoco!"

"Ajá, claro. Y yo soy la reina de Inglaterra."

"Lisa, de verdad, no es lo que piensas. Estamos... bueno, vestidos. Más o menos."

"¿Más o menos? ¿Qué significa eso? ¿Lleváis puesta la ropa interior y nada más?"

"¡Lisa!" La voz de Mandy suena entre divertida y exasperada. "¿Podemos centrarnos en ti y en mi hermano? Eso es mucho más interesante que mi vida amorosa."

"Oh, no. No vas a escaparte tan fácilmente. Cuéntamelo todo. ¿Cómo se llama? ¿A qué se dedica? ¿Te trata bien?"

Escucho a Mandy suspirar. "Se llama Marco. Es chef. Y sí, me trata como a una princesa. ¿Contenta?"

"Para nada. Necesito más detalles. ¿Cómo os conocisteis? ¿Fue en algún restaurante chic de Roma? ¿O quizás en una de esas plazas tan románticas?"

"Lisa, de verdad, ahora no es el momento. Estábamos hablando de ti y de Dash."

"Oh, vamos. Dame algo más."

Mandy suspira. "Vale, no habla español y me dice 'bella mia' como en las puñeteras películas, ¿satisfecha?"

"¡No!"

Mi amiga gruñe contra el micrófono del móvil.

"Vale, vale, no insistiré pero por favor no me cuelgues."

"En serio, Lisa. ¿Qué vas a hacer al respecto?"

Me dejo caer en el sofá, hundiendo la cara en un cojín. "No tengo ni idea. ¿Mudarme a Siberia? ¿Cambiarle el nombre y empezar una nueva vida como pastora de cabras?"

"Muy graciosa."

"Pero, Mandy, ¿qué se supone que debo hacer? Dash... él es... es tan..."

"¿Irritante? ¿Arrogante? ¿Un dolor en el trasero?"

"Todo eso y más," admito. "Pero también es... no sé. Hay momentos en los que es

dulce y considerado. Momentos en los que me mira y siento que podría derretirme."

"Ugh, qué cursi," dice Mandy, aunque puedo escuchar la sonrisa en su voz. "Pero me alegra oírlo. Sabía que vosotros dos harían buena pareja."

"Pero, ¿y si me rechaza? ¿Y si le digo que le amo y se ríe en mi cara? No podría soportarlo."

"Mi hermano jamás haría eso," dice Mandy con seriedad. "Puede ser un idiota a veces, pero no es cruel."

"No lo sé. Es demasiado arriesgado."

"La vida es un riesgo, cariño. Si no te arriesgas, nunca ganas."

"Vaya, ¿desde cuándo eres tan cool?"

"Desde que me acuesto con un italiano guapísimo," ríe Mandy. "En serio, Lisa. Creo que deberías decírselo."

"¿Y arruinar todo? ¿Y si me echa? ¿Dónde voy a vivir?"

"Siempre puedes venir a Roma conmigo," sugiere Mandy. "Tengo espacio de sobra en mi apartamento."

"Claro, y entrometerme entre tú y tu chef italiano. No, gracias."

"Es que si no se lo dices te vas a volver loca."

"¿Quién dice que no lo estoy ya?"

"Buen punto. Pero aun así, creo que deberías decírselo."

Suspiro, hundiendo más la cara en el cojín. "No sé, Mandy. Es complicado."

"El amor siempre lo es," dice ella suavemente. "Pero vale la pena, ¿no crees?"

Pienso en mi experiencia atroz con Mark y me entran escalofríos. Tengo miedo de salir herida de nuevo. Si alguien volviera a jugar con mi corazón creo que no lo resistiría.

"Supongo," murmuro. "Pero, ¿y si él no siente lo mismo? ¿Y si solo me ve como... no sé, como la amiga de su hermana? ¿O peor, como una molestia que tiene que soportar?"

"Lisa, cariño, si mi hermano te viera como una molestia, créeme, lo sabrías. Dash no es precisamente sutil cuando alguien le desagrada."

"Eso es cierto. Pero aun así..."

"Aun así nada," interrumpe Mandy con exasperación. "Mira, Lisa, entiendo que estés acojonada como nunca antes en tu vida. Sé lo que se siente tener sentimientos que crees que no tienes derecho a sentir... Pero conozco a mi hermano, y sé que no es el tipo más expresivo del mundo cuando se trata de sentimientos, pero te puedo asegurar que le importas. Y probablemente esté tan asustado como tú de admitirlo."

"Eso quiere decir que estamos fregados."

"¡No, eso quiere decir que deberás ser tú quien dé el primer paso! Mostrarle que está bien ser vulnerable."

"Pero, ¿y si me equivoco? ¿Y si lo arruino todo?"

"¿Y si no lo haces?" contraataca Mandy. "¿Y si este es el comienzo de algo maravilloso?"

Me quedo en silencio, considerando sus palabras. La idea de confesarle mis sentimientos a Dash me aterra, pero la idea de no poder hacerlo nunca y vivir el resto de mi vida preguntándome 'qué hubiera pasado si', me asusta aún más.

"Igual tienes razón," digo finalmente.

"Entonces, ¿lo harás? ¿Hablarás con él?"

Cojo aire y lo dejo escapar lentamente. "Sí, creo que sí. Pero necesito tiempo para pensar en cómo hacerlo."

"No lo pienses demasiado o te paralizarás," me advierte Mandy. "Haz lo que mejor sabes hacer, Lisa. Actúa desde el corazón."

Afirmo con la cabeza. "Te aseguro que lo haré, tú me has dado la inyección de valentía que necesitaba, gracias" digo suavemente. "No sé qué haría sin ti."

"Siempre estaré para ti. Y realmente creo que tú y Dash podrían ser algo especial."

Tras colgar el teléfono me quedo mirando al techo, mi mente dando vueltas con todo lo que hemos hablado.

"Dash y yo podríamos ser algo realmente especial", me repito como un encantamiento.

La idea de confesarle mis sentimientos me aterra, pero sé que Mandy tiene razón. Si continúo viviendo con él y me convierto en su follamiga acabaré sufriendo... otra vez.

Lo más gracioso es que ya no pienso en él como en el hombre irritante, arrogante y a veces insoportable que solo quería deshacerse de mí.

He tenido la oportunidad de ver su lado humano, apasionado y, cuando se permite bajar la guardia, increíblemente dulce.

Me levanto del sofá y camino hacia la ventana, observando las luces de los rascacielos brillar en la noche. En algún lugar de esta inmensidad se encuentra Dash, ¿estará también pensando en mí?

Tomo una respiración profunda. De alguna manera debo ser capaz de reunir el valor. No puedo continuar viviendo en este limbo.

Es hora de tener mi primera cita de verdad con Dash.

Capítulo 40

Lisa

El sofá cruje bajo nuestro peso cuando mi madre se deja caer a mi lado, con un enorme bol de palomitas en su regazo. El aroma a mantequilla y sal inunda el salón, mezclándose con la tensión que flota en el aire.

Hoy es el día D.

O mejor dicho, el día D de Dash.

"¿Lista para el espectáculo?", pregunta Teresa, metiéndose un puñado de palomitas en su boca.

Asiento, incapaz de articular palabra. Mi estómago es un nido de serpientes hiperactivas. En cualquier momento, el consejo de Socialgram anunciará si Dash es confirmado como CEO.

Es como esperar los resultados de un examen, pero multiplicado por mil. Y con palomitas.

El presentador del telediario aparece en pantalla, con su sonrisa de pasta dental y su traje impecable. Habla sobre el tiempo, la bolsa, un gato que salvó a su dueño de un incendio... y yo comienzo a desesperarme. ¡Vamos, suéltalo ya!

"Si llegan a echar a Dash de su puesto, juro que iré a las oficinas de Socialgram y les haré tragar sus smartphones", murmura Teresa.

Río nerviosamente. "Tranquila, Terminator. No creo que la violencia sea la solución".

"Oh, cállate. Tú estarías justo detrás de mí, con un lanzallamas".

No puedo negarlo. Las palomitas se han convertido en piedras en mi estómago. Finalmente, el presentador cambia su expresión a una más seria.

"Y ahora, la noticia que todos en el distrito financiero están esperando..."

Mi madre y yo nos enderezamos y luego nos inclinamos hacia adelante al unísono, como si pudiéramos atravesar la pantalla y arrancarle las palabras de la lengua al presentador.

"El consejo de Socialgram ha tomado su decisión respecto al futuro liderazgo de la compañía".

Contengo la respiración. El tiempo se detiene.

"Dash Leister ha sido confirmado como CEO de Socialgram. El fundador del proyecto continuará en su cargo de manera indefinida".

Teresa y yo nos miramos primero y luego nos abrazamos. El grito que sale de nuestras gargantas podría despertar a los muertos. ¡O al menos a los vecinos! Saltamos del sofá, lanzando palomitas por todas partes como si fueran confeti.

"¡Lo hizo! ¡Lo hizo!", chillo, saltando como una niña de cinco años en una cama elástica.

Teresa me agarra de las manos y empezamos a dar vueltas por el salón, riéndonos como locas. Es como si los Warriors hubieran ganado el campeonato, ¡pero mucho mejor! Porque quién ha ganado aquí es Dash.

Mi Dash.

"¡Dios mío, Lisa!", exclama Teresa entre risas. "¡Tu novio es oficialmente el hombre más poderoso de Silicon Valley!"

Me detengo en seco, con el corazón latiendo a mil por hora. Mi novio. Dash. El CEO. De repente, la magnitud de todo esto me golpea como un tren de carga.

"Oh, mierda", murmuro de repente.

Mi madre me mira, confundida. "¿Qué pasa? ¿No estás feliz?"

"Sí, claro que sí", respondo rápidamente. "Es solo que... ¿y si ahora se da cuenta de que puede tener a cualquier chica que quiera? ¿Y si yo no soy suficiente?"

Mi madre me da un golpe en el brazo, fuerte. "¡Mama!", me quejo, frotándome en el lugar del impacto.

"Ni se te ocurra empezar con esa mierda", me advierte, apuntándome con un dedo acusador. "Eres mi niña. Eres una Martinez. Eres increíble, divertida, inteligente y sexy."

Chasqueo la lengua. "¿Sexy?"

"¿Por qué te sorprendes? Has heredado eso de tu madre." Me sonrojo pero mi madre continúa. "Si Dash no lo ve es porque necesita unas gafas más grandes que las mías".

Sonrío agradecida por sus palabras y le planto un beso en la mejilla.

"Te quiero, mami."

Volvemos al sofá, esta vez con una botella de champán que Teresa ha sacado de quién sabe dónde. "Esto merece una celebración en condiciones", declara, sirviendo dos copas rebosantes.

Justo cuando estoy a punto de dar el primer sorbo, el presentador anuncia un reportaje especial sobre el nuevo CEO de Socialgram. Y ahí está él, en toda su gloria. Cuando Dash aparece en pantalla, es como si el aire abandonara la habitación. Lleva un traje azul marino que resalta el color de sus ojos, esos ojos que podrían

derretir un iceberg. Su amplia sonrisa, que rara vez muestra en público, ilumina toda la pantalla. No puedo quitar mis ojos del televisor.

"Madre mía, está para comérselo," balbuceo sin darme cuenta de que estoy hablando en voz alta.

"¡Hija!"

Me sobresalto y miro a mi madre encogiéndome de hombros, "Es que es verdad, mami. ¡Mira qué guapo que está!"

La cámara sigue a Dash durante todo su día. En su despacho, inclinado sobre unos papeles, con el ceño fruncido en concentración. En la junta directiva, explicando algo con pasión, gesticulando con aquellas manos que conozco tan bien. En el gimnasio, levantando pesas como si no pesaran nada, con una fina capa de sudor cubriendo sus músculos. La periodista, una rubia que sigue a Dash como un cachorrillo, ríe de todas sus bromas, mirándole con ojos de adoración.

Siento una punzada en el pecho. Ver a esa mujer tan cerca de Dash, tocando su brazo cada dos por tres, me revuelve el estómago.

"Vaya, parece que tiene una fan", comenta Teresa, mirándome de reojo.

Intento sonar indiferente. "Bah, es la típica estirada".

Pero la vocecita en mi cabeza vuelve a la carga. ¿Ves? Así son las mujeres que deberían estar con Dash. Sofisticadas, elegantes, que saben qué tenedor usar en las cenas de gala. No tú, que comes cereales directamente de la caja y llevas calcetines de dos colores diferentes.

El reportaje termina, y me doy cuenta de que estoy agarrada del

cojín del sofá clavando mis uñas en él.

Teresa me mira, preocupada.

"¿Quieres ayudarme a preparar la cena?", pregunta suavemente.

Asiento, apagando la tele y forzando una sonrisa. "Claro, tanto telediarío me freirá el cerebro".

Teresa entrecierra los ojos y abre sus brazos. Doy un paso hacia ella y me dejo abrazar. Mi madre me conoce demasiado bien.

"Lisa... tú eres especial. Eres bonita, tienes un corazón de oro y puedes estar segura de que Dash ha visto eso en ti."

"Lo sé, lo he sacado todo de ti," sonrío. "Venga, vamos a preparar la cena. Despues subiré a arreglarme porque esta noche pienso llevar a Dash a celebrar el triunfo," le guiño un ojo y mi madre me devuelve un guiño cómplice que me hace soltar la carcajada.

Mientras cocinamos a cuatro manos, cantamos varias canciones de Taylor Swift a voz en cuello. Nos lo pasamos pipa picando verduras, estofando carne y escogiendo varias especias exóticas como dos brujas delante de su caldero mágico.

Cuando dan las siete, cuelgo el delantal de cocina y, tras plantarle un besazo a mi madre en su mejilla sonrosada, salgo pitando en dirección a mi habitación. Cierro la puerta y me apoyo contra ella, respirando profundamente. "Todo va a estar bien," me repito como

un mantra.

Abro el armario y me quedo mirando mi ropa. De repente, todo me parece inadecuado. Demasiado informal, demasiado barato, demasiado... yo.

Finalmente, me decido por el vestido rojo escarlata que Dash me compró para la gala. Como si fuera mágico, es enfundarme en él y sentirme una mujer elegante y sofisticada de San Francisco.

Mientras me maquillo pongo el vídeo de California Girls de Katy Perry que siempre consigue subirme el ánimo.

Además, me doy cuenta de que ahora esta canción se ha vuelto mi himno, porque finalmente me he transformado en una chica de California.

O eso espero.

Me maquillo con cuidado, intentando parecer sofisticada. El resultado es... bueno, que sigo pareciendo yo, pero con más rímel.

Mientras me pongo los pendientes, mi mente vaga hacia Dash. Hacia su sonrisa, hacia la forma en que sus ojos se oscurecen cuando le beso. Y luego hacia la noche mágica en la que bailamos en la terraza abrazándonos como si fuéramos las únicas dos personas en el mundo.

El pendiente se me cae de las manos, rebotando en el suelo.

Cuando voy a recogerlo me asalta una idea y quedo congelada, mirándolo sin ver.

Él ya no me necesita, pienso.

¡Oh, no, no, no! No empieces con tus paranoias. Recojo el pendiente y me siento en la cama, mientras me lo coloco me doy cuenta de que mis manos tiemblan. Los recuerdos de mi última relación, de cómo me pisotearon el corazón sin piedad, vuelven con fuerza. El dolor, la humillación, la sensación de no ser suficiente...

No puedo volver a pasar por eso. No con Dash. No cuando significa tanto para mí.

Por suerte, una parte de mí, esa parte tonta y optimista que se niega a morir, susurra:

“¿Y si él también te quiere? ¿Y si esto es real?”

Me levanto, decidida a no dejar que el miedo me paralice. Esto es lo que haré: Voy a bajar a darle la enhorabuena. Voy a mirarle seductoramente a los ojos y a hacer que desee besarme.

Y lo más importante, voy a pedirle la cita. Aunque me muera del susto, esta noche encontraré el valor para decirle lo que siento.

Mientras me miro una última vez en el espejo, ajustando mi vestido y respirando profundamente, no puedo evitar sentir que estoy a

punto de saltar al vacío sin paracaídas.

Por favor, Dios, ruego en silencio, ¡haz que no me estelle!

Con el último vistazo a mi reflejo, me digo guapa y me lanzo un beso con la mano, luego salgo de la habitación. Teresa me espera en el salón, con una sonrisa de apoyo.

"Estás preciosa", me dice, dándome un abrazo.

"Gracias", murmuro, intentando que no se note el temblor en mi voz.

Son más de las ocho y Dash aún no llega. Estoy demasiado nerviosa para permanecer sentada, así que bajo y subo en el ascensor privado como una desquiciada, mi corazón latiendo con el mismo mal presentimiento que, ahora me doy cuenta, he sentido durante toda la tarde.

Cuando las puertas del ascensor vuelven a abrirse en el garaje, le veo llegando en su coche. El traje azul que lleva hace que sus ojos se aclaren hacia un turquesa que me recuerda el mar cálido del Caribe.

"Nena, ¿qué haces aquí?" pregunta al verme.

Mi corazón da un vuelco y le sonrío embobada, pero él no solo no me devuelve la sonrisa, sino que me mira serio y me aparto para dejarle entrar. Tras pulsar el botón del ático, se vuelve hacia mí .

"Contigo quería hablar", dice en un tono cortante.

Mi estómago se retuerce como si acabara de tragarme una serpiente viva. "¿Pasó algo?", pregunto, mi voz apenas un susurro.

Dash me mira directamente a los ojos, su expresión indescifrable. "He decidido no renovar tu contrato".

Las palabras me dejan grogui como un puñetazo en la barbilla. Parpadeo, segura de que he oído mal. "¿Qué?"

"Lo que has oído, que ya no nos une una relación comercial", continúa, su tono tan impersonal como si estuviera hablando del clima. "Tu paga estará disponible mañana en tu cuenta bancaria".

Mi mente da vueltas, intentando procesar lo que está ocurriendo. Esto tiene que ser una broma, ¿verdad? Una broma de muy mal gusto.

"En cuanto compruebes que todo está en tu cuenta, te quiero fuera de aquí", añade, como si estuviera dando instrucciones a un empleado particularmente lento.

Rápidamente mi confusión da paso a la ira. "Pero... no lo entiendo", digo, mi voz temblando. "¿Por qué esa dureza? No tienes por qué actuar como un capullo, ¿sabes?"

"Lo siento, llevo prisa." Alarga su mano para digitar la clave del

ático, pero le detengo.

"¡No has cambiado nada, eres el mismo idiota de siempre!", escupo, tragándome las lágrimas pues no voy a dejar que me vea llorar.

Dash ni siquiera parpadea ante mi arretrato.

"No hay más farsa", responde, su voz tan filosa como una navaja. "Eso es todo. No tiene caso continuar. Tengo otros negocios que atender. Buenas noches".

Y así, sin más, Dash desaparece por el vestíbulo hacia el interior de la casa, dejándome sola en el ascensor, con el corazón hecho pedazos y un millón de preguntas sin respuesta.

Me quedo allí, inmóvil, durante lo que parecen horas. El ascensor sube y baja varias veces, pero no me muevo. No puedo. Es como si mis pies se hubieran fusionado con el suelo.

Finalmente, cuando el shock inicial comienza a disiparse, comienzo a aceptar la realidad de mi situación. Dash me ha echado. Me ha desechado como si fuera un juguete roto, sin siquiera una explicación.

Las lágrimas que he estado conteniendo finalmente se derraman, rodando por mis mejillas y arruinando el maquillaje en el que tanto me esmeré.

¿Cómo es posible que me haya enamorado de un hombre que ni siquiera me ve como a una persona?

Salgo tambaleándome del ascensor, hecha polvo, mis tacones resonando en el silencio del ático. Voy directamente a la habitación de mi madre, que está recostada leyendo un libro.

"¡Lisa! ¿Qué ocurre?", se incorpora al ver mi rostro manchado por los ríos de máscara de pestañas que han hecho mis lágrimas.

Intento hablar, pero lo único que sale de mi boca es un sollozo ahogado. Teresa me envuelve mientras hipeo y me derrumbo en sus brazos como una niña.

"Se acabó", logro decir entre sollozos. "Dash... él... no me quiere".

Ella me aprieta con más fuerza. "Oh, mi niña", murmura, su voz llena de compasión.

"Soy una idiota", balbuceo contra su hombro.

"No, no lo eres", dice ella firmemente, apartándome para mirarme. "Él es un auténtico imbécil con el corazón de piedra. Qué pena porque también yo me había encariñado con él".

"¿Qué voy a hacer ahora?" pregunto más para mí misma que para mi madre.

Pero ella alarga una mano y levanta mi barbilla hasta que nuestros ojos se encuentran.

“Lo que toda Martinez hace en estos casos.”

Capítulo 41

Dash

¡BRUMMM!

PLAS, PLAS, PLAS...

Corro como un maniaco intentando dejar atrás mis demonios.

Vaya novedad.

Pero ahora es peor, mucho peor, porque simplemente no puedo quitarme de la mente la imagen de los ojos vidriosos de Lisa.

La he decepcionado, y eso es una puta tortura.

Mi única esperanza es que cuando toda esta mierda acabe, pueda comprender por qué he actuado así y perdonarme.

Caóticas, las imágenes del día regresan a mi mente. Intento ordenarlas, pero es como poner en orden un puto puzle del tamaño de una cancha de béisbol.

PLAS, PLAS, PLAS...

La tensión palpable en la sala de juntas. Los ojos de cada uno de los consejeros rehuyendo los míos cuando me he plantado para mirarlos.

Las dudas hasta el último segundo. La rabia que me recorre el cuerpo de arriba abajo. Ver que todo lo que he construido durante años está en las manos de un puñado de hombres, ninguno de los cuales estuvo allí en los primeros años repletos de noches enteras de trabajo e incertidumbre.

Aun así, mantengo mi expresión neutra. No les doy la satisfacción de ver ni un atisbo de debilidad.

"El consejo ha decidido confirmar a Dash Leister como CEO permanente de Socialgram".

Las palabras resuenan en la sala de juntas, pero no celebro.

Sé que este no es el final sino apenas el comienzo.

Asiento con gravedad, mi voz firme cuando respondo: "Agradezco la confianza del consejo. No les defraudaré".

Entonces regresa a mi mente el rostro desilusionado de Lisa, su corazón hecho trizas mientras subimos el ascensor, el dolor de tener que alejarla de mí...

Apuro el paso sobre la cinta hasta extremos dolorosos.

PLAS, PLAS, PLAS.

El recuerdo desaparece y vuelvo a verme saliendo de la puñetera junta a toda prisa. Antes de que los reporteros puedan alcanzarme, me encierro en mi despacho y escribo en mi teléfono encriptado, "Luz verde".

Dos palabras que probablemente desencadenen un huracán.

La respuesta llega en segundos: "Entendido. Operación en marcha".

Y más tarde, cuando ya estoy en el coche:

"Águila en el nido. Repito, águila en el nido."

Eso significa que la policía ha entrado en la casa de Maxwell Osborn. Siento cómo la adrenalina inunda mi sistema.

Otro mensaje. Otro. Y otro más. La brigada me informa de sus avances en tiempo real. Oficinas aseguradas. Servidores confiscados. Documentos incautados.

Pero, ¿y Osborn?

Osborn parece haberse esfumado de la faz de la tierra.

Tres tonos y la voz con carraspera del jefe de la brigada responde al otro lado de la línea. "Señor Leister, hemos encontrado algo... preocupante".

Mi cuerpo se tensa instintivamente. "Hable".

"Es sobre Lisa Martinez", dice, y mi mundo se detiene por un segundo. "Hemos descubierto que Osborn tiene prácticamente su vida clonada: cuentas de redes sociales, documentos oficiales, incluida licencia de conducir y pasaporte, tarjetas de crédito... Absolutamente todo".

“¡Maldito psicópata!”

"Parece ser una amenaza directa contra la señorita Martinez, señor. Con esta información, Osborn podría suplantar su identidad o..."

No necesito que termine la frase. Mi mente ya está formulando mil escenarios terribles, cada uno peor que el anterior.

PLAS, PLAS, PLAS...

Y ahora Lisa está en peligro por mi culpa.

Me aseguraré de que ella y su madre estén a salvo. Cueste lo que

cueste.

Incluso si el precio es alejarla de mí.

"Quiero protección las 24 horas para la señorita Martinez y su madre", exigí en cuanto obtuve la información del allanamiento. "Y quiero que pongais todos vuestros recursos en coger a esa puta escoria."

El comisario me cita de inmediato. Tras estrecharme la mano me guía a través de pasillos laberínticos hasta llegar a una sala de observación. A través del cristal unidireccional, veo a Nicole sentada en una silla, su postura tensa, su mirada perdida.

"La señorita Glover ha accedido a ofrecer una declaración completa", me informa el policía. "Acaba de afirmar que Osborn la tiene amenazada de muerte y continúa extorsionándola".

Observo a Nicole, buscando en su rostro demacrado algún indicio de la mujer que una vez creí amar, sin encontrarlo.

La mujer que una vez consideré independiente y fuerte ahora habla con voz temblorosa, relatando cómo Osborn la manipuló, cómo la obligó a traicionarme, cómo la usó para obtener información sobre Socialgram.

Con cada palabra, siento que la ira crece en mi interior. Mis manos presionan contra el cristal hasta que mis nudillos se tornan blancos. Revivo cada momento de mi traición, cada puñalada por la espalda.

"Necesito hablar con ella", digo, mi voz apenas un gruñido.

El policía me mira con preocupación. "Señor Leister, no creo que sea una buena idea..."

No le escucho. Me dirijo hacia la puerta, decidido a enfrentarme a Nicole, a exigirle respuestas. Pero el comisario se interpone en mi camino una vez más.

"Dash", dice, usando mi nombre de pila por primera vez. "Sé que esto es personal para ti. Pero si entras ahí ahora, podrías comprometer toda la operación".

Respiro hondo, intentando calmar la tormenta en mi interior.

"Está bien", digo finalmente. "Pero quiero una cosa". El comisario alza una ceja, pendiente de mi pedido. "Cuando atrapen a Osborn, quiero unos minutos a solas con él".

El comisario me mira fijamente, evaluando mi petición. Finalmente, asiente. "Te lo prometo".

PLAS, PLAS, PLAS...

El sudor me cae a chorros, me quito la camiseta empapada y la arrojo a un lado, corriendo cada vez más deprisa.

Debo alejar a Lisa de toda esta mierda. Debo mantenerla a salvo, aunque eso signifique perderla.

Vuelvo a verme estrechando la mano del jefe de la brigada.
"Prométeme que esto tendrá prioridad máxima."

"La tiene."

"Y aumenta la seguridad alrededor de Lisa Martinez de inmediato. Discreta pero efectiva."

"Sí, señor. Ya estamos en ello."

"Bien. Mantenme informado de cualquier desarrollo, por mínimo que sea."

Aunque corra sin aliento el miedo finalmente me alcanza. No quiero perder a Lisa. No la quiero fuera de mi vida. La necesito...

Y como si se rompiera un dique, todos los recuerdos de ella inundan mi conciencia a la vez.

Detengo la puta cinta de correr y me quedo inmóvil unos segundos, agitado, intentando recuperar el aliento.

"Lisa, mi Lisa" repito entre jadeos.

El dolor me desgarró.

"Te necesito", susurro en la oscuridad del gimnasio vacío.

Un repentino estallido de cristales rotos me sobresalta, sacándome de inmediato de mis pensamientos.

Miro alrededor, luego me acerco a una de las ventanas y miro hacia fuera. Nada fuera de lo normal.

Pero entonces se me ocurre una idea terrible. Un francotirador podría estar apostado en otro edificio, apuntándome en este mismo momento. De inmediato me agacho y me arrastro cuerpo a tierra en dirección a mi habitación. Soy rápido y preciso, estoy entrenado y la madera pulida me ayuda a llegar en segundos.

Cuidándome de no ofrecer un blanco a un posible atacante, me pongo en pie y digito la combinación de mi caja fuerte personal. Cojo mi pistola cargada y asegurada y la guardo en la cinturilla de mis bóxers. Luego hago el mismo camino de regreso, resbalando en partes con el sudor de mi propio cuerpo.

Y es entonces, antes de ponerme en pie y salir del gimnasio, cuando oigo el grito de Lisa y la sangre se me hiela en las putas venas.

Capítulo 42

Lisa

Ya me he despedido en silencio de mi ex-habitación y he arrastrado una a una las maletas hasta el salón.

Es todo tan doloroso que si pudiera marcharme ahora lo haría, pero el vuelo sale a las seis y no quiero que mi madre a su edad pase la noche en la terminal del aeropuerto

En el último momento he decidido que cuanto más lejos me encuentre de Dash, mejor. Así que dormiré aquí en el sofá, no en la habitación.

Digo dormir, aunque viendo cómo están las cosas, veo bastante difícil que esta noche mi cabeza me permita pegar ojo.

Me he pillado un libro de la maleta, una novela que llevo tiempo deseando leer, con la esperanza de que me ayude a distraerme, y me he tumbado en el sofá envuelta en una manta.

La novela me atrapa pero tras unas cuantas páginas me doy cuenta de que estoy dando cabezadas. Creo que es hora de ir a dormir, me digo, y es en ese momento cuando un ruido de cristales rotos me hace dar un bote en el sofá. El libro cae al suelo y miro a

mi alrededor asustada. ¿Qué demonios ha sido eso?

El ático ha quedado en completo silencio y a oscuras, pues todas las luces se han apagado como si no hubiera energía eléctrica.

Oigo el ruido de unos pasos y me vuelvo hacia las escaleras con el corazón que casi se me sale del pecho.

"¿Dash?", llamo con voz temblorosa.

No hay respuesta.

La brisa nocturna se cuela dentro del salón y se me eriza la piel de mis brazos desnudos. No recuerdo haber dejado las puertas abiertas. Me vuelvo hacia la terraza frunciendo el ceño y avanzo con cautela hacia la terraza. Me detengo cuando me corto el pie con un trozo de vidrio. No hay luna pero mi visión se ajusta a la oscuridad lo suficiente para notar una lluvia de cristales rotos en el suelo. dar me cuenta de que una de las cristaleras está ahora hecha añicos.

Y entonces le veo a él.

Alto, amenazante y con una sonrisa que me hiela la sangre.

"Hola, Lisa", dice, su voz suave pero cargada de malicia. "Qué agradable verte de nuevo".

Retrocedo instintivamente, buscando a tientas el móvil, pero antes de que pueda alcanzarlo, Osborn saca algo de su bolsillo y lo deja en el suelo.

"Nada de llamadas de auxilio", dice señalando un dispositivo electrónico que emite una luz verde. "Este pequeño amigo es un inhibidor de señal y se encargará de que nadie nos moleste".

Retrocedo lentamente.

"¿Qué quieres?", logro preguntar, mi voz más firme de lo que me siento.

Osborn avanza hacia mí, sus ojos brillando con una mezcla de locura y determinación. "Quiero que Dash sufra", dice simplemente, esbozando una sonrisa de tiburón. "Y tú, querida Lisa, eres la llave para lograr eso".

Mi mente corre, buscando una salida. ¿Dónde está Dash? ¿Y mi madre? Oh Dios, mamá...

Como si leyera mis pensamientos, Osborn añade. "Espero que te hayas despedido de todos. No les verás por mucho tiempo".

La ira reemplaza al miedo por un momento. "Si te atreves a tocarme te voy a atizar..."

"Tranquila, gatita", se ríe Osborn y saca una pistola de su chaqueta

que apunta directamente a mi cabeza. "Ahora, vas a ser una buena chica y vendrás conmigo. Tú y yo tenemos una cita con el destino".

Mi mente grita que corra, que grite, que haga algo. Pero mi cuerpo no responde. El miedo me paraliza mientras Osborne me agarra del brazo y me arrastra hacia el ascensor.

Justo cuando las puertas se están cerrando, escucho un grito.
"¡Lisa!"

Apenas le veo, pero nuestros ojos se encuentran por una fracción de segundo antes de que las puertas del ascensor se cierren completamente.

"¡Mi amor!" grito con todas mis fuerzas.

"Qué conmovedor", se burla Osborn mientras el ascensor comienza a descender. "El caballero de brillante armadura llega demasiado tarde".

Mi corazón late con fuerza. Dash me vio. Vendrá a por mí. Solo debo ganar tiempo.

"¿Por qué haces esto?", pregunto, intentando mantener mi voz estable. "¿Qué te hizo Dash que sea tan terrible?"

Osborn me mira, una sonrisa torcida en su rostro. "Oh, Lisa. Tan inocente. Tan ingenua. Dash no es el héroe que crees que es. ¡Es un ladrón, un mentiroso! El muy cabrón me robó todo lo que era

mío". El ascensor abre sus puertas al garaje y Osborn me empuja hacia fuera con violencia. "Seguro que disfrutó de quitármelo todo. Pero me la suda, ¿sabes por qué?", continúa en un tono cada vez más enfermizo. "Porque yo disfrutaré de quitarle a la persona que más le importa".

De repente, un golpe metálico resuena en el garaje. Osborn se detiene y afloja su agarre sobre mí. Luego se gira, sorprendido.

James está allí, como salido de la nada, sujetando un pesado gato hidráulico con ambas manos y con una mirada de feroz determinación en su rostro.

"Suéltala", gruñe James levantando la herramienta de nuevo sobre su cabeza, listo para atizarle otro golpe.

Osborn levanta su arma, pero James es más rápido. El gato hidráulico corta el aire y golpea la mano haciendo que la pistola caiga al suelo.

Aprovecho la confusión para soltarme y correr hacia James, pero Osborn se lanza hacia mí, cogiéndome por un tobillo y arrastrándome hacia él.

Enseguida James echa a correr hacia nosotros, pero Osborn saca algo de un bolsillo trasero y le golpea en la cabeza.

"¡James!" chillo al verle caer ensangrentado. Osborn coge mi cara con sus manos sucias y me obliga a mirarle a los ojos. Un escalofrío me recorre al ver su rostro enloquecido. "De pie, cariño,

iremos a dar un paseo."

De pronto siento un pinchazo en el brazo, como un aguijón. Al mirarme lo que veo es surreal. Hay una pequeña jeringuilla clavada en la parte interna de mi antebrazo.

"Es una pena que no sepas comportarte. Podríamos haber disfrutado de las vistas juntos."

Intento gritar pero al abrir la boca mi voz no sale. Es como si mi cuerpo hubiera dejado de funcionar normalmente. Mis piernas ya no me soportan y, justo en el momento en que mis rodillas se doblan, Osborn me carga sobre sus hombros como un saco de patatas.

No puedo enfocar, mis ojos bizquean, pero sí puedo sentir que mi cuerpo golpea una superficie dura y que una puerta se cierra con un golpe en algún sitio por encima de mi cabeza.

El ruido de varios disparos resuenan muy lejos de mí, pero no sé si los imagino porque mis sentidos se han entumecido, como si estuviera sumergida bajo el agua, y cayendo, cayendo, cayendo...

Un segundo antes de disolverme por completo vuelvo a ver en mi mente a Dash sentado a una mesa frente a mí. Al parecer estamos en un restaurante de lujo, iluminados por candelabros, y él sonrío de lado al coger mi mano a través de la mesa, mirándome con sus ojos azules chispeantes.

"¿A que creías que me había olvidado de nuestra primera cita real?"

Mira alrededor, ¿te gusta el sitio que he escogido para nosotros?"

Quiero responder que sí, que me encanta, que estoy locamente enamorada y quiero vivir una vida junto a él... pero ya no tengo fuerzas.

Y en apenas un segundo, el mundo tal como lo conozco desaparece.

Y luego desaparezco yo.

Capítulo 43

Dash

Es desesperante.

Cada vez que intento levantarme, un dolor agudo se dispara desde alguna parte debajo de mi cintura.

Al examinarme, compruebo que una bala ha traspasado una de mis piernas.

Estoy sentado en el suelo del garaje, mi espalda apoyada contra la rueda de un todoterreno, empuñando aún la pistola con la que he disparado varias veces contra la escoria.

Ignoro la sensación de dolor y vuelvo a intentar levantarme en vano. Suelto un taco y desesperado busco con la mirada a mi alrededor.

¿Dónde cojones está Lisa?

El sonido de los disparos aún resuenan en el aire y puedo ver el reguero de casquillos en el suelo. Mis ojos se detienen en el Audi negro de Osborn, con el motor aún en marcha, y un escalofrío me

recorre.

"¡James!," llamo con urgencia.

"Aquí, señor..."

Me vuelvo hacia el sonido de su voz. A unos veinte metros, tumbado de lado y aturdido, encuentro a James. Tiene la frente magullada y sangre en su nariz, pero fuera de eso parece estar en buena forma.

"Te han apaleado, viejo."

"Usted no parece estar mucho mejor, señor."

Con algo de esfuerzo se pone en pie y viene hasta mí.

"Debemos darnos prisa," digo y James parece captar al instante mis intenciones porque se inclina para dejar que me agarre de sus hombros y de esta forma consigo levantarme del suelo.

Cojeando lo más rápido que podemos llegamos hasta el coche. En el asiento del conductor está Osborn, inmóvil y caído hacia delante, con la frente apoyada sobre el volante. La sangre gotea lentamente de su sien izquierda, formando un charco rojo oscuro en el tapizado del coche.

Sin pensarlo abro la puerta de un tirón y empujo a Osborn por las

costillas para asegurarme que sigue con vida. Al oírle gemir, le cojo del pelo y tiro con fuerza su cabeza hacia atrás. Sus ojos de serpiente, hinchados y entreabiertos, me miran con una mezcla de odio y miedo.

Contengo la bilis que sube por mi garganta.

"Sorpresa, hijo de puta," gruño, sacándole a rastras del coche, ignorando sus quejidos patéticos.

Le arrojo al suelo sin contemplaciones. Su cabeza rebota contra el cemento con un sonido sordo que me produce una oscura satisfacción.

La rabia hierve en mi interior. Las noches de insomnio, el dolor de no saber en quién confiar, las pesadillas... Toda esa mierda que debí tragarme por años se junta en mí cuando cierro el puño y lo lanzo sin piedad contra su mandíbula. El sonido del impacto resuena en el garaje, y Osborn queda inconsciente.

"James," mi voz tensa. "El maletero."

Mi amigo asiente, tomando asiento en el asiento del conductor y presionando el botón para abrir el maletero. Cojeo hasta la parte de atrás del coche, mi corazón latiendo con tanta fuerza.

El maletero se abre con un chasquido y, durante un momento, el mundo se detiene. Allí, ovillada sobre sí misma, está Lisa. El miedo me atraviesa como una lanza de hielo. Su cabello castaño cubre

parcialmente su rostro, y sus manos y pies están atados con bridas de plástico.

Con sumo cuidado la alzo en brazos. El dolor me atenaza pero no me importa. Mi atención está focalizada únicamente en comprobar sus signos vitales. Su cuerpo se siente flácido, pero respira con normalidad.

"Lisa," susurro, la angustia y el alivio mezclándose en mi voz. "Lisa, pequeña, despierta," repito suavemente, acunándola contra mi pecho. Aparto el cabello de su rostro y noto un hematoma formándose en su mejilla. La furia amenaza con consumirme, pero consigo reprimirla. Ahora no es el momento.

Con suavidad, beso su frente, inhalando su aroma familiar. "Estás a salvo, pequeña," susurro contra su piel.

James se acerca con una navaja y corta rápidamente las bridas que aprisionan sus muñecas y tobillos. Veo las marcas rojas que han dejado en su piel y siento que mi corazón se contrae.

"Señor," dice James, su voz tensa. "La ayuda no tarda en llegar."

"Gracias, James," asiento con la cabeza, pero no puedo apartar mis ojos de Lisa. Su pecho sube y baja débilmente, y un gemido suave escapa de sus labios.

"Lisa," digo con más firmeza, dando suaves palmadas en su mejilla. "Despierta, por favor."

Sus párpados tiemblan y, lentamente, sus ojos se abren. Por un momento, hay confusión en su mirada, pero luego me enfoca y veo el reconocimiento.

"¿Dash?" su voz es apenas un susurro.

El alivio me inunda como una ola. "Sí, pequeña. Soy yo. Estás a salvo."

"Osborn quiso llevarme," dice ella, el miedo coloreando su voz. "Él..."

"Está fuera de combate," la tranquilizo, lanzando una mirada al cuerpo inmóvil de la escoria. "Ya no puede hacerte daño. Lo siento, nena" susurro contra su cabello. "Lo siento tanto. Nunca debí permitir que esto sucediera."

Ella se acurruca aún más contra mi pecho, sus dedos aferrando mi camisa. "No es tu culpa," balbucea. "Tú me salvaste."

Mientras las sirenas comienzan a sonar a lo lejos me quedo observando a mi pequeña hasta que sus ojos vuelven a cerrarse. Siento su calor, su fragilidad, y una emoción que no puedo nombrar me atraviesa.

Las primeras ambulancias llegan, seguidas de cerca por los coches de policía. Todo se vuelve un caos de luces y voces. Cuando los paramédicos se acercan hacia nosotros, intentando separarme de Lisa, gruño negándome a soltarla.

"El hijo de puta la ha drogado," siseo indignado.

"Señor, necesitamos examinarla," insiste uno de ellos.

Asiento, pero yo mismo la deposito en la camilla y luego sigo a los paramédicos mientras llevan a Lisa dentro de una de las ambulancias.

Esta vez no voy a separarme de ti, le prometo en silencio mientras observo cómo le toman los signos vitales.

Con un gesto enérgico rechazo la camilla que un enfermero me ofrece. "Estoy bien," le digo, y haciendo un gran esfuerzo me subo en la ambulancia y tomo asiento junto a Lisa. Va conectada a un respirador y acaricio su pelo suave.

"Lo siento, nena. Siento que hayas debido pasar por toda esta mierda. Te quiero. Nunca te abandonaré."

Sé que ya no puede oírme, pero es la primera vez que digo estas palabras en voz alta y se siente bien.

¿Diferente, acojonante?

Sí, también eso.

Pero definitivamente es una sensación estupenda.

Son palabras que creí olvidadas. Palabras que pensé que jamás volvería a decir.

Palabras que deseo repetir, esta vez mirándola a los ojos, en cuanto despierte.

Capítulo 44

Lisa

Intento abrir los ojos, pero mis párpados pesan como si alguien los hubiera pegado con súper pegamento.

¿Qué demonios pasó anoche?

Los recuerdos llegan en oleadas confusas: la cristalera hecha añicos, Osborn, el garaje, el maletero, los disparos... Dash.

Mi corazón da un vuelco al pensar en él. ¿Dónde está?

Con un esfuerzo sobrehumano finalmente logro abrir los ojos. La luz blanca y cegadora me hace parpadear como un topo recién salido de su madriguera. Poco a poco, las formas borrosas a mi alrededor comienzan a tomar forma.

Estoy en una cama extraña, en una habitación de paredes blancas con una ventana que parece dar a un patio de plátanos.

Paseo la mirada alrededor y luego giro la cabeza hacia el otro lado.

Y ahí está él, sentado junto a mi cama, observándome con una

expresión que nunca le había visto antes. Parece tan... vulnerable. Lleva unos shorts que dejan al descubierto sus piernas musculosas. Un vendaje cubre su pierna derecha, recordándome quien se llevó la peor parte en todo este lío.

Nuestras miradas se encuentran y, por un momento, el mundo se detiene.

Hay tanto que quiero decirle, tantas preguntas que quiero hacerle. Pero cuando abro la boca para hablar lo único que parece salir es un patético graznido.

Dash reacciona al instante, acercándose un vaso de agua con una pajita, del que bebo agradecida, sintiendo cómo el líquido fresco alivia mi garganta reseca.

"Hola, nena," saluda Dash con una sonrisa, su voz ronca y cansada. "¿Cómo te sientes?"

Intento sonreír, pero estoy segura de que mi intento parece más una mueca. "Como si me hubiera atropellado un camión. Dos veces."

Dash ríe por lo bajo, pero puedo ver la preocupación en sus ojos. "Eres dura de pelar."

"¿Qué pasó?" pregunto, aunque no estoy segura de querer saber la respuesta.

Dash suspira, pasándose una mano por el pelo. "Es... complicado," dice finalmente.

Pongo los ojos en blanco. "No me digas, Sherlock. Creía que era normal despertar en un hospital después de haber sido secuestrada por un psicópata."

Mi sarcasmo parece relajarlo un poco. Una sonrisa torcida aparece en sus labios. "Tu sentido del humor sigue intacto, veo."

"Es mi mecanismo de defensa," respondo, intentando incorporarme. Dash me ayuda, colocando una almohada detrás de mi espalda. Echaba tanto de menos su contacto. "Ahora, ¿vas a decirme por qué narices me has tratado tan mal ayer?"

Dash se pasa la mano por la cara, un gesto que he aprendido a reconocer como señal de que está luchando consigo mismo. "Necesitaba alejarte," dice finalmente. "Ponerte a salvo."

"¿Alejarme?" repito, confundida. "¿De qué?"

"Del caos que es mi vida," responde, su voz apenas un susurro. "Lisa, la policía me estaba ayudando, tenías la mejor seguridad alrededor tuyo, y aun así..."

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. ¿Es por eso que ha estado tan distante? ¿Estaba intentando protegerme?

"Fallé," continúa, su voz llena de amargura. "Osborn consiguió llegar a ti de todos modos. Por mi culpa."

"Oye," digo, extendiendo mi mano para tomar la suya. "No fue tu culpa. Ese tipo está como una cabra."

Dash aprieta mi mano, sus ojos fijos en nuestros dedos entrelazados y sonrío.

"Teresa ha estado preguntando por ti."

"¿Cómo está mi madre?" pregunto de repente, preocupada porque no he sabido nada de ella desde que ocurrió esta locura.

Una mueca divertida aparece en la sonrisa de Dash. "La han debido despertar para que la policía pudiera revisar y asegurar el ático."

No puedo evitar soltar una carcajada. "Las ventajas de tener el sueño pesado."

"Menuda suerte tiene tu madre," asiente Dash.

"Creo que ni siquiera el apocalipsis zombi podría despertarla."

Nos reímos juntos, y por un momento, todo parece normal entre nosotros. Como si no estuviéramos en un hospital, como si no nos uniera una relación comercial sino una de amistad. Una sincera y

profunda amistad.

Un silencio incómodo cae sobre nosotros. Hay tantas cosas no dichas flotando en el aire que casi puedo tocarlas.

"Lo siento," dice Dash de repente, su voz llena de emoción. "No he hecho más que lastimarte."

"Eso no es verdad," respondo suavemente. "Me has dado más de lo que crees."

Nuestras miradas se encuentran y, por un momento, veo algo en sus ojos. Algo que hace que mi corazón se acelere y que mis palmas suden.

Dios, estoy tan colada por él que es ridículo. ¿Por qué no puedo decírselo? ¿Por qué no puedo simplemente abrir la boca y confesarle que me he enamorado como una idiota?

Pero no. No puedo decírselo en un hospital, con el olor a desinfectante en el aire y el pitido constante de las máquinas. Así que, en lugar de eso, digo lo primero que se me ocurre:

"Aún no hemos podido tener nuestra primera cita real".

Dash me mira sorprendido, como si no pudiera creer lo que acaba de escuchar. "¿Quieres una cita fuera de contrato?"

Me encojo de hombros, intentando parecer casual aunque mi corazón esté a punto de salirse de mi pecho. "Ya no hay contrato. Así que no veo por qué no," sonrío, rezando para que no note lo nerviosa que estoy.

Dash se queda en silencio por un momento, y temo haber metido la pata. Pero entonces, una sonrisa lenta y sexy aparece en su rostro. "Nena, creo que no he tenido ni una sola cita falsa contigo."

Abro los ojos como platos, intentando procesar el significado de sus palabras.

¿Qué ha querido decir con eso? ¿Que nuestras "misiones" fueron reales para él? ¡Eso es absurdo!

Pero antes de que pueda decir algo, Dash se inclina sobre mí, su rostro a centímetros del mío. "Lisa," murmura, su aliento fresco acariciando mi piel. "Quiero que regreses al ático conmigo."

Mi corazón se detiene por un segundo. "¿Qué?"

"Quiero que duermas conmigo," continúa, sus ojos fijos en los míos. "En mi cama. No más tonterías, no más distancia. Quiero tenerte cerca. Quiero algo real contigo."

Su confesión me deja sin aliento. ¿Es esto cierto? ¿O es solo un sueño inducido por los analgésicos?

"Dash," susurro, mi voz temblando ligeramente. "¿Estás seguro?"

Él asiente, tomando mi mano entre las suyas.

"También yo quiero tener algo real contigo," respondo finalmente, una sonrisa tonta de felicidad extendiéndose por mi rostro. "Pero regresaré al ático con una condición."

Dash alza una ceja, curioso.

"Que me dejes decorar tu ático," bromeo. "¡Necesita urgentemente un toque femenino!"

Dash sonrío de lado. "¿Por qué no? Podría ser divertido."

Capítulo 45

Lisa

Después de examinarnos y hacernos todo tipo de estudios para comprobar que estamos sanos, los médicos nos dan el alta del hospital.

James nos trae a casa y entre los dos ayudamos a Dash a caminar hasta su habitación.

La cama está hecha, impecable como siempre. Le ayudo a recostarse en el cabecero, levantando con cuidado su pierna vendada para colocarla sobre una almohada. A pesar del disparo que sufrió, su rostro refleja una paz que nunca antes le había visto. Luego junto las demás almohadas y creo un nido suave y acogedor a su alrededor.

"¿Estás cómodo?" pregunto, terminando de acomodar un cojín detrás de su espalda. "¿Necesitas algo para el dolor?"

Dash niega con la cabeza, una sonrisa suave curvando sus labios. "Estoy perfectamente," dice, sus ojos fijos en mí con una intensidad que me hace estremecer. "Tengo todo lo que necesito justo aquí."

Siento el calor subir a mis mejillas. ¿Cómo es posible que con solo unas palabras logre ponerme así de cachonda?

"¿Aún te apetece una cita conmigo?" me pregunta de repente. Sorprendida le miro. En su rostro hay una sonrisa chulesca.

Aun cuando haya sido el día más estresante de mi vida, deseo esta cita como nunca he deseado nada.

Me dejo caer en la cama a su lado. “¡Claro que me apetece!”

“Perfecto” dice él y añade. “Déjame que arregle los preparativos.”

Le veo que escribe en su móvil. “¿Qué estás haciendo? ¿Pedir comida a domicilio?”

Dash levanta sus ojos del móvil y me mira. “¿Tienes hambre?”

“Estoy famélica.”

“Muy bien, entonces añadiremos una buena cena a nuestra cita,” dice y vuelve a escribir en su móvil.

Me restriego las manos y doy un gritito de emoción.

“¿Entonces haremos una pijamada como nuestra primera cita verdadera?”

Dash alza una ceja. “Bueno, creo que podríamos llamarlo así.”

Después de unos minutos llaman a la habitación. Me levanto de un salto y abro la puerta para ver a James que trae una bandeja cubierta por una campana de plata. A pesar de su frente magullada y su nariz hinchada, conserva su postura y elegancia imaculadas como siempre.

“James, ¿también eres el mayordomo de Batman?”

“Solo después de una balacera,” sonrío con cortesía y añade.

“Señorita, si no es molestia.” Entonces James me tiende la bandeja y yo la sostengo en mis manos mientras él, con las suyas libres, se dirige al hogar y coge el atizador y un chispero para encender el fuego.

Después de poner suficientes leños.

“Puedes ir a descansar, viejo lobo. Te lo has ganado.”

“Gracias, señor, usted también. Disfrute de su cita,” añade y furtivamente guiña un ojo a Dash.

“¡Oye James, que te he visto!”

Cuando nos quedamos a solas, Dash palmea la cama a su lado.

“Ven, nena, que quiero abrazarte.”

No sé por qué su gesto consigue que me sonroje hasta la raíz del pelo. Me dejo caer a su lado y él me atrae con sus brazos fuertes.

En brazos de Dash, a la luz del hogar con los leños crepitando, el horror de lo sucedido se atenúa.

Es como si el mundo exterior hubiera desaparecido, dejándonos solo a nosotros dos en nuestra burbuja privada.

Dash se estira con algo de esfuerzo y coge la bandeja. Al quitar la campana desvela un paisaje de manjares. Mi estómago gruñe en apreciación al ver la selección de quesos, frutas y mariscos. En el centro de la bandeja, una botella de champán en su balde.

"Vaya, vaya, señor Leister," digo, alzando una ceja. "¿Intentando impresionarme?"

"Tal vez. ¿Está funcionando?"

Tomo una uva de la bandeja y la llevo a mis labios, sosteniéndole la mirada. "Puede ser," murmuro antes de morder la fruta llenando de zumo mi boca.

Los ojos de Dash siguen el movimiento de mis labios, y por un

momento, la electricidad entre nosotros amenaza con dar al traste con la cena.

"¿Verdad o Reto?," pregunta Dash con ojos chispeantes mientras sirve el vino en dos copas de cristal. "Algo que jamás me confesarías porque te abochornas de ello."

Acepto la copa que me ofrece, pensativa. "Hmm... son demasiadas la verdad, pero te diré la peor de ellas: que estoy colada por ti y creo que siempre lo he estado, pero me da mucho miedo que te rías en mi cara y me rompas el corazón en un millón de trocitos."

Dash abre los ojos y suelta una carcajada. Abro los ojos y le señalo con un dedo acusador.

"¿Ves? ¡Te lo dije!"

"Espera, espera" Dash pone sus manos abiertas en el aire. "Solo me río porque tienes un talento estupendo para el sincericidio. Pero esa es una de las cosas que más me gustan de ti," añade Dash mirándome con intensidad, su voz ronca arrastrando las palabras de forma sexy.

Sus palabras me calientan por dentro más que el vino. "Tu turno," digo, señalándole con un trozo de queso. "Cuéntame alguna de tus pesadillas, esas que te despiertan en medio de la noche cubierto de sudor."

Al terminar de hablar me muerdo el labio con fuerza. Solo espero

no haberme extralimitado. Dash se queda en silencio por un momento, su mirada perdida en el horizonte de la ciudad que se extiende más allá de las ventanas. Cuando vuelve a hablar, su voz es apenas un susurro. "De niño tenía un sueño, quería tener una esposa y muchos hijos."

"¿De verdad?" pregunto, sorprendida porque nunca me lo hubiera imaginado.

Él asiente, una sonrisa nostálgica en sus labios. "Tenía todo un plan. Iba a conocer a mi futura esposa a los dieciocho, casarme a los veinte y tener mi primer hijo a los veintiuno. Lo repetía cada noche en mi cabeza, como si fuera una película hasta que me quedaba dormido. Bueno, una de las pesadillas es exactamente el reverso de ese sueño."

Nos quedamos en silencio mirando el fuego crepitar en el hogar. Lo que me ha contado es demasiado íntimo y tardo un buen rato en procesarlo.

"¿Qué pasó con ese sueño?" pregunto finalmente.

Dash se encoge de hombros. "La vida, supongo. El mundo enseñándome los dientes a temprana edad. Mi espíritu competitivo y mi pasión por el negocio. Las expectativas defraudadas. Las ideas equivocadas que los demás se han formado acerca de mí... Poco a poco, ese sueño se fue desvaneciendo hasta que un día simplemente... se transformó en un martirio."

Hay una tristeza en su voz que me parte el corazón. Sin pensarlo,

extiendo mi mano y entrelazo mis dedos con los suyos. "Nunca es tarde para soñar, ¿sabes?"

Dash me mira, sus ojos brillando con algo que no puedo descifrar. Asiente suavemente. "Creo que estoy empezando a recordar cómo se hace."

Nos quedamos así por un momento, manos entrelazadas, miradas conectadas. Es como si el tiempo se hubiera detenido, como si el mundo entero se redujera a este instante, a nosotros dos.

Lentamente, casi como si temiera romper el hechizo, Dash se inclina hacia mí. Su mano libre se desliza por mi mejilla, su toque tan suave como una pluma. "Lisa," murmura, su aliento acariciando mis labios.

Y entonces me besa.

No es nuestro primer beso. No son las primeras caricias de nuestras lenguas. Pero este... este es sin duda diferente. Sin cámaras, sin contrato, sin medias verdades, sin nadie más que nosotros.

Es real, crudo y honesto.

Sus labios se mueven contra los míos con una ternura y una firmeza que me desarma por completo. Sabe a vino y a promesas, a segundas oportunidades y a sueños olvidados. Mis manos se enredan en su pelo, atrayéndolo más cerca, queriendo fundirme

con él.

Cuando finalmente nos separamos, ambos jadeando casi sin aliento, veo en sus ojos un reflejo de lo que siento en mi corazón.

"También yo, nena. Estoy loco por ti y no pienso abandonarte," susurra Dash, su frente apoyada contra la mía. "Nunca."

Y le creo. Con cada fibra de mi ser, le creo.

No sé quién hace el primer movimiento, pero de repente la bandeja de comida está en el suelo y estamos enredados el uno en el otro. Las manos de Dash se deslizan por mi cuerpo provocando espasmos de placer en cada sitio donde me toca. Mis dedos trazan patrones en su piel, descubriendo músculos y cicatrices que nunca había notado antes.

Nos desnudamos lentamente, entre besos y caricias. No hay prisa, no hay urgencia. Como si tuviéramos toda la noche, toda la vida por delante.

Cuando finalmente nos unimos, es como si todas las piezas de un rompecabezas encajaran en su lugar. El peso de su cuerpo encima del mío, su boca hostigando mis labios con sed, como un animal que no ha bebido en días. Nos movemos juntos, en perfecta sincronía, nuestros cuerpos hablando un lenguaje que las palabras nunca podrían expresar.

Le siento tan dentro de mí que me cierro completamente sobre él,

envolviéndole, atrayéndole más profundamente, sintiendo un placer que quema cada centímetro de mi piel. Gimo, grito y lloro con mi boca aplastada contra la suya, mis uñas agarrando sus espaldas con desesperación, haciendo que él también tiemble y se derrame dentro de mí, intentando devolverle las esperanzas en sus propios sueños olvidados.

Después, yacemos abrazados, nuestras piernas entrelazadas y nuestros corazones latiendo al unísono. La luz del fuego haciendo mover nuestros cuerpos aún, creando sombras y luces que danzan sobre nuestra piel desnuda.

Es en ese momento, envuelta en sus brazos, sintiéndome más segura y amada de lo que jamás me he sentido, que las palabras fluyen naturalmente de mis labios:

"Te amo."

Por un momento, el silencio que sigue es ensordecedor. Contengo la respiración, temiendo haber dicho demasiado, demasiado pronto.

Pero entonces Dash me coge por la barbilla con su manaza de una forma condenadamente sexy y me atrae hacia sí.

"¿Sabes cuando tu vida es perfecta en papel y todo el mundo asume que eres jodidamente feliz y que lo tienes todo? Esa mierda... es veneno puro," sentencia, su voz ronca de emoción. "Y como te han jodido de la peor manera, ya no confías en nadie, tampoco en ti mismo. Nada tiene color. Y como estás herido, hieres

a quienes más quieres. A quienes serían capaces de dejarlo todo por ti. Alejas hasta a tu familia, incluso a tu hermana pequeña, ¿entiendes lo que te digo?"

Trago saliva intentando mantenerme fuerte para él. "Claro que lo entiendo."

Hace una pausa, sus dedos trazando suavemente el contorno de mi rostro. "Pero eso fue antes de ti. Tú llenaste mi vida de color, de alegría, de sentido. Te amo, Lisa. Más de lo que creí posible amar a alguien."

Sus palabras llenan mi alma de una felicidad tan intensa que casi duele. No puedo hablar, no puedo pensar. Solo puedo besarle, intentando transmitir con mis labios todo lo que siento.

Nos quedamos despiertos toda la noche, hablando, riendo, amándonos. Dash me cuenta historias de su infancia, de sus sueños olvidados y de cómo, poco a poco, se fue encerrando en sí mismo. Yo le hablo de mis miedos, de mis esperanzas, de cómo él ha cambiado mi vida de maneras que nunca imaginé.

Cuando el sol comienza a asomarse por el horizonte, tiñendo las cúpulas de las torres y las puntas de los rascacielos, ambos nos encontramos exhaustos pero felices.

Dash rodea mi cuerpo protectoramente con sus brazos.

"¿Sabes qué?" susurra sensualmente contra mi pelo.

"¿Qué?" pregunto, mi voz ronca por el cansancio y la emoción.

"Creo que podría acostumbrarme a esto."

Sonrío contra su piel. "También yo."

Capítulo 46

Lisa

Tras los incidentes con Osborn, los días han pasado muy deprisa, y Dash y yo hemos sido inseparables.

He ido con él a cada reunión, a cada almuerzo y presentación relacionados con Socialgram. Aún siento un subidón de orgullo y emoción cada vez que me presenta como su novia. ¡Es imposible cansarse de ello!

En medio de una de esas reuniones Dash se vuelve hacia mí y me susurra al oído, "Nena, ¿qué te apetece hacer esta noche?"

"Jugar con tu polla", quiero decir pero me muerdo el labio y me entra una risilla boba. "Lo siento, ya tengo planes," digo en cambio. Al ver su ceja dispararse hacia arriba como una flecha, me apresuro a añadir, "aunque puedes apuntarte si quieres."

"Sabes que me apunto a todo lo que incluya una dosis más de ti."

Y con esas palabras el cabrón se apunta el tanto del juego y deja mis bragas fulminadas por el resto de la tarde.

Es tanto el suspense en el que ha dejado a mi pobre libido que

cuando al fin llegamos al mirador para ver la puesta de sol, como se nos ha hecho costumbre cada anocheecer, en vez de quedarme quieta en mi asiento, salto sobre su regazo no bien aparcamos y le hago el amor como una desesperada.

Dash me observa con una sonrisa de lado muy chulesca mientras me corro una y otra vez hasta que me sacio... al menos de momento.

"Lo siento," digo tratando de recuperar el aliento. "Te he hecho perder la puesta del sol."

Dash aumenta su sonrisa de listillo. "Da igual, me gusta más cuando te hago ver las estrellas."

"Muy gracioso," me sonrojo y le empujo con mi hombro mientras me bajo la falda y me recuesto a su lado. Estoy tan a gusto que se me empiezan a cerrar los ojos, pero Dash me toca una pierna llamándome. Abro los ojos a tiempo para ver una estrella fugaz cruzando entre los pinos.

"Pide un deseo," dice él.

Me humedezco los labios y me enderezo en la butaca del coche.

"Venga, a ver, un deseo..." digo frotándome las manos y pienso que lo que más deseo en la vida es casarme con este hombre que tengo aquí a mi lado y darle todos los hijos que se le ocurra pedirme, ¡aunque sea un disparate de niños desordenando la casa

y nuestras vidas!

"Ya lo tengo."

"Pues pídelo."

"¿No vas a preguntarme qué es?" pregunto poniendo morritos.

"No, porque eso lo arruinaría, y yo también deseo que se te cumpla."

"Vale," susurro sonriendo para mí.

Que se nos cumpla.

Capítulo 47

Dash

"Una vez más, ¿dónde se supone que vamos?"

Mi pregunta queda suspendida en el aire, como si los tres se hubieran complotado en mi contra. James, al volante, mantiene la vista fija en la carretera, sus labios apretados en una línea fina para contener una sonrisa. Teresa, sentada a su lado, finge estar absorta en su teléfono. Y Lisa, sentada junto a mí en el asiento trasero, ríe por lo bajo, disfrutando de este misterioso juego.

"Vale, parece que os habéis puesto de acuerdo," resoplo fastidiado.

El silencio se extiende, roto solo por el suave ronroneo del motor y la risa contenida de Lisa.

Finalmente, Teresa gira en su asiento, sus ojos brillando con una mezcla de diversión y cariño. "No te preocupes, yernito. Iremos a un bar que lo está petando."

No puedo evitar soltar una carcajada. "¿Ah, sí? ¿Y tú cómo lo sabes?"

Teresa se encoge de hombros y, como si fuera lo más obvio del mundo, responde, "Se ha vuelto viral en Socialgram."

Niego con la cabeza porque es evidente que me están tomando el pelo. En estos momentos siento una mezcla de exasperación y afecto por este trío de locos.

"Los tres estáis como una puta cabra, ¿lo sabíais?"

Y como si lo hubieran ensayado, todos asienten al unísono. La imagen es tan ridícula que no puedo contenerme y mi risa se une a la de ellos, llenando el coche de una alegría contagiosa.

Mientras nos reímos, no puedo evitar pensar en cómo ha cambiado mi vida. Hace unos meses, la idea de estar en un coche, riendo con otras personas, me habría parecido absurda. Ahora... bueno, ahora no puedo imaginar mi vida de otra manera.

James finalmente se detiene frente a un edificio de ladrillo rojo. Un letrero de neón anuncia "The Blue Note" en letras cursivas. Puedo escuchar la música de jazz filtrándose a través de las paredes.

"¿Un bar de jazz?" pregunto, alzando una ceja. "No sabía que te gustara el jazz, Teresa."

Ella me guiña un ojo. "Hay muchas cosas que no sabes de mí, yernito."

Mientras entramos, noto que Teresa está particularmente entusiasmada. Sus ojos brillan con anticipación y no deja de mirar hacia el escenario. Su emoción es contagiosa y me encuentro sonriendo casi sin darme cuenta.

El interior del bar es acogedor. Luces tenues, mesas de madera oscura, y el aroma a café y whisky en el aire. Un escenario pequeño domina una esquina del local. Está vacío por el momento, pero los instrumentos musicales dispuestos en el sitio sugieren que pronto habrá un espectáculo.

Nos sentamos en una mesa cerca del escenario. Lisa se recuesta contra mi cuerpo cariñosamente, su mano encontrando la mía bajo la mesa. Su toque es como un ancla, manteniéndome maravillosamente conectado y presente en el momento.

"¿Ahora me vais a decir qué estamos haciendo aquí?" pregunto, mi curiosidad aumentando con cada minuto.

Lisa me da un beso en la mejilla. "Paciencia, cariño. Lo sabrás pronto."

Antes de que pueda insistir, las luces se atenúan y un foco ilumina el escenario. Mi corazón se detiene por un segundo cuando veo quién aparece bajo la luz.

"Joder, si es Amanda," digo boquiabierto. Lisa me abraza y sonrío a mi lado. "¿A que merecía la pena mantener el misterio?" susurra en mi oído.

No me lo creo. Mi hermana pequeña, a quien no he visto en años, está de pie en el escenario con su guitarra en sus manos. Su cabello rubio, más largo de lo que recuerdo, cae en ondas sobre sus hombros. Sus ojos, tan parecidos a los míos, escanean la audiencia hasta que me encuentran.

Por un momento, el mundo se detiene. Somos solo Mandy y yo, mirándonos a través de la distancia que nos separa, una distancia que yo mismo creé.

Cuando mi hermanita acerca su boca al micrófono, su voz está cargada de emoción. "Esta canción es para mi hermano. Para recordarle que, sin importar lo que suceda, siempre seremos familia."

Las primeras notas llenan el aire, suaves y melancólicas. Y cuando Amanda comienza a cantar, siento que mi corazón se rompe y se recompone en el espacio de un latido.

La melodía es dulce y nostálgica, las letras llenas de recuerdos compartidos y promesas de un futuro juntos. Las cenas en casa de los abuelos, los juegos en el río, las tardes de hacer la tarea del cole mientras veíamos la tele...

Cada palabra es como un puñal en mi corazón, recordándome todo lo que he perdido, todo lo que he alejado de mi vida por ser un capullo en toda regla.

Sin darme cuenta, las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas.

Lisa aprieta mi mano, ofreciendo su consuelo silencioso. Teresa también solloza suavemente a mi lado, y hasta James parece conmovido.

Cuando la canción termina, el silencio en el bar es ensordecedor. Y entonces, como si fuera lo más natural del mundo, me encuentro de pie y caminando con determinación hacia el escenario.

Al verme Mandy baja los escalones de un salto, su guitarra olvidada en el suelo. Nos encontramos a mitad de camino, mirándonos el uno al otro como si no pudiéramos creer que esto es real.

"Hermanita," susurro.

"Serás capullo," responde ella, su voz quebrada por la emoción.

Y entonces, sin saber quién dio el primer paso, estamos abrazados. La abrazo con fuerza, como si temiera que fuera a desaparecer si la suelto. Ella se aferra a mí con la misma intensidad, sus lágrimas mojando mi camisa.

"Lo siento," murmuro contra su pelo. "Lo siento tanto, hermanita."

Ella se aparta lo suficiente para mirarme a los ojos. "Yo también lo siento. Debería haber tratado de entenderte mejor."

Nos quedamos así por un buen rato, disculpándonos, prometiendo ser mejores, jurando no volver a perdernos. Cuando finalmente nos

separamos, veo a Lisa observándonos con una mezcla de amor y satisfacción en su rostro.

"Tú planeaste esto," digo, mitad acusación, mitad agradecimiento.

Lisa se encoge de hombros, una sonrisa traviesa en sus labios.
"Quizás he tenido algo que ver."

Amanda ríe, limpiándose las lágrimas. "Fue idea de las dos, en realidad. Pero Lisa me dio el empujón que necesitaba para hacerlo."

Miro a mi hermana, notando por primera vez al hombre alto y moreno que está de pie junto a ella. "¿Y quién es este?"

Amanda se sonroja ligeramente. "Oh, él es Marco. Mi... bueno, mi amigo."

"¡Te has traído al italiano!" exclama Lisa de repente, emocionada.

No puedo evitar reír. "¿Tú sabías sobre esto también?"

Ella asiente, sus ojos brillando con picardía. "Puede que Mandy y yo hayamos estado en contacto más de lo que crees."

Miro a mi alrededor, a esta extraña familia que se ha formado sin que me diera cuenta. Lisa, mi amor, mi ancla. Amanda, mi hermana, el lazo con mi pasado que creí haber perdido. Teresa, la

madre que nunca tuve. James, mi fiel amigo y confidente.

Por primera vez en mucho tiempo, me siento completo. Como si todas las piezas dispersas de mi vida finalmente encajaran en su sitio.

"Bueno, parece que tenemos mucho de qué hablar. ¿Qué tal si pedimos una ronda y nos ponemos al día?"

Durante el resto de la noche hablamos, reímos y escuchamos música. La nuestra es, de lejos, la mesa más divertida. Lisa está sentada sobre mis rodillas y, cada pocos minutos, interrumpe lo que está diciendo para girarse y darme un beso en los labios o guiñarme un ojo.

Y cuando lo hace, me siento vivo como nunca antes.

¿Es esto la felicidad? No tengo dudas acerca de ello. Es la primera vez que lo siento en mi corazón y en mi cuerpo.

Y así, rodeado de risas y amor, me doy cuenta de que este es solo el comienzo. El comienzo de una nueva vida, una en la que ya no estoy solo. Una vida llena de color, de música, de familia.

Una vida llena de Lisa.

Una vida que, por fin, vale la pena vivir.

Capítulo 48

Lisa

El ático es un auténtico caos.

Hay cajas por todos lados, muebles a medio colocar y un ejército de tíos con overoles azules entrando y saliendo como si nos estuviéramos mudando a otro país.

"Tía, ¿estás segura de que esta lámpara de macramé no es demasiado?" pregunto, sosteniendo una monstruosidad de flecos que parece que se ha peleado con un ovillo de lana y ha perdido.

Mandy me mira como si acabara de insultar a su abuela. "Lisa, cariño, confía en mí. Esta belleza será el centro de atención."

"Tú eres la artista..." suspiro, colgándola sobre una mesita de centro que parece sacada de un mercadillo bohemio.

Seguimos colocando cojines de colores, cuadros abstractos y plantas que espero no matar en la primera semana. De repente, Mandy suelta un gritito.

"¡Mira esto!" exclama, sacando de una caja un puf con estampado

de mandala. "Es perfecto para tu rincón de meditación."

No puedo evitar reírme. "¿Mi qué? Mandy, sabes que lo más zen que hago es buscar series en Netflix durante horas."

"Nunca es tarde para empezar", me guiña un ojo. "Además, con lo estresado que está siempre tu chico, le vendrá bien un espacio para relajarse."

Hablando del rey de Roma... En ese momento, Dash sale del baño envuelto en una toalla, con el pelo mojado, semidesnudo y completamente seguro de sí mismo. ¿Cómo es posible que este hombre sea mío?

"Joder, no creí haberos dado permiso para demoler el puto ático", bromea, mirando alrededor con fingido horror.

Mandy se ríe, pero yo me quedo embobada mirándole. Estoy hecha un desastre, llena de pintura y sudada, pero él se acerca a mí, me coge por la cintura y me planta un beso que quita el aliento. Luego se vuelve hacia Mandy y dice:

"Oye, hermanita, ¿puedes dirigir este caos mientras nos echamos una siestecita?"

Mandy, haciendo una venia exagerada, le responde: "Sí, mi comandante." Y me guiña un ojo, sabiendo perfectamente que "siestecita" no es lo que su hermano tiene en mente.

Me dejo arrastrar por Dash hasta el dormitorio, el ruido del jaleo apagándose lentamente a nuestras espaldas.

En cuanto cierra la puerta de la habitación, Dash deja caer la toalla de forma juguetona. Nos reímos y nos abrazamos, mirándonos a los ojos. De repente, me pongo seria.

"¿Crees que es un buen momento para buscar al primero de los niños?"

Dash no puede ocultar su sonrisa. "Vaya."

Mis mejillas se calientan y enseguida rectifico. "O podríamos dejarlo para más adelante, sin presión."

Dios mío, otra vez estoy dejándome llevar por mi maldita ansiedad. Pero los brazos de Dash se ajustan a mis caderas. "¿Y qué tal si vienen dos?"

Abro los ojos como platos.

"¡Dos niños!"

"O tres..." sugiere riendo por lo bajo.

"¿En serio? ¿Trillizos?"

Dash asiente con su sonrisa endiablada. "Oh, eso me encantaría. Pero entonces necesitaríamos casarnos, ¿no te parece?", susurra mientras me quita el jersey manchado de pintura.

"Oh", me quedo sin palabras, pensando que esto no puede ser real.

"Pero antes de casarnos necesitamos comprometernos, es lo más lógico", añade enganchando sus dedos a la cinturilla de mis jeans viejos y me lo quito de inmediato como si acabara de darme una orden. "Y para eso hace falta un anillo de compromiso."

Cuando los dos estamos desnudos, mirándonos a los ojos en un silencio que se vuelve casi reverencial, Dash se estira hacia atrás para sacar algo de un cajón. Mi corazón da un vuelco al ver una caja de terciopelo azul. Dash la abre para revelar unos anillos de compromiso que parecen sacados de un sueño. De su propio sueño de una familia grande y numerosa...

Sin decir una palabra pone un anillo en mi dedo, y luego yo hago lo mismo con él.

Después de eso me alza en brazos y me lleva hasta la cama, sus ojos clavados en los míos. "Mi pequeña, te amo tanto," susurra con una sinceridad que me desarma.

"Y yo a ti, mi amor", respondo, con el corazón a punto de estallar de felicidad, sabiendo que, pase lo que pase, estaremos juntos para enfrentarlo.

Tumbada junto al hombre que amo, mirando sus ojos azules como el mar de la bahía, me doy cuenta de que esto es solo el principio.

El principio de nuestra historia de amor.

Epílogo

Lisa

Vale, esto es una auténtica locura.

Estoy en una suite presidencial, rodeada de metros y metros de tul blanco, y una mujer con acento francés me está gritando que respire. Como si pudiera.

"Mademoiselle Lisa, por favor, inhale. El vestido no se abrochará si no coopera."

Intento aspirar todo el aire que puedo, pensando en cómo narices he llegado hasta aquí. Hace seis meses, era una chica cualquiera viviendo de prestado en el ático de un multimillonario. Ahora estoy a punto de casarme con él. La vida tiene un sentido del humor bastante retorcido.

"¡Listo!" exclama la francesa, dando un paso atrás para admirar su obra.

Me giro hacia el espejo y... ¡guau! El vestido es una maravilla de seda y encaje, nada que ver con el saco de patatas que había diseñado yo misma en un arrebatado de creatividad. Quizás dejar que Dash contratara a una diseñadora parisina no fue tan mala idea después de todo.

Mandy entra como un torbellino en la habitación, con su vestido de dama de honor color lavanda. "¡Lisa! ¡Estás increíble!" Hace una pausa y me mira con sospecha.

"Espera, ¿has llorado?"

"¿Yo? Qué va", miento descaradamente. "Solo se me ha metido purpurina en el ojo o algo."

Mandy pone sus brazos en jarra y entrecierra sus ojos con suspicacia. "¿No te habrás arrepentido?"

"No, pero estos me tienen demasiado sensible" acaricio la notoria hinchazón de mi tripa bajo el vestido.

"Oh, estoy segura de que a mis sobrinos no les gustará tener una mamá llorica. Venga, a arreglarnos el maquillaje que los paparazzi están acampados fuera y no queremos que salgas en todas las portadas con el rímel corrido."

Genial. Como si no tuviera suficiente presión.

Mientras retoco mi cara, pienso en Dash. ¿Estará tan nervioso como yo? ¿Se habrá arrepentido? ¿Y si...?

"Deja de pensar tonterías", me regaña Mandy, como si pudiera leerme la mente. "Mi hermano está loco por ti. Probablemente esté vomitando de los nervios en este mismo momento."

La imagen mental me hace reír y me relaja un poco. Respiro hondo (todo lo que me permite este vestido tan condenadamente estrecho) y me dirijo hacia la puerta.

El trayecto hasta la iglesia es un borrón de flashes de cámaras y gritos de fans. Cuando por fin llegamos, mi madre me espera con una sonrisa temblorosa.

"Estás preciosa, cariño" me abraza con lágrimas en sus ojos. Genial, ahora los niños también tendrán una abuela llorica. La abrazo con fuerza, "Gracias por todo. Te amo, mamá."

La marcha nupcial comienza y las puertas se abren. Todos los invitados se ponen en pie, pero yo muevo mi cuello como una jirafa enloquecida buscando a la persona que amo. Cuando al fin le veo, suelto el aire con alivio. Allí está Dash, esperándome al final del pasillo. Lleva un esmoquin que le sienta como un guante y tiene esa sonrisa torcida que me enamoró. De repente, todos mis miedos se evaporan.

Mientras camino hacia él, recuerdo todos los momentos que nos han traído hasta aquí. Nuestras citas falsas, nuestras peleas absurdas, la electricidad de nuestro primer beso, la primera vez que hicimos el amor, cuando Dash finalmente se atrevió a decir 'Te amo'.

Cada imagen que pasa por mi mente me hace sonreír, cada cosa que hemos vivido juntos es especial.

Cuando llego al altar, Dash da un paso hacia mí y se inclina para susurrar en mi oído. "Estás increíble, nena."

"Tú tampoco estás mal", bromeo, intentando no llorar y arruinar mi maquillaje.

La ceremonia pasa en un abrir y cerrar de ojos. Antes de darme cuenta, el sacerdote está diciendo: "Puede besar a la novia", y Dash me está besando como si no hubiera un mañana. La iglesia estalla en aplausos y silbidos (estoy bastante segura de que ese silbido de cowboy proviene de Mandy).

La recepción es una locura de champán, baile y risas. En un momento dado, me encuentro a solas con Dash en un rincón tranquilo.

"¿Feliz, señora Leister?" pregunta, abrazándome por la cintura.

"Más de lo que nunca pensé que sería posible", respondo, apoyando mi cabeza en su pecho.

Él me acaricia el vientre con ternura. "¡Qué ganas tengo de veros, mis peques!" Alzo mi rostro feliz hacia él, "¿Sabes qué me han dicho ellos? Que les gusta cuando les hablas, les gusta oír tu voz."

"¿En serio?" Dash se pone de rodillas y yo echo a reír mientras él apoya sus labios en mi vientre y susurra, "Quiero que sepáis que os amo y os espero con ansias, chicos. Vosotros, vuestra madre y yo seremos la familia más genial del mundo. Os lo prometemos, ¿verdad cariño?"

Dash levanta sus ojos chispeantes hacia mí y yo afirmo con una sonrisa de felicidad, acariciando su cabeza y enredando mis dedos en su cabello. "Os doy mi palabra."

FIN

(IMPORTANTE: Da vuelta a la página porque aún hay más...)

Epílogo sorpresa

¿Te apetece seguir leyendo la historia de Lisa y Dash?

Hay un epílogo adicional desde el punto de vista de Dash, pero es demasiado “picante” para ponerlo aquí.

¡Descúbrelo hoy mismo en este epílogo exclusivo solo para suscriptores de la lista de correo de la serie!

Puedes suscribirte gratis a la lista de correo aquí:

[Boletín gratuito de Brenna Day](#)

Al instante recibirás el epílogo en tu email.

También recibirás adelantos exclusivos del siguiente libro de la serie titulado En secreto, que es la increíble historia de Amanda (¡sí, la hermana de Dash!) y Blake, un famoso (y guapísimo) jugador de baloncesto de los Warriors de San Francisco.

Ve aquí para continuar leyendo:

[Boletín gratuito de Brenna Day](#)

(comediaromantica.substack.com)